Selección

TERROR

BOLSILIBROS TERROR

extra

XIII

LA MUERTE

TAROT

Curtis Garland

El espantoso personaje que, erguido ante una especie de altar de sacrificios central, consistente en una piedra redonda y lisa, igualmente empapada de rojo oscuro, permanecía con un hacha en la mano, una negra caperuza de verdugo medieval tapándole la cabeza, y las ropas de un joker de la baraja, o del diablo del Tarot, vistiendo su figura.

Ella estaba sobre el altar, sujeta con cadenas, desgarradas sus ropas hasta mostrar semidesnuda su espléndida figura, aterrada, con los ojos dilatados fijos en su verdugo, parecía esperar la terrible tortura o la muerte por decapitación a manos de aquel monstruo. Ahora, la joven no mostraba la menor señal de indiferencia o docilidad. Estaba invadida por el pánico y el horror.



Curtis Garland

Tarot

Bolsilibros: Selección Terror extra - 22

ePub r1.0
xico_weno 07.12.17

Título original: *Tarot*
Curtis Garland, 1983
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

PRÓLOGO

La torre herida por el rayo

(Naipe número XVI)

Capítulo primero

EL carruaje del señor de Villiers apenas si pudo salvar el gran charco, dando un tumbo violento de costado que a punto estuvo de volcarlo en el cenagal. Pero el cochero era hombre fuerte y experto. Manejó bien las riendas, mantuvo el equilibrio del vehículo, mientras los animales coceaban para salir del fango, y evitó lo peor.

Dentro del carruaje sonó una áspera imprecación:

—¿Qué diablos pasa ahí afuera, estúpido?

El cochero respiró hondo. Su rostro, demudado por el esfuerzo y también por el peligro corrido poco antes, se contrajo, algo pálido, bañado en sudor y en lluvia. Temía a su amo y sabía que esto debía haberle enfurecido considerablemente.

—Lo siento, señor —respondió—. El camino está muy mal. Pudimos haber volcado, pero hemos salido con bien del peligro. Sin embargo, la tormenta arrecia, y el terreno se pone impracticable.

—Por todos los demonios, eso es tarea tuya —bramó el vozarrón del hombre protegido de la lluvia y del temporal por el techo y las cortinas del carruaje, tras su portezuela bien cerrada—. Sigue adelante y no pares, aunque caigan rayos y centellas. Sabes que tengo prisa por llegar a la ciudad.

—Sí, señor —asintió resignado el siervo, contemplando ceñudo la negrísima noche sólo iluminada de vez en cuando por el fulgor cárdeno de algún relámpago no demasiado lejano, que unía su resplandor al fuerte viento y a la torrencial lluvia.

Los dos caballos continuaron su cabalgada dificultosa y erizada de riesgos, a través de la campiña sombría convertida en lodazal.

Sin embargo, era tarea casi imposible llegar a la ciudad, como deseaba tan ardientemente el señor que viajaba en el carruaje, cosa que bien sabía su conductor.

Y así ocurrió que, en determinado momento, el coche traqueteó de nuevo, renqueando entre baches y barrizales, con grave riesgo

para el mismo y para la integridad de sus ocupantes. Furioso, asomó su rostro el propio señor de Villiers, contemplando malhumorado la borrosa imagen que del infernal terreno podían darle las débiles farolas del vehículo, bailoteando en su parte delantera y posterior, con su llama amarillenta oscilante tras el vidrio protector, a causa del viento y la lluvia.

—Maldita sea, parece que todo se conjure para dificultar este viaje —rezongó, irritado, mordiéndose el labio inferior. Finalmente, golpeó el vidrio y gritó a su cochero, cuando éste giró la cabeza—: Desvíate hacia la derecha en el próximo cruce de caminos. Hay un parador por allí cerca. Tendremos que pernoctar en él por esta noche, a la espera de que mejore el tiempo con el alba.

—Sí, mi señor, como vos ordenéis —afirmó el cochero de buen grado, feliz al fin por comprobar que su patrón había entrado en razón ante lo impracticable del sendero. Él también recordaba aquel parador que mencionara antes, un viejo y sucio figón perdido en los caminos del condado, pero a fin de cuentas un techo bajo el que cobijarse, donde siempre había buen vino y comida caliente, amén de un sitio confortable donde dormir. Trató de recordar el nombre del albergue.

—Ah, ya sé… —murmuró, hablando consigo mismo, mientras forzaba a los caballos a un trote más vivo, espoleado por las ansias de hallarse en lugar seguro—. El Carro y la Estrella. Siempre me he preguntado por qué se llamará así[1]. Pero importa poco el motivo que impulsó al viejo François a ponerle ese nombre tan absurdo. Lo que cuenta es que podré comer, beber y disponer al menos de un jergón para dormir. Eso si la moza de la venta no está de buen ánimo y puedo acostarla conmigo y gozar de sus carnes frescas y duras…

Se humedeció los labios, libidinoso, al evocar las recias nalgas y poderosos senos de la rústica moza del figón, siempre dispuesta a complacer los apetitos de los caballeros que iban de paso, pero no tanto a dejarse seducir por los gañanes y mozos de servicio que los acompañaban.

El carruaje, finalmente, alcanzó el cruce de senderos, pasando bajo un cuerpo que oscilaba pendiente de una horca clavada justo en la encrucijada de caminos. No le concedió el cochero demasiada importancia a la fúnebre presencia de un ahorcado en el camino

real, por ser habitual costumbre de la época que los maleantes y facinerosos acabaran sus días de tal guisa cuando la justicia los prendía in fraganti.

Cosa de un par de kilómetros más allá, brilló una débil luz en la oscura noche, a través de la cortina de agua torrencial, y hasta los caballos, por sí mismos, apresuraron su cabalgada, como intuyendo ya la proximidad del heno fresco y del calor del establo. Sólo unos minutos después, el carruaje cruzaba el portalón del albergue, penetrando en su amplio patio cuadrangular, para ir a detenerse ante la entrada a la vieja y rústica casa. Un saliente con porche acogió a caballos y vehículo, protegiéndolo del aguacero, y el cochero, presuroso, saltó a tierra, abriendo la portezuela y colocando el escabel para que su amo y señor descendiera cómodamente del carruaje.

Así lo hizo el muy poderoso de Villiers, pisando con arrogancia el suelo del patio y mirando alrededor escrupulosamente. Sus lujosas ropas de seda, su jubón de pieles y su sombrero emplumado, revelaban en él al hombre rico y dominante, dueño de vidas y haciendas. Fornido, casi grueso, pesado y rudo, era la viva imagen de la autoridad y el despotismo. Se apoyaba en un bastón largo, negro, de empuñadura de plata maciza, representando la cabeza de un feroz mastín. Llevaba al cinto espada enfundada, y en el lado opuesto un delgado y largo estilete en funda de cuero repujado.

El cochero golpeó el portalón con la pesada aldaba de bronce, y abrió casi de inmediato el mesonero, François, inclinándose servilmente al distinguir en la oscuridad exterior la majestuosa figura de su cliente. Dentro del local, el humo enturbiaba la atmósfera, iluminada por lámparas de aceite y velones goteantes. El aire, al salir de allí por la puerta, cálido y pesado, olía a una indescriptible mezcla de vino, cerveza y fritos, sin la ausencia del sudor humano, producto de una muy escasa higiene.

Pero nada de eso podía impedir al señor de Villiers entrar en el figón, sin saludar siquiera al servil François, que inclinaba ante él su cerviz humildemente, orgulloso sin duda de acoger bajo su techo a tan importante caballero.

—Oh, mi señor, pasad, pasad —invitaba con obsequiosidad el mesonero—. Pasad y servíos de cuanto mi humilde casa pueda ofreceros. Horrible noche para viajar, sin duda alguna, ¿no es

cierto, señor?

—Infame noche, en efecto —admitió altanero el otro, escudriñando la sala en toda su amplia y lóbrega amplitud, desde los pellejos de vino y las barricas de licor, hasta el feo mostrador de madera vieja y gastada, pasando por las mesas y escabeles, dispersos bajo la techumbre de artesonado sucio de humo y grasa. Sólo vio a otros dos viajeros, jugando a los dados en una mesa, ante una jarra de vino, mientras un viejo buhonero, con su caja de cachivaches diversos y baratijas heterogéneas, charlaba con una gitana de grandes aretes dorados en las orejas y pañuelo multicolor anudado a su cabeza morena.

De sitio en sitio, afanosa como siempre, Denise, la moza, deambulaba llevando jarras y escudillas, moviendo sus redondas nalgas ampulosamente, y bailoteando bajo su manchada blusa ligera los dos rotundos cántaros de carne de su generoso busto. Se volvió y miró a los recién llegados, dirigiendo su mejor sonrisa al caballero, si bien éste fingió no notar siquiera su presencia. Tras limpiar su cochero y mozo un escabel y una mesa, se aposentó en ella el viajero, con un gesto de disgusto.

—Suciedad, suciedad y suciedad —farfulló malhumorado, mirando alrededor altanero—. Malditos figones… Posadero, ¿tienes algo de comer y beber que no sea capaz de envenenarme o enfermarme?

—Oh, señor, qué buen humor tenéis —trató de sonreír el mesonero, algo forzado—. Lo cierto es que puedo serviros un excelente cordero asado, mi mejor vino y unos dulces, casaros que sólo delicia pueden proporcionaros…

—Está bien, sirve un poco de todo, y da algo de comer a mi mozo, sin olvidarte tampoco de atender a los caballos. Quiero partir con el alba, y que estén descansados para entonces.

—Así será, mi señor. Os lo garantizo —afirmó obsequioso el buen François, reiterando sus inclinaciones ante el caballero, mientras se retiraba, sin dar en ningún momento la espalda a su cliente.

El cochero se acomodó en otra mesa, junto al mostrador, que no era cosa habitual por entonces compartir señor y vasallo una misma mesa, y menos con amo como el señor de Villiers. La gitana miró furtivamente al caballero, y también lo hizo el buhonero. Luego,

éste aprovechó el momento en que François servía una jarra de vino al cliente y éste tomaba un trago, chascando la lengua complacido, para acercarse tímidamente, con su mercancía por delante, a la mesa del caballero.

—Señor, si deseáis algún sortilegio, amuleto o adorno para vuestras lujosas ropas, Hermit *el Buhonero* tiene cuanto podáis apetecer… —comenzó humildemente[2].

Un brusco ademán del señor de Villiers interrumpió la perorata del vendedor ambulante. Su gesto fue huraño.

—Largaos en hora mala —le espetó—. No estoy para escuchar a buhoneros ni a charlatanes, de modo que dejadme en paz.

—Como dispongáis, señor —se inclinó, ceremonioso, el buhonero. Luego, sus manos huesudas y no demasiado limpias, aferraron como garras algo que había entre las numerosas baratijas de su caja, mostrándolo en alto, con aire compungido, al tiempo que iniciaba su retirada con unas escasas y respetuosas palabras—: Lástima grande que un gran señor, como vos, no desee poseer los naipes de plata que vinieron de remotas tierras y de una olvidada civilización, y en los que está escrito el destino de cada uno de nosotros…

Y agitó lo que sus dedos engarfiados sujetaban, logrando que la macilenta luz del velón depositado en la mesa del caballero, se reflejase en la plata vieja de las láminas rectangulares que el vendedor exhibía.

El señor de Villiers frunció el ceño, contemplando aquel manojo de hojas de plata, finas y grabadas. Su irritación y desprecio de poco antes se tomó interés súbito. Fue como si aquel fulgor plateado, al destellar también en las oscuras y frías pupilas del caballero, hubiese cambiado radicalmente sus pensamientos y actitudes.

—Espera —dijo, autoritario.

Se paró el buhonero, con afable sonrisa servil, siempre con aquella baraja en su mano. El caballero alargó su mano enguantada.

—¿Sí, mi señor? —demandó el vendedor ambulante.

—Déjame ver eso. ¿Dijiste que son cartas de plata?

—Así es, señor. Y llegadas de lejanas tierras, apenas conocidas por el hombre de hoy. La gitana sabe mucho de eso, porque su pueblo fue depositario de los secretos de esa civilización perdida.

Ella dice que esta baraja es mágica y poderosa como ninguna otra cosa en este mundo.

—Paparruchas. Sólo veo unos naipes grabados en metal. Dámelos.

—Claro, mi señor —y le tendió el manojo, que el noble examinó minuciosamente a la luz de la vela.

Se encontró con unas figuras enigmáticas, grabadas en la plata, y unos caracteres jeroglíficos, misteriosos, en los que abundaban rasgados ojos, leones echados, hojas de caña y lazos, así como pájaros que le fue difícil identificar[3].

Asimismo descubrió figuras humanas, todas ellas dibujadas de perfil, con raros tocados en sus cabezas, ropajes que le eran desconocidos, y una impúdica desnudez en las figuras femeninas, que incluso llegaban a exhibir sus senos. Cifras y signos rodeaban a cada grabado en las láminas de plata, oscurecidas por el tiempo y el mal cuidado.

Las contó. Era una baraja extraña. Sólo tenía veintidós naipes. Él conocía las barajas habituales, las que habían sido popularizadas en Europa desde casi dos siglos atrás, aunque perseguidas en muchos casos por la Justicia o por la Iglesia, como evidencia de delito o de conjura sacrílega. Estas otras cartas que ahora tenía en sus manos, en nada se parecían a aquellas que él había utilizado para jugar con sus amigos.

—Extraños naipes, en verdad —comentó pensativo—. ¿Cuánto pides por ellos, buhonero?

—Oh, mi señor, vuestra voluntad sé que será lo bastante generosa como para valorar en su justa medida tan rara y valiosa reliquia… —sonrió servilmente el vendedor llamado Hermit.

—Está bien, buhonero. Me has convencido. Me gustan estas cartas, aunque no sé la razón. Tal vez sean una simple tontería, o tal vez no. Te daré dos monedas de oro por ellas. ¿Es justo el precio?

—Dos monedas… —los ojos del buhonero brillaron—. Claro, mi señor. Sabía que no escaparía a vuestra inteligencia el valor real de esos naipes, en los que acaso está vuestro propio destino y vuestro futuro…

—Al diablo con eso. De momento, sólo son unos feos naipes, bastante obscenos por cierto, que podrían costarme un disgusto con la Santa Madre Iglesia o con la Justicia real. Pero os pagaré esas

monedas, e id en hora buena por ahí a molestar a otros.

Sacó una bolsa de la que extrajo dos relucientes monedas de oro que dejó caer sobre la mesa. La mano sarmentosa y sucia del buhonero recogió con presteza el generoso pago, mientras el caballero guardaba en su jubón los curiosos naipes de plata.

Le sirvió el mesonero poco después su abundante y sabroso yantar, que apuró el noble con abundancia de vino, mientras su criado hacía lo propio en su mesa, hablando y riendo con la gitana, cuando no se dedicaba a pellizcar los duros glúteos de la moza del figón, la cual acogía con protestas de mal fingido enfado o con risas procaces las caricias burdas del cochero.

La gitana, viendo al caballero reposar su cena entre eructo y eructo, se aproximó a él, sin rodeos, y le espetó, poniendo sus brazos en jarras:

—Ya que el buen caballero adquirió la más sorprendente y mágica baraja del mundo, arcano del porvenir y guarda celosa de los secretos de la vida y de la muerte…, ¿por qué no se arriesga a conocer su destino a través de ellas?

—¿Mi destino? —El señor de Villiers la miró, malhumorado, frunciendo su hirsuto ceño—. Aparta, gitana. Todo eso son supersticiones y paparruchas sin sentido, conozco bien a los de tu raza.

—Nosotros, los zíngaros, conocidos en otros lugares por «los bohemios», mi señor, nunca mentimos a quien quiere escuchar la verdad de su futuro. Y menos aún con el «tarot» de por medio, ya que él nos fue confiado a nuestro pueblo por los misteriosos señores del pasado, dueños del hombre y de sus destinos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué «tarot» es ése? —Gruñó el caballero.

—Las prodigiosas cartas que compraste al buhonero. Vienen de muy lejos en el tiempo y también de lugares remotos que nunca conocerás. En esas cartas, mi señor, va escrito todo lo que a ti y a otros pueda afectar. Déjame que yo, escudriñadora de sus más profundos arcanos, te desvele aquello que la vida guarda para ti, hasta que llegue la dama de negras ropas que corta el alba con las sombras de la noche eterna.

El señor de Villiers, entre intrigado y molesto, estudió a la gitana. Era mujer de mediana edad, oscura y cejijunta, con los

rasgos de su raza impresos en el negro de los ojos y el azabache aceitoso de sus cabellos. Sus ropas multicolores flotaban en torno a un cuerpo magro y fibroso.

—Está bien —concedió al fin, displicente, con un gesto de su mano cubierta de grasa—. Lee mi porvenir, si eso te complace. Aquí están esas cartas que tú llamas «tarot».

Y puso sobre la mesa los naipes de plata que le diera el buhonero poco antes, con ademán indiferente. Luego se retrepó en el escabel, apoyándose contra el muro, a la espera de que la zíngara tomase la baraja y comenzara a barajarla lentamente, con un roce metálico de sus hojas oscurecidas. Luego puso el pequeño mazo ante él.

—Corta, mi señor —rogó—. Tu mano es la que ha de mostrarte tu destino.

De mala gana, cortó la baraja. La gitana comenzó a situar los naipes sobre la mesa, en posición de cruz las cinco primeras, verticalmente todas, con una sexta cruzada en horizontal sobre la del centro, y a su lado, a la derecha, otra hilera en vertical de cuatro naipes más[4], todas ellas naturalmente cara abajo.

Luego comenzó a alzarlas lentamente, mostrando sus figuras, una por una, comenzando por las dos superpuestas del centro de la cruz.

Los ojos de la gitana no se separaban de los naipes, a medida que iba recitando su interpretación de los mismos:

—Veo…, veo en tu vida, mi señor, un inmediato futuro de goces y de placer… pero mezclado con la violencia y tal vez con la misma muerte… Pero cumplirás tus propósitos, pese a todo, y una dama, una mujer hermosa, endulzará tus horas, breve pero intensamente…

—Tonterías —rió el caballero, despectivo—. No pienso en otra cosa que dormir, viajar y hacer unos negocios. Nada de mujeres ni de placer, estás diciendo paparruchas, gitana.

Ella, imperturbable, prosiguió, mientras iba alzando las cartas en la posición exacta en que se encontraban, unas normalmente, otras invertidas:

—Después… el cielo comenzará a oscurecerse para ti… A tu mente llegarán malos pensamientos. Veo aquí negras sombras de sospechas, celos y engaños. Engaños que hablan de incesto y de obscena mentira… Vuelve a aparecer la violencia, la sangre y la

muerte en tu camino… —de repente los ojos oscuros de la zíngara se dilataron con algo parecido al horror, se persignó y retrocedió, mirando asustada al hombre a quien le estaba leyendo el porvenir. Alzó una mano, como si con ella extendida pretendiera librarse de una visión espantosa, que sólo ella era capaz de percibir—. Oh, no, no…

—¿Qué te ocurre ahora? —masculló el señor de Villiers, perplejo, contemplándola con disgusto.

—No puedo seguir leyendo, no puedo, mi señor… —gimió la gitana, estremecida por una convulsión—. Disculpadme y permitidme que me vaya…

—Ah, no, eso no, maldita charlatana entrometida —se enfureció el caballero, pegando tal puñetazo en la mesa, que bailotearon los plateados naipes sobre ella, aunque sin perder su distribución—. ¡Vas a seguir contándome tus necias historias de adivinación, te guste o no! Nada de farsas ni de trucos, sucia gitana. ¡Sigue con ese juego ridículo, maldita seas, y acaba de una vez, o te hago azotar hasta que vomites sangre!

Y acompañó su sórdida amenaza con un bastonazo sobre la mesa vecina, que derribó una de las jarras de vino, derramando su contenido en tierra. Se hizo añicos el barro, y corrió su contenido, en un reguero oscuro, rojo como la misma sangre. Los presentes, incluido el mozo del carruaje, miraron al furioso señor feudal con gesto temeroso, sin que nadie pensara en intervenir en la agria disputa que mantenía con la zíngara.

Ésta, sobrecogida, se apresuró a acercarse de nuevo a los naipes, muy justamente temerosa de que el poderoso señor cumpliera en ella sus amenazas. Inclinándose sobre la mesa, prosiguió con voz temblorosa:

—Aparecen aquí, en la posición menos favorable para vos, unas cartas que sólo infortunios pueden traeros, mi señor… Está el naipe de la torre herida por el rayo, que empieza a arder, y de la que caen a tierra dos figuras humanas… Y está junto al naipe de la Muerte, ambos invertidos. Ello significa un tremendo desastre, un mal que pudo haberse evitado pero que, irremediablemente, provoca la autodestrucción… Mi señor, vuestros bienes y vuestra casa peligran gravemente, pero también vuestra existencia y la de otros muy allegados. Todo, todo eso, si vos no lo impedís, si vuestra voluntad

no trata de evitarlo, se perderá. Y tal vez por vuestra propia culpa…

—¡Ya basta de patrañas, bruja embustera! —farfulló con voz ronca el señor de Villiers, pegando un manotazo que dispersó los naipes en confuso desorden—. ¡Se acabaron tus adivinaciones malditas! No sabes pronosticar más que desgracias e infortunios sin cuento. Eres como todas las de tu especie. Que el diablo os lleve a todas, y a ti la primera. Toma una moneda y lárgate de una vez por todas, antes de que me enfurezca más y mida tus costillas con mi bastón. ¡Fuera, fuera!

Y le arrojó una moneda de plata que rodó por el suelo, con ademán furioso y despreciativo. La zíngara, sumisa, se alejó, tras recoger la moneda con rapidez. Sus labios murmuraban palabras sordas mientras lo hada, pero nadie pudo entenderlas ni remotamente.

Abrió la puerta del figón y salió a la lluvia y a la intemperie, con ánimo sin duda de ausentarse. El mesonero le advirtió, cachazudo:

—Será mejor que busques albergue en el pajar. Con esta noche de demonios no es buena cosa viajar por ahí, ni siquiera para una de tu raza.

Ella se encogió de hombros y se perdió en la oscuridad exterior, donde sonaba ruidoso el aguacero, al tiempo que su voz anunciaba con malhumorado tono:

—Se acerca otro carruaje a tu mesón, François. Tienes más huéspedes hoy… tal y como vi en esas cartas, aunque no se lo mencioné a tu cliente… Los hados empiezan a jugar su baza…

Tras esas enigmáticas palabras, se perdió definitivamente bajo la lluvia. El mesonero se acercó a la puerta y, efectivamente, vislumbró por el camino fangoso, procedente de la ciudad, el farol de un carruaje en marcha, acercándose a su mesón.

—Dijo la verdad la gitana, al menos por una vez —suspiró François, complacido. Se volvió a la moza del figón—. Eh, tú, Denise, prepara mesa para nuevos caballeros. Seguro que también vienen con hambre, frío y sed.

Afirmó la mocetona, apartándose a tiempo del criado del señor de Villiers, que andaba hurgando sus muslos bajo la falda, y corrió a disponer una mesa. En ese momento, el señor de Villiers llamó con voz potente:

—¡Eh, muchacha! Dame otra jarra de vino. Esa maldita gitana

me ha despertado la sed además del enfado… Sirve a mi criado lo que desee también. Quiero sentirme generoso, a pesar de lo mucho que me disgustó esa pécora trotamundos.

Denise sirvió al caballero y dispuso la otra mesa para nuevos clientes. En efecto, unos instantes después, cuando ponía otra jarra para el criado, la puerta se abrió, apareciendo tres personas en el umbral.

Se trataba de una pareja de jóvenes y un hombre de edad. El joven era alto, delgado y bien vestido, denotando excelente posición, así como su pareja la mujer, cuyos cabellos castaños iban peinados cuidadosamente bajo la caperuza de su capa de buen tejido, y el hombre de más edad era canoso, arrogante y distinguido. Fue éste quien habló al mesonero, apenas pisó el local:

—Queremos posada para esta noche, cena caliente y buen vino. ¿Será ello posible, posadero?

—Por supuesto, señores —asintió Francis obsequioso—. Estáis en vuestra propia casa desde este momento. Podéis tomar asiento y cenar, mientras os preparamos habitaciones arriba. ¿Necesitan vuestras mercedes dos o tres alcobas?

—Dos bastarán, que ellos son mis hijos —sonrió el hombre—. Es decir, marido y mujer desde hace poco. A mí, buscadme lo que buenamente haya, pero que estén ellos cómodos.

—Oh, papá, eso no —terció la hija dulcemente, y miró al posadero—. Los jóvenes con cualquier rincón nos arreglamos, y son las personas de más edad quienes más cuidados necesitan, mesonero.

—Descuiden vuestras mercedes, que para todos habrá buen lecho y buen cobijo —sonrió el afable François, mostrándoles la mesa donde debían aposentarse para cenar.

El señor de Villiers estaba refunfuñando, mientras tanto, ajeno a la llegada de aquellos viajeros:

—¡Esa gitana charlatana…! Decir que me esperaba placer y goce en breve. En este lugar, con esta noche, y sin otra mujer cerca que esa gañana cuya carne debe oler a ajo y sudor… No dijo más que tonterías. Sólo el placer del vino me aguarda ahora, hasta el nuevo día. Y luego, ese maldito viaje, los asuntos de negocios en la ciudad y todo lo demás. Cualquier cosa menos placer y mujeres…

Giró en ese momento la cabeza, al oír ruido de escabeles cerca.

Se interrumpió en sus pensamientos. Estaba observando a la mujer recién llegada. Se acomodaba junto al hombre joven, bajando la capucha de su capa de terciopelo. Apareció un rostro hermoso y dulce, de grandes ojos oscuros y carnosos labios. Bajo la capa era visible la figura esbelta y bien formada de la dama.

Humedeció sus labios el señor de Villiers. Brilló la lujuria en sus ojos, enrojecidos por el alcohol. Su torpe cerebro saturado de vapores de vino fue acosado por una sensación voluptuosa. Hacía tiempo que no gozaba con una hembra. Su mujer estaba enferma, él de cacería, luego el viaje… Y era un hombre ardiente y concupiscente.

Deseó a la desconocida dama con todas sus ansias. Y el señor de Villiers era hombre habituado a conseguir todo cuanto deseaba. Se pasó una mano temblorosa por la boca manchada de vino. Apuró la jarra de un trago y golpeó con ella la mesa.

—¡Otra jarra, pronto! —exigió.

François y Denise se miraron, resignados. El criado frunció el ceño, escudriñando a su amo, y meneó la cabeza con desaliento.

—Mala cosa —dijo—. Está embriagado. Acabará como una cuba. Y en esa condición, mi señor es capaz de todo. Ten cuidado con él, Denise.

—Si paga bien, estoy dispuesta a darle gusto a tu amo —rió ella con desparpajo.

Y aprovechó, al servirle la nueva jarra, para inclinarse hacia él, servicial, de modo que su blusa se abombase, dejando asomar los dos grandes pechos, colgando a poca distancia de los ojos inyectados en sangre del señor de Villiers.

Éste contempló aquellos enormes senos con deleite. Alargó una mano, manoseándolos sin que ella hiciera otra cosa que reír entre dientes, incitadora. Al hacerlo, una vaharada de ajo asaltó el olfato delicado del caballero. Rudo, apartó a la moza de sí, olvidándose de todo deseo carnal.

—Largo de aquí, zorra —jadeó—. Eres una meretriz cualquiera, pero apestando a zafiedad y mugre. Me has excitado, pero no me sirves, mujerzuela.

En la mesa cercana, las tres personas se habían quedado calladas, mientras el vozarrón áspero del caballero así insultaba a la moza del mesón, que se retiró humillada y furiosa, comprendiendo

que su cuerpo no era manjar apetecido por aquel cliente.

—Creo, caballero, que deberíais medir vuestro lenguaje en lo sucesivo, mientras compartamos el mismo techo —habló con arrogancia el joven compañero de la dama hermosa—. Si la mesonera, siendo mujer, aunque de baja condición, no os merece respeto, tenedlo al menos a los demás, en especial a mi dama, que no tiene por qué escuchar palabras tan groseras y obscenas donde ella está.

—Por favor, Pierre querido, déjalo —suplicó ella, suave, tiernamente, cogiendo de un brazo a su compañero.

—No, deja que este caballero se excuse y mida su lenguaje en lo sucesivo —sostuvo con energía el tal Pierre—. Bien, señor, estoy esperando esas disculpas…

—¿Disculparme yo? —bramó Villiers, pegando un recio puñetazo en su mesa, congestionado el rostro. Se incorporó, tambaleante—. ¿Yo, disculparme con vosotros ni con nadie? Escuchad, necios. Soy Henri de Villiers, señor de las tierras de Villiers y de Saint Just, amo de vidas, tierras y haciendas, y en toda mi vida tuve que excusarme con nadie por lo que hiciera o dijera, ¿está eso bien claro? De modo que dejadme en paz, y si a esa dama le ofenden las palabras que pueda oír, llevadla a un palacio y no a un figón de mala muerte. Y ocupaos de darle placer en el lecho y mostraros menos altanero en la calle, que por su gesto parece gozar poco de su belleza y de su condición de hembra deseable.

—¿Qué? —Palideció intensamente el joven, al tiempo que el hombre de edad también enrojecía con violencia, poniéndose en pie y tirando su escabel. Llevó mano el primero a la empuñadura de su espada, y miró con ira a Henri de Villiers—. Esas sucias palabras vais a limpiarlas con vuestra sangre, señor, a menos que os arrodilléis implorando disculpas a esta dama de inmediato.

—Jamás un Villiers se puso de rodillas ante nadie, ni siquiera ante el mismo Papa de Roma —objetó el otro, desafiante—. Si queréis satisfacción con mi espada, la tendréis, voto a tal que la tendréis. Pero luego no os quejéis de vuestro destino, cuando estéis malherido o muerto, y pueda ser yo quien dé placer a vuestra dama.

—¡Desenvainad, canalla! —bramó el joven, desenfundando su acero con energía.

—Y si él llegara a caer en defensa de mi hija, me tendréis a mí

para mataros —silabeó el hombre maduro, al tiempo que también extraía su espada, ante el gesto de terror de la joven.

—Pierre, papá… Eso no —suplicó con voz apagada, temblorosa —. Por favor…

—Ya es tarde para volver atrás las cosas —silabeó su esposo—. ¡En guardia, cobarde!

Los aceros chocaron. Pierre y Henri de Villiers se enfrentaban, con el padre de la joven a la expectativa. Toda sombra de embriaguez parecía haber huido del rostro áspero y cruel del caballero feudal, absorto ahora en su duelo con el joven huésped. François se llevaba las manos a la cabeza, desesperado.

—Que el cielo nos proteja —gemía—. Esos locos van a matarse… Mi mesón no merecía estas cosas. Oh, Dios, ¿por qué se le ocurriría a ese hombre violento venir aquí esta noche, a estropearlo todo?

El criado se encogió de hombros, tan asustado como el ventero, y murmuró sin desviar sus ojos de los contendientes:

—En hora mala se levantó ese temporal, que si no estaríamos camino de la ciudad y nada de esto sucedería. Mi amo está ebrio y se cree todopoderoso, eso es lo malo.

—Vuestro amo está fuera de sus tierras y posesiones, por muy poderoso que allí sea y debería medir sus actos —reprochó el ventero—. Si mata a esos hombres, puede ser que la Justicia caiga sobre él con todo su rigor. Ni siquiera sabemos si son gente muy importante, como pudiera ocurrir.

—Idle a mi amo con ésas a estas alturas —se quejó el criado—. No escucharía ni a su propia madre si la tuviese…

El entrechocar de aceros era todo cuanto se podía oír en el mesón en esos momentos. Aun con todo el vino que llevaba encima, el señor de Villiers demostraba ser un espadachín endiabladamente hábil. El joven oponente comenzaba ya a sudar, apurado, muy pálido, cediendo terreno. Su antagonista soltó una carcajada.

—Parece que ya no os mostráis tan altanero, ¿eh, mi joven rival? —se mofó—. Pensasteis que un borracho de mi corpulencia nada podría contra vuestra agilidad, ¿no es cierto? Esos errores se pagan… ¡y se pagan así!

Al decir eso, se lanzó a fondo. Era el momento para ello. Salvó la guardia de su enemigo y el acero atravesó de parte a parte al joven.

Su esposa chilló, lívida, cubriéndose el rostro.

Cuando Henri de Villiers extrajo el acero, tinto en sangre, el corazón del joven estaba partido en dos. Boqueó, con ojos vidriosos, y cayó de bruces, llevándose las manos al pecho sangrante, tras soltar su espada.

—¡Asesino! —bramó el padre de la muchacha—. ¡Defendeos de mí ahora!

Paró Villiers el golpe, y volvieron a cruzarse las espadas. El señor feudal, siempre risueño, bromeó mientras se batía:

—No asesiné a vuestro yerno, señor. Él mismo se metió en el lío por majadero. Y ahora vos hacéis méritos para tener el mismo final. Pero me dais pena por vuestra edad, y no os quitaré la vida. Me bastará con esto, amigo mío.

Y con una hábil finta, eludió el ataque de su enemigo y pasó a lanzarse a fondo, atravesando con su espada el costado del hombre. Éste soltó el acero, exhaló un gemido y cayó de lado en el suelo. François y el criado de Villiers corrieron a atenderle, mientras la sangre empapaba su jubón y sus calzas.

—Gracias a Dios, no está muerto —susurró el cantinero, aliviado —. Con un cadáver, ya es bastante por una noche…

—¡Papá, papá! —sollozó la joven, corriendo a abrazar al herido.

El acero sangrante de Villiers se cruzó en su camino, rápido y certero, frenándola como una valla. Los ojos angustiados de la muchacha miraron al caballero.

—¿Vais a matarme también a mí? —jadeó, asustada.

—¿A vos? Oh, cielos, claro que no. En todo caso, os mataría de placer, señora —dijo el feudal—. No os preocupéis por vuestro padre. Vivirá. De una herida así, nadie pierde la vida.

—Pero mi esposo…

—Vuestro esposo fue un necio al pretender ser un héroe. No era digno de vos. Seguro que nunca os hizo feliz en el lecho.

—¡Era mi esposo! Y vos no debéis hablar así de él, tras haberle matado.

—Al diablo con eso. Soy el más fuerte aquí, y lo he demostrado. Como vencedor, exijo mi botín. Y ese botín, señora…, sois vos.

—¿Yo? —retrocedió ella un paso, amedrentada.

—Vos, sí —los ojos de él se fijaban, lúbricos, en la dama—. Nadie va a impedirlo, no miréis a los demás. Quien se interponga en

mi camino, morirá a mis manos. Eso va por vos, mesonero, por el buhonero y por la moza. Estoy dispuesto a todo. Mi criado os advertirá del riesgo que corréis llevándome la contraria.

—Él tiene razón —apoyó el criado—. Mi señor es capaz de matar a todos.

El buhonero se encogió, alejándose hacia la puerta.

—Yo me marcho —dijo—. Quedaos todos en hora mala, y allá cada cual con sus cosas, que éste no es asunto mío.

Cerró tras él aquel portón. Denise se fue a la cocina en silencio. François se encogió de hombros, muy pálido. Tragó saliva al hablar:

—Nada puedo hacer contra vos, señor. Pero la Justicia…

—Dejad que yo me mida con la Justicia, que no es cosa vuestra —rió Villiers—. Vamos, señora, os demostraré cómo un hombre puede hacer gozar a una hembra…

Enfundó su espada, tomó en brazos a la joven y se alejó escaleras arriba. Ella gritaba, pero su padre no podía ayudarla porque se había desvanecido. Francis se alejó hacia el mostrador, cabizbajo. El criado tomó un trago y meneó la cabeza.

—Maldita sea —farfulló—. Es mi señor y debo callar y obedecer, pero…

Miró el cadáver del joven viajero y sintió náuseas. Se fue al patio a vomitar. Cuando regresó, la moza del figón se acercó a él y se sentó con desparpajo sobre sus piernas. Le guiñó un ojo, metiéndole virtualmente sus recios senos en la cara.

—Arriba no gritan ya —dijo, irónica—. Se ve que a la gran dama le importa ya poco el marido muerto y el padre malherido… Incluso juraría que he oído unos gemidos muy significativos, como si lo estuviera pasando en grande con tu señor…

—Mujeres… —suspiró el criado—. Nunca las entenderé.

—Pues no es nada difícil. Si tu amo es tan hábil en juegos de cama, tú también debes serlo bastante. ¿Qué tal si, mientras ellos disfrutan arriba, tú me enseñas tus habilidades en el pajar? El patrón no dirá nada, está demasiado preocupado con lo sucedido. A cambio, yo también te enseñaré cosas que te harán feliz…

Y se humedeció lentamente los gruesos labios con la lengua, mirándole ávida e insinuante. El criado, excitado, asintió, mientras hundía sus manos en el escote profundo y carnoso de la moza.

—Vamos a donde sea —jadeó—. Creo que ya no puedo más…

Ella rió, tomándole la mano, y se encaminó con él al pajar. Poco más tarde, ambos se revolcaban de placer en la paja, gruñendo como animales, mientras en el piso alto del mesón, la airada dama ya viuda, emitía gemidos de placer bajo el corpachón del asesino de su marido.

Capítulo II

HABÍA sido una noche larga y placentera.

Henri de Villiers despertó, con los vapores del vino y del deseo enturbiando aún su mente. Contempló el desnudo cuerpo de mujer suave y virginal, entre las sábanas revueltas. Asombrado, recordó la pasión y el frenesí de aquella hembra, olvidada incluso de su esposo muerto y de su padre malherido. Ahora dormía profundamente, con una expresión feliz en su cansado rostro.

—Al fin ha sabido la muchacha lo que es un hombre… —musitó el feudal, burlón, besando aquellos senos pequeños y duros, cosa que provocó un gemido en la mujer dormida, cuyo cuerpo se agitó levemente en el lecho.

Fue el inicio de otra ruda batalla en la que ella llegó a gritar de puro placer. Exhaustos ya ambos, reposaron mientras despuntaba el alba en la distancia, en un día brumoso y frío, sin que la lluvia hubiera cesado del todo.

—¿Satisfecha? —musitó Villiers, tendido junto a ella.

—Sí —ronroneó la hembra—. Pero mi marido, mi padre…

—Bah, es cosa fácil. Casaos otra vez con alguien que no sea un petimetre y os dé satisfacciones. Y olvidad al otro. No lo merecíais, palabra. Vos sois fuego puro, mi señora.

—Ahora exigiré mucho —sonrió ella, maliciosa.

—Hacedlo, qué diablos. Si queréis gozar de vuestra alma, gozad antes de vuestro cuerpo. ¿Quién iba a decirme anoche que iba a tener en mis brazos a una dama como vos y gozar de…?

Se interrumpió. Se irguió bruscamente en la cama, sobresaltado.

—¡La gitana! —bramó.

—¿Qué decís? —se extrañó ella—. ¿De qué gitana habláis?

—Maldición, la gitana de las cartas de…, del «tarot», según las llamó ella… Sí, esa maldita trotamundos sí lo pronosticó. Dijo…, dijo todo tal como ocurrió, ahora que lo recuerdo… Muerte,

violencia, sangre… una dama hermosa, goce y placer… ¡Oh, no, no puede ser! Será casualidad, pura coincidencia sin duda…

—Sin duda, mi señor —las manos de ella acariciaron su torso, su espalda—. Olvidad eso ahora, venid a mí de nuevo. Os deseo, os necesito…

Villiers no la escuchaba. Con ojos dilatados, vidriosos, aún enrojecidos, estaba recordando otras predicciones de la gitana.

—La torre herida por el rayo… La Muerte… —recitó—. Ella dijo…, dijo que todo se destruiría… y que yo lo provocaría. Había sangre, muerte…, ¡incesto! Mi casa… en peligro… Celos, sospechas… Oh, no, no… Mi…, mi hermano Jean Paul… Siempre cuida de Ivonne, mi mujer, en mi ausencia… Ahora ella está enferma. No hacemos vida de matrimonio hace tiempo… Pero Jean Paul… siempre está cerca de ella… Son cuñados, claro… Pero eso, ¿qué significa? ¡Incesto! Lo dijo la gitana…

—Mi señor, dejad eso aparte, no penséis más en la gitana… y pensad en mí, en mi cuerpo… Me hacéis falta… —gimió, retorciéndose, besando su piel sinuosamente.

Villiers se puso en pie, apartando de un empellón a la amante de una noche. Estaba lívido, crispado, sus ojos brillaban como carbones.

—¡Ahora no! —rugió—. Va a ser ya de día. Puede ser tarde para sorprender a los infieles… ¡Pronto, debo volver a casa! ¡Eh, mi criado, pronto! ¡Dispón el carruaje para partir! ¡Regresamos a casa! ¡Maldito seas! ¡Alain! ¿Dónde estás metido?

Alain, el criado de Villiers, se incorporó de un salto al captar los gritos de su señor. El muelle lecho que formaba el cuerpo rollizo y opulento de Denise, dejó de acogerle. Su cabeza abandonó la almohada esponjosa de sus grandes senos, y se apresuró a coger sus calzones y su jubón, para correr a la demanda apremiante de su amo, cuyo vozarrón atronaba la venta en silencio.

—Ya voy, ya voy… —farfulló, vistiéndose por el camino—. ¿Qué mosca le habrá picado ahora al patrón, por todos los diablos? Se estaba tan bien con esa moza…

Salió a la venta, desierta a aquellas horas. Sobre una mesa alejada, reposaba el hombre muerto, bajo una manta. Arriba, en otra alcoba, habían alojado al padre de la dama, febril e inconsciente a causa de su herida en el costado. Tras tan agitada y

trágica noche, era evidente que el mesonero se había ido a conciliar el sueño.

Alain salió a preparar el carruaje, ató los caballos y esperó a que su amo y señor apareciese, a medio vestir, con prisas y cara de evidente malhumor.

—Pronto, de vuelta a casa —ordenó a su criado—. Y lo más deprisa posible.

—Sí, mi señor, como dispongáis —aceptó el criado, siempre dócil a las órdenes recibidas, sin pensar ni remotamente en discutirlas—. Olvidasteis esto anoche en la mesa…

Y le tendió el mazo de naipes tallados en plata vieja. Henri de Villiers arrugó el ceño, contemplando aquella baraja. Pareció dudar entre recogerla o no.

Por fin alargó la mano, tomó las hojas de metal y las guardó todas en su jubón.

—Está bien, no nos demoremos más. En marcha —dispuso.

—Sí, mi señor —volvió a asentir Alain, subiendo al pescante, mientras su patrón contaba unas monedas de su bolsa y las dejaba en el mostrador, avisando con voz tonante—: ¡Aquí dejo tu dinero, ventero! Y ocúpate de informar tú a la Justicia de lo sucedido aquí anoche, si vienen a hacer preguntas.

Salió por el portón, subiendo al carruaje. Alain puso en marcha el mismo sin más pérdida de tiempo, levantando una oleada de agua y fango del patio al atravesarlo, camino del sendero que llevaba a la senda real. El mesón, con su trágico recuerdo de una noche de sangre y pasión, quedó atrás en el triste paraje, bajo la lluvia.

Capítulo III

LA puerta se abrió con violencia.

Jean Paul de Villiers saltó del lecho, asustado, echando mano a su espada. La mujer que le acompañaba, desnuda y revuelta entre las sábanas, gritó de terror al reconocer al hombre que entraba en la alcoba con el acero en la mano.

—¡Henri! —clamó—. ¡Tú aquí!

—Sí, maldita adúltera, yo aquí. No me esperabais, ¿verdad? —Los ojos llameantes del señor de Villiers se clavaban amenazadores, crueles, en el hombre y la mujer sorprendidos en el lecho.

—Henri, yo te explicaré… —comenzó Jean Paul, tímidamente, semidesnudo y pálido, su espada en la mano.

—¿Explicarme? ¿Tú? —rugió Henri—. ¿Qué puede explicarme un cerdo que, apenas vuelvo las espaldas, se acuesta con mi mujer? Sois dos miserables y voy a mataros…

—¡Henri, es tu hermano, tu sangre! —gimió la esposa, desolada, irguiéndose en el lecho sin importarle su impúdica desnudez del momento.

—¿Mi hermano, mi sangre? ¿Y ahora lo recuerdas, sucia adúltera incestuosa? ¿Por qué no lo pensaste al acostarte con él? ¿Por qué no lo pensó él, antes de robarme la esposa y madre de mi hijo? ¿O tal vez ni siquiera ese bastardo maldito es hijo mío y si lo es del canalla de mi hermano?

—Henri, no sabes lo que dices… —gimoteó ella, angustiada.

—Claro que lo sé. Me basta con ver lo que estoy viendo —rugió el señor feudal, mientras allá fuera tronaba la tormenta, volviendo a llover con fuerza sobre las tierras y el castillo de los Villiers. Agitó su espada, trémulo, mirando con odio infinito a su hermano—. Jean Paul, defiéndete o te mato como a un perro.

—No me defenderé de ti, hermano —negó el otro, enérgico—. Si te engañamos Yvonne y yo, tuya es la culpa. ¿O acaso no has

engañado miserablemente tú a tu noble y bella esposa con todas las criadas y sirvientas del castillo, así como con aldeanas, cortesanas y toda clase de mujerzuelas durante años enteros?

—¡Calla, Jean Paul! ¡Lucha o te atravieso sin contemplaciones!

—No voy a luchar. No seré un Caín que derrame tu sangre. Sólo te pido que dejes que tu infortunada esposa y yo abandonemos este lugar maldito para vivir nuestra propia existencia lejos de un miserable como tú.

—¡Ésta es mi respuesta, bastardo del infierno! —bramó Henri de Villiers.

Y se lanzó a fondo sobre su hermano, atravesándole el corazón de una estocada. Jean Paul se agitó, convulso, mirándole con horror. La esposa saltó del lecho, gritando desesperada:

—¡No, no, asesino! ¡No le mates! ¡Él tenía razón! ¡No puedes exigirme fidelidad a mí, después de tu obscena y sucia vida entre mujerzuelas de toda laya! ¡Has matado a tu hermano, estás maldito de por vida! ¡Me das horror y asco!

Descompuesto, despeinado, lívido y sudoroso, el caballero se volvió a su mujer con la espada tinta en sangre, y se lanzó nuevamente a fondo, con un bramido de cólera.

—¡Muere tú también, adúltera miserable! —Fue su grito desgarrador.

Y atravesó con su acero la garganta de Yvonne de Villiers, haciendo salir la punta de la espada por la nuca. Con un vómito de sangre y los ojos horriblemente desorbitados, la mujer cayó hacia atrás pesadamente, aferrando las sábanas con sus manos crispadas en la agonía.

—Mal… di… to… seas… —apenas si pudo barbotar entre gorgoteos de sangre.

Henri de Villiers, ya en el paroxismo de su odio y de su cólera, arrancó la cortina de separación entre la alcoba y otro cuarto donde en una cuna de madera dormía profundamente un niño al que se acercó el castellano con su espada tinta en sangre goteando rojo por el suelo y las ropas del pequeño lecho infantil.

Se quedó mirándole con expresión enloquecida, y alzó la espada para clavarla en el inocente cuerpecillo dormido. Allá fuera bramó la tormenta, y el trueno provocó sordos ecos en el castillo, mientras la luz del relámpago entraba en la cámara por una de las troneras

abiertas en la recia piedra.

Se detuvo el señor de Villiers, sin decidirse a atravesar al niño. Su voz masculló palabras roncas, cuajadas de rabia y despecho:

—¿Quién me dice que eres hijo mío o de él? ¿Cómo estar nunca seguro de eso? Será mejor recurrir al juicio de Dios… y que El decida al respecto. Sé cómo hacerlo. Si eres mi hijo, André de Villiers, vivirás a pesar de todo. Si no, Dios habrá dictado sentencia para un bastardo nacido del incesto y de la inmundicia…

Soltó la espada, aferrando al niño con sus torpes brazos. El pequeño se despertó, rompiendo a llorar. Corrió el caballero con su frágil carga hacia la escalera que ascendía pegada al curvo muro del torreón de su castillo, y subió hasta las almenas, donde asomó, bajo el diluvio torrencial, apretando contra sí al lloroso niño.

Se detuvo entre las almenas, mirando abajo, a la dura piedra entre cuyas rendijas brotaban los hierbajos, en el patio de la propiedad feudal. Alzó al pequeño en el aire, mientras el agua y los fulgores del temporal daban a la escena un aire dantesco.

—¡Señor, mi Dios, en Ti confío este juicio! —clamó—. ¡Dicta tu sentencia contra mi hijo o a favor suyo, según sea un bastardo nacido de incesto o un hijo mío legítimo! ¡Así sea!

Y sin vacilar, arrojó el cuerpo del niño al vado con ambos brazos.

En el preciso momento en que la criatura, siempre sollozando ahogadamente, caía en vertical hasta estrellarse en las piedras de abajo con sordo impacto, un destello cegador brilló en el nublado cielo del día tormentoso.

Un rayo cayó, demoledor, sobre el torreón. Tembló éste hasta sus cimientos, se desgajaron las piedras de las almenas, heridas por la chispa, mientras el estampido del trueno lo ensordecía todo. Y el señor de Villiers lanzó un grito ronco, llevándose las manos a los ojos, mientras retrocedía, tambaleante.

Comenzaron a arder los cortinajes y muebles del interior del torreón, y al separar sus manos de los ojos, el señor de Villiers advirtió con horror la realidad.

¡No veía nada más que oscuridad, tinieblas profundas… y de sus ojos se derramaba algo, dejándole misteriosamente ileso el resto de su cuerpo!

—¡Ciego! —rugió—. ¡Estoy ciego! ¡Dios, no, has cegado mis ojos

para siempre!

Caminó, tambaleante, alargando sus brazos para orientarse. Ni siquiera sabía que el rayo se había llevado por delante varias almenas y un trozo de torre. Se precipitó abajo violentamente, con un chillido largo, prolongado y terrible, que sólo tuvo fin cuando su corpachón fornido se estrelló en las piedras del patio, no lejos de donde cayera poco antes su hijo, arrojado a la muerte por sus manos.

La tragedia se había consumado. La lluvia cayó sobre los regueros de sangre que fluían de la destrozada cabeza del señor de Villiers.

Alain, el criado, y unas camareras y criados de Yvonne de Villiers, salieron al patio poco más tarde, atraídos por los gritos. Todos pudieron ver el terrible espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

El cadáver del caballero feudal, las piedras desmoronadas de la torre que ardía…, el cuerpecito del niño, envuelto en sus pañales, no lejos de allí… y una baraja de plata dispersa en torno a los cuerpos.

—Dios nos asista —se persignó Alain, el criado, caminando hacia el lugar de la tragedia. Se inclinó, comprobando que nadie podía hacer ya nada por su señor. Luego se acercó a la criatura y la examinó. Un grito ronco escapó de su garganta—: ¡Está vivo! ¡El niño está vivo! ¡No sufre daño alguno!

Y como para corroborar esa buena nueva, la criatura comenzó a sollozar de nuevo. Alain la tomó en brazos. Las mujeres empezaron a recoger las cartas de plata, y el criado, al advertirlo, les aconsejó:

—Tomadlas todas y dejadlas sobre la mesa del zaguán. Yo las tomaré luego. Son unas cartas muy especiales, y habrá que pensar lo que se hace con ellas…

Inevitablemente, sus ojos se fijaron en las dos últimas cartas, que una de las criadas recogía del suelo, junto al cadáver de su señor. Y se estremeció, apretando con mayor fuerza al niño contra sí, al tiempo que alzaba su mirada al cielo nuboso.

—Dios mío, la gitana tenía razón… —susurró roncamente, apresurándose a persignarse de inmediato.

Las últimas cartas del «tarot» que acababan de recoger eran la Muerte y la Torre. Una carta con el número XVI y la otra con el

número XIII.

PRIMERA PARTE

La rueda de la fortuna

(Naipe número X)

Capítulo primero

LOS aplausos fueron nutridos cuando el pianista completó los últimos acordes de la tonada, y las chicas saludaron al público mostrando públicamente sus traseros, cubiertos por las prendas llenas de encajes encima de sus mallas negras con ligas de vivos colores. Silbidos y gritos de los más entusiastas acogieron ese saludo picaresco de las *girls*, y éstas se retiraron con unas últimas evoluciones, dejando el escenario libre.

Los músicos iniciaron otra melodía, mientras corrían las cortinas, y delante de los mecheros de gas de las candilejas aparecía un decorado ingenuo representando una calle de Londres con el Parlamento al fondo. La canción era *Poor little flower*[5], coreada desde dentro por uno de los típicos organillos callejeros de la ciudad, y una joven pelirroja, de aspecto aniñado e ingenuo, apareció en la escena, deshojando una margarita entre sus dedos, mientras cantaba la sensiblera letra de la copla. Hubo aplausos cuando ella salió a escena en el teatrillo de variedades, pronto silenciados por el público que deseaba escuchar la canción en labios de la bella muchacha ahora sola en la escena.

Aquella figura tenía ángel y encanto, y el rostro oval, delicado, era dulce y sensible, dotado de unos grandes ojos verdes, tremendamente expresivos y de una boca gordezuela de labios, que sabía modelar con deliciosa ingenuidad y ternura la letra de la tonada. Al terminar su interpretación, una enorme salva de aplausos acogió la interpretación de la joven. Ella, sonriente, saludó repetidas veces, antes de meterse entre bastidores, y ser sustituida en escena por un bailarín acrobático, de cuerpo dislocado y rostro de mimo, blanco y expresivo, quien un momento antes de suplir en escena a la joven cantante, había murmurado para sí, con cierto despecho:

—Siempre ha de tener ella ese éxito antes de salir yo a escena…

Tengo que decirle al señor Briggs que no puedo ir detrás de ella en el programa ¡Yo soy el gran Cecil Ross, y esa chica es una perfecta desconocida sin categoría!

Pero lo cierto es que los pasos de danza del bailarín, pese a su espectacularidad, no parecían entusiasmar al público, tras haber disfrutado éste de la tierna y juvenil belleza de la cautivadora cantante.

—Enhorabuena, Dais —dijo una de las chicas del conjunto, que en ese momento asomaba a la puerta del camerino—. Has estado mejor que nunca.

—Gracias, Hazel —sonrió la pelirroja con modestia, siguiendo hacia su propio camerino del teatro de variedades—. Sois muy buenas conmigo todas.

—No digas esas cosas. Sabes que eres una cantante excelente. Los hombres andan locos por ti… Ah, por cierto, ya tienes ahí dentro tu ramo de gardenias.

—¿Otra vez? —se sorprendió la muchacha—. ¿Cuándo llegaron?

—No sé. Vi al señor Briggs que ordenaba que te las pasaran al camerino. No debe hacer mucho de eso. Seguro que tu admirador de siempre está entre el público…

—Es raro. Nunca envía una tarjeta ni un saludo. Y no viene a felicitarte personalmente…

—Pero te manda flores, ¿te parece poco? Seguro que es un tipo rico y además joven y guapo, que anda loco por ti.

—¡Qué exagerada! —rió la muchacha de buen humor—. Sólo le faltaría ser un príncipe de una corte europea…

Entró en su camerino, riendo todavía. Contempló las hermosas flores depositadas junto al tocador. Avivó la llama de gas del muro, para sentarse ante el espejo y arreglarse, pero no pudo evitar una mirada a las flores. Sorprendida, enarcó las cejas. Entre las bellas gardenias, descubrió un sobre color *beige*, cerrado.

—Vaya, parece que al fin se atreve a enviar un mensaje… —comentó, desprendiendo el sobre del ramo de flores.

Estaba cerrado y tuvo que rasgarlo, para extraer algo que la dejó sorprendida y desorientada.

Lo que contenía el sobre no era una tarjeta de visita, como esperaba, sino una cartulina doblada en dos. La desdobló. Tenía un dorso impreso con rombos de color amarillo. La otra cara era la de

un naipe de la baraja. Pero un naipe que ella nunca había visto antes.

Era una rueca o algo parecido, con seis radios, montada sobre dos montantes idénticos, y provista de una manivela. Sobre la plataforma de la rueda, una especie de gárgola con figura de rey y corona, enarbolaba una espada. Una figura descendía por un lado de la rueda, pegada a ella, y por el otro un animal extraño, como un lagarto, intentaba reptar desesperadamente. Bajo la carta se leía: «Rueda de la fortuna». Y arriba, una cifra romana: X.

«¿Qué significará esto?», se preguntó perpleja la joven, dando vueltas al extraño naipe. Luego observó que en el dorso, muy pequeña la letras, se había escrito algo. Trató de leerlo, acercándolo a la luz del gas.

«La admiro —leyó—. Es usted maravillosa. *Andrew*».

Eso era todo. Volvió a estudiar la carta de baraja, que era más alargada de lo normal en otros naipes que ella conocía, como los de póquer o *bridge*.

«No lo entiendo —suspiró—. Andrew debe ser él. Pero ¿por qué este mensaje tan raro? Una carta, unas pocas palabras en su dorso… No tiene sentido».

Pero tenía que cambiarse para otro número y no había tiempo de seguir reflexionando sobre tan singular asunto. De modo que metió la carta doblada en su joyero, se olvidó de ella y comenzó a prepararse para su siguiente actuación en escena.

Más tarde salió a escena y comenzó a bailar y cantar, en medio de un silencio que resultaba sorprendente en un público tan poco selecto como el del Vanity en aquellos días. Que, pese a estar cerca de otros teatros de más categoría, resultaba más bien vulgar y hasta ordinario normalmente. A fin de cuentas, la zona urbana del East End en que se hallaba ubicado, tampoco podía aspirar a más.

Apenas iniciada su actuación, Doris miró a un palco proscenio, donde ahora había dos espectadores que antes no había visto en la sala. Ambos, por su aspecto y condición, se despegaban notablemente del resto. Y aunque en el Vanity muchas veces se contaban caballeros entre los asistentes, ninguno que ella recordase había sido como los dos que ahora podía contemplar en el palco, embelesados en su interpretación.

Ambos eran jóvenes, aunque uno de ellos, sin duda, lo era casi

diez años más que el otro. Los dos vestían de rigurosa etiqueta y tenían apariencia de verdaderos señores de la mejor sociedad. El más joven era alto, de cabellos claros y rostro risueño y viril. Su compañero, de pelo más oscuro, era enjuto, de afiladas facciones e inquisitivos ojos azules. No se perdían detalle de su actuación, lo cual la halagó sobremanera.

«¿Será alguno de ellos el misterioso Andrew del ramo de gardenias?», se preguntó ella, acercándose a aquel lado del escenario y mirándoles mientras cantaba una estrofa de la canción.

El más joven le dirigió una sonrisa simpática y su compañero hizo una leve inclinación de cabeza cortés, hablando luego algo en voz baja con el otro.

Doris sonrió, continuando su canción a través del escenario. El corazón le palpitó con fuerza. Aquel joven, pensó, era tan atractivo, tan interesante… «Ojalá sea mi caballero de las gardenias», se dijo algo emocionada.

Al terminar, los aplausos de todo el público fueron entusiastas, pero quizá ninguno como el de los dos ocupantes del proscenio, quienes, tras dirigirle aquellos aplausos, se pusieron en pie, retirándose del palco.

Doris quedó defraudada. Ya no volvió a verles en la segunda parte de su actuación. El palco siguió vacío. Si alguno de los dos era el que le enviara las flores y el naipe, se había tenido que ausentar, bien por obligación, bien porque el espectáculo no era de su agrado.

Terminada la función, cuando ya todo el público había abandonado el teatro y en el exterior se apagaban las farolas de gas de la fachada, dejando de alumbrar los carteles del local, Doris Fleming acabó de retocarse ante el espejo, apagó la lámpara de gas tomando las flores consigo y se encaminó a la salida del escenario. Ahora, el teatro, con su vacío y su oscuridad, no se parecía en nada al animado y bullicioso recinto que era durante las representaciones. Doris dejó atrás todo eso y salió a la calle lateral, en la que asomaba la puerta del escenario.

Se había demorado mucho esa noche en arreglarse para salir, tal vez pensando en que su admirador de las flores podría haber vuelto para esperarla galantemente en el exterior, pero nada de eso era cierto. Sólo pudo ver, discutiendo entre ellos, al bailarín Cecil Ross y a Ian Briggs, empresario y director del espectáculo, al fondo del

callejón, entre la niebla.

—¡No toleraré que esa pelirroja me estropee mis actuaciones saliendo antes que yo en el orden del programa, y embobando a esos majaderos que vienen a ver sólo chicas sin fijarse en el verdadero arte! —protestaba el bailarín, con gestos afectados y voz chillona.

—Cecil, esa chica no es como las otras, no enseña nada para gustar a la gente —señalaba cachazudamente el empresario—. ¿Por qué ha de hacerte sombra en escena?

—¿A mí? ¿A mí sombra ella? ¡Nadie puede hacer sombra al gran Cecil Ross! —clamó el bailarín, con despecho—. ¡Sólo exijo que se cambie el orden de aparición en escena, o tendré que cambiar de compañía!

—Está bien, no te pongas así —suspiró Briggs—. Supongo que a esa chica le tendrá sin cuidado el orden de aparición. Desde mañana, saldrás antes que ella en todas tus apariciones, ¿contento?

—Sí, eso está mejor —agitó su mano con afectación—. Gracias, señor Briggs.

Se alejó, satisfecho, por un lado de la calle, y el empresario, sacudiendo la cabeza, lo hizo por el otro, alejándose ambos en la oscura y brumosa noche.

Doris suspiró. Era lo que sucedía siempre. Los que podían exigir eran escuchados. Y ella sólo estaba empezando en aquella profesión. Tendría que aceptar las cosas tal como eran, o despedirse y quedarse sin trabajo.

Echó a andar calleja abajo, hacia las luces de la calle principal, adonde daba la fachada del teatro, en Bishopsgate. Apenas comenzó a taconear sobre el empedrado mojado y brillante por la llovizna y la niebla húmeda de la noche, notó que otra persona caminaba detrás de ella.

Giró la cabeza, para ver si alguien más salía tarde por la puerta del escenario del local. No vio absolutamente a nadie. Y el fondo del callejón estaba demasiado oscuro, más allá de una luz de farola de gas y de la espesa niebla, como para vislumbrar a nadie. Además, ahora ya no sonaban pisadas de ningún género.

Volvió a caminar. Y otra vez, a espaldas de ella, aquellas pisadas lentas, pausadas, haciendo resonar unos zapatos en los adoquines de la calleja. Empezó a preocuparse. Whitechapel no era un barrio

demasiado aconsejable para que una mujer caminara sola por él en plena noche. Se contaban terribles historias de él y de sus rincones sombríos, de los delincuentes torvos y feroces que anidaban en aquella zona de Londres, tan llena de miserias y de calamidades.

Aceleró el paso para llegar cuanto antes a la calle bien alumbrada, en un intento por dejar atrás aquel lóbrego y nada alentador callejón.

Su seguidor debió adivinar sus intenciones porque, inesperadamente, para terror de la joven, las pisadas a su espalda se apresuraron, corriendo sobre el empedrado. Giró otra vez el rostro, angustiada, temiendo lo peor.

Vio venir a la sombra confusa, entre la niebla. Se movía hacia ella con rapidez, y sólo le era posible ver el vuelo oscuro de un gabán o una capa, en torno a la figura de hombre. Algo, en la mano del desconocido, brilló al ser herido por la luz de gas de la única farola del callejón.

¿Una hoja de acero, un arma mortífera? El pavor sacudió el cuerpo de Doris Fleming con un intenso escalofrío. De su garganta brotó un largo, agudo grito de terror, que rasgó la niebla como un cuchillo.

Después, la sombra del misterioso merodeador nocturno se precipitó sobre ella, con un sonido extraño, gorgoteante, como una voz ronca e inhumana, brotando de unos invisibles labios crueles, fundidos en la niebla…

Poco más o menos a la misma hora en que Doris Fleming encantaba a sus espectadores con la ingenuidad de su físico y la gracia de su voz, en el escenario del teatro de Bishopsgate, unos acontecimientos aparentemente sin la menor conexión con el destino de la muchacha de cabellos rojos y ojos verdes tenían lugar al lado opuesto de Londres, en Chelsea.

El escenario de esos acontecimientos era una pequeña tienda de antigüedades, situada no lejos del río, en un viejo edificio del siglo XVIII, y su protagonista era el propietario de aquel establecimiento, un viejo y experto anticuario llamado Rufus Haggerty.

Ante él, un hombre recogía unas monedas y billetes, a cambio de algo que acababa de dejar sobre el mostrador del anticuario.

—Creo que ha hecho una buena compra, señor Haggerty —indicó el vendedor, con una sonrisa.

—Y yo pienso, a mi vez, que usted vendió bien su mercancía —suspiró el viejo propietario de la tienda, apoyando una pálida y huesuda mano sobre la cajita de madera que acababa de adquirir—. Vaya lo uno por lo otro, amigo mío. Soy una persona que no gusta engañar a sus clientes.

—Lo sé, señor Haggerty, por eso vine a usted. Pero la verdad, deberá reconocer que es todo un hallazgo lo que le he proporcionado hoy.

—Eso ya se lo he admitido. El riesgo en estas transacciones, está en que el objeto adquirido sea auténtico o bien obra de una perfecta imitación, en cuyo caso perdería hasta el último penique del dinero pagado por su mercancía.

—Estoy por asegurarle que no es así. No soy un experto, pero algo me dice que es legítimo por completo. En fin, si prefiere no correr ese riesgo, buscaré a otro anticuario y…

—No, no —rechazó el viejo Haggerty—. Me gusta correr riesgos. Así tuve en mi vida muchos grandes negocios… y también enormes fracasos. Pero creo que unos compensaron a otros, y no me puedo quejar.

—Como guste. Entonces, hasta otra, señor Haggerty —el hombre se embozó en su macferlán y caminó hacia la salida de la tienda repleta de heterogéneos objetos de otros tiempos.

—Hasta siempre, amigo mío. Ya sabe dónde estoy cuando tenga algo interesante que ofrecerme…

La puerta se cerró con un campanilleo. Rufus Haggerty resolvió que ya era demasiado tarde para mantener abierto el negocio, y amortiguó las luces de gas, cerrando luego las puertas y apagando los escaparates. Con su recién adquirida mercancía, se dirigió a la trastienda, donde se acomodó ante una mesa, alumbrada por una lámpara que ardía encima de su cabeza, y abrió la caja de madera cuidadosamente, dirigiendo una ojeada a su contenido.

Luego volcó ésta cuidadosamente sobre un paño rojo que cubría la mesa. Hubo un leve sonido de metal entrechocando suavemente, antes de depositarse blandamente en el tapete. Destacó el color de metal sucio, plateado y sin brillo, sobre el carmesí oscuro del paño. Hasta veintidós piezas se dispersaron en formas caprichosas, con su alargada forma rectangular y sus figuras a lo alto, rotuladas y numeradas. Pero un ojo diestro como el del anticuario, resultaba

demasiado obvio que rótulos y números romanos habían sido grabados posteriormente a las planchas originales. Meneó la cabeza con disgusto.

—Lástima… —se quejó—. Es como pegote. No hacía ninguna falta numerarlas y darles nombre. Sólo consiguen estropear parte de su belleza original, de su propia obra inicial, tan minuciosa y delicada como si hubiesen estado creando una auténtica pieza maestra de arte…

Las fue examinando una a una bajo la escudriñadora minuciosidad de su lupa profesional. Admirado, lanzó una exclamación gozosa, en puro éxtasis todo él.

—Es…, ¡es una maravilla de incalculable valor! —susurró—. Cada carta es como un documento legado para la posteridad, una prueba de la magia de sus artífices en legarnos lo más bello y sublime de su arte y de su cultura…

Las manos le temblaban cuando llevó uno de los naipes a una pequeña mesa anexa, provista de ácidos y materiales químicos para pruebas y análisis. Depositó una de las cartas de plata sobre un soporte de vidrio y derramó en una de las puntas de su dorso una gota de uno de los líquidos, procediendo luego a removerlo con una pequeña varilla, y aplicando después el microscopio. Respiró hondo y se irguió, maravillado.

«No hay duda, son auténticas. La aleación de la plata no es la habitual en estos tiempos. Además, los grabados son originales, no simples copias, y la forma en que se confeccionaron estos naipes, todo un misterio. Alguien que los conocía bien los hizo rotular y numerar por algún artífice o joyero minucioso y pulcro, pero aun así afeó los originales, cuyos nombres y cifras tal vez figuran ya en las propias figuras jeroglíficas egipcias».

Reintegró la única pieza a las otras veintiuna, y con todas ellas volvió a llenar la caja de madera, que aseguró en su cierre metálico, procediendo a introducir el estuche dentro de una bolsa de piel. Después miró su reloj, nervioso.

«Aún no es demasiado tarde —se dijo—. Tomaré un carruaje e iré a ver a Stride de inmediato. Seguro que va a sentirse tan excitado como yo mismo…».

Sin dudarlo más, descolgó su gabán y su sombrero de copa alta de un perchero, apagó las llamas del gas y salió de su tienda,

cerrando tras de sí. Sólo tuvo que caminar dos manzanas en la niebla para encontrar un coche de caballos que pasaba, y detenerlo. El vehículo de alquiler le condujo con rapidez a la dirección de Westminster que él le había dado.

Capítulo II

—... Y cuando el rey pasó por las tierras del señor Henri de Villiers y se encontró ante tan sangrientos y horribles sucesos, hizo destruir la torre maldita donde tuviera lugar el desenlace de la tragedia, haciéndose cargo del pequeño André de Villiers, milagrosamente ileso en su caída, y único descendiente vivo de la familia, al tiempo que ordenaba que, a partir de la fecha, ningún señor feudal de Francia tuviera derecho a abusar de sus privilegios y autoridad. Sin embargo, poco más tarde se supo que el pequeño André de Villiers había desaparecido misteriosamente de la corte, según unos robado por algunos vagabundos sin identificar, y según otros por causa de alguna intriga palaciega promovida por envidiosos que tuvieron miedo de que el pequeño infante pudiera llegar a ser algún día un obstáculo para sus ambiciones personales, dada la educación regia que se le quería dar. El rey, según cuentan, jamás pudo dar con el niño ni con su rastro, pese a que ordenó su búsqueda por toda Francia. Y lo más extraño de todo es que el «tarot» egipcio de las veintidós piezas de plata había desaparecido junto con el niño, contrariando todavía más al monarca, que se había sentido sumamente interesado por aquel extraño juego, pidiendo consejo y orientación a sus sabios acerca del origen y naturaleza de tales naipes.

Respiró hondo George Stride, tomando aliento tras su relato. Fascinado, Rufus Haggerty escuchaba a su amigo, sentados ambos en la amplia sala oscura, de muros cubiertos totalmente de libros hasta el techo, ante sendas copas de oporto y la luz de una lámpara de gas de pantalla de vidrio rosado.

—¿Ésa es toda la historia? —indagó el anticuario.

—¿Toda? Oh, no —sonrió el librero moviendo la cabeza de un lado a otro—. Ése es sólo el principio de un extraño relato, posiblemente inspirado en la fantasía e imaginación popular, pero

que ha sobrevivido a lo largo de cuatro siglos, desde que el señor de Villiers recibiera aquella noche en un figón, de manos de un buhonero, uno de los primeros «tarots» auténticos de que nos habla la historia o la leyenda.

—Pero existieron otros previamente…

—Por supuesto, amigo mío —suspiró el hombre que poseía en City of Westminster una librería de lance con especialización en obras sobre brujería, ocultismo, ciencias misteriosas, esoterismos, magia y cuanto de anormal o sobrenatural considera la gente que existe—. Ya en 1227, los anales de la ciudad de Augsburgo, en Alemania, hacen alusión a juegos de azar, pero no cita para nada los naipes en concreto. Igual sucede en 1289 en Nuremberg, con la citación de juegos prohibidos en el código. Pero ya en 1389, un manuscrito francés, exactamente *Renard le Contrefait*, alude a algo que tal vez fuese el juego de naipes, si bien hasta 1377, en que un monje de Brefeld, Suiza, describe los naipes y sus juegos, no hay constancia histórica exacta de su existencia. Y así llegamos a otras épocas, como 1440, en que se tiene constancia de que la ciudad de Stutgart imprime y vende naipes, y los venecianos prohíben su importación un año más tarde. En nuestro país, Eduardo IV prohibiría asimismo dicha importación, para beneficiar a los fabricantes nacionales, en 1463[6].

—Tus conocimientos del tema me asombran —confesó admirado Haggerty.

—No tienen importancia —Stride se encogió de hombros—. Soy un gran aficionado al tema del «tarot» y lo he investigado a fondo. Te estoy hablando de simples datos estadísticos, pero lo cierto es que el término «tarot» no se menciona en ninguno de los casos que te he mencionado, ya que la palabra parece proceder, según unos, de los naipes franceses, y según otros de Italia, donde una baraja se denomina «tarocci». Para mí, sin embargo, ninguna de esas versiones es muy de fiar, y me quedo con otra mucho más esotérica y fascinante, que tu actual baraja de plata acaba casi de demostrarme sin lugar a dudas.

—¿Y es…?

—Egipto.

—¿Egipto? —se extrañó Haggerty—. ¿Sólo porque esa baraja que he traído esté hecha por orfebres egipcios hace casi dos mil

años?

—No, no sólo por eso. Ya te he dicho que ello es sólo una confirmación de mi teoría. Existe la posibilidad de que el «tarot» fuese en el antiguo Egipto un medio que transmitía de padres a hijos los arcanos y conocimientos simbolizados en esas bellas figuras y jeroglíficos. De entonces dataron bellísimos naipes en oro puro, que iban pasando a los herederos, junto con la profunda explicación de sus significados ocultos. El juego se llamaba «libro de Thot», y tal vez de ahí la etimología de «tarot», por corrupción de la palabra original. Según el orientalista Guillaume Postel, en 1540, que trató de descifrar los misterios del «libro de Thot», enloqueciendo en su labor, pero logrando editar por entonces un libro titulado *Llave de las cosas ocultas*, resulta evidente que hay relación entre ese libro egipcio y el arte de «echar las cartas», como se dice ahora. Tu descubrimiento de estos naipes no hacen sino confirmar la teoría, de ahí su enorme valor intrínseco, pese a estar después manipulados por alguien que quiso rotularlos y numerarlos a la usanza europea, con nombres en francés y cifras romanas, ignorando sin duda que cada naipe ya lleva en sí mismo esos datos concretos, aunque en versión propia de los egipcios. Así, el emperador es el faraón, lógicamente, la Muerte es Anubis y otras venaciones por el estilo. Pero no hay la menor duda de que esto es un auténtico «tarot» egipcio original… y que se parece *demasiado* al que desapareció hace cuatro siglos en Francia, tras la trágica historia de los Villiers.

—¿Quieres decir que puede ser el mismo juego de cartas? —dudó Haggerty.

—Yo diría más. Aseguraría, sin miedo a equivocarme, que es *el mismo*.

—Pero…, pero ¿cómo pudo llegar hasta aquí?

—Ha tenido cuatrocientos largos años para recorrer tan pequeño trayecto —sonrió Stride, pensativo—. Teniendo en cuenta, por otra parte, que la historia y la leyenda han hablado ya en otras ocasiones del «tarot» de plata y muy bien pudiera ser siempre el mismo.

—Por eso he venido a verte, Stride. ¿Qué sabes realmente sobre estos naipes? ¿Ocurrió algo más de lo que me has referido?

—Si se trata de los mismos, como creo, sí. Han ocurrido muchas cosas. Y todas revelan un mismo hecho.

—¿Cuál?

—Que estas cartas traen mala suerte a quienes las poseen.

—¡Qué tontería! —sonrió el anticuario, encogiéndose de hombros.

—Yo no diría eso tan a la ligera —Stride le miró fijamente, y fue luego a una estantería, de donde tomó un volumen de encuadernación de piel oscura. Lo abrió, buscando algo, y al hallarlo, leyó en voz alta, tras un carraspeo—: «… Y el llamado Joseph Balsamo, más conocido por el nombre de "conde de Cagliostro", estafador y farsante, decide estafar al cardenal de Rohan, en complicidad con la condesa de La Motte, haciendo creer a aquél que la reina María Antonieta desea ardientemente un collar de diamantes que los joyeros de la corte, Boehmer y Bassenge ponen a la venta, por valor de un millón seiscientas mil libras. Suma que el propio cardenal, para hacer galantemente un obsequio a su reina, no duda en firmar en seis pagarés. El collar jamás será visto siquiera por la reina, ya que una doble, de relativo parecido con la esposa de Luis XVI, la suplantará para quedárselo. De resultas de la estafa, el cardenal de Rohan es encarcelado por orden real, y estalla el escándalo, que inevitablemente arrastra también a la condesa y al propio Cagliostro, yendo todos a prisión. Cuando ese escándalo cede, se está incubando ya en Francia la Revolución, y Cagliostro es desterrado por el rey. Pero un regalo que él hiciera cuando gozaba de la confianza real, queda en poder de los monarcas, sin que ellos lo adviertan ni imaginen remotamente su funesto significado: una baraja de "tarot", misteriosamente llegada al poder de Cagliostro, cuyo origen es egipcio, tallada toda ella en plata. Rey y reina ignoran y olvidan el obsequio que, según la superstición de muchos, será causante pocos años después de su trágico fin en la guillotina…».

Stride cerró el libro, volviéndolo a su estantería, y contempló a Haggerty enarcando las cejas.

—¿Y eso es rigurosamente histórico? —preguntó el anticuario.

—Nunca hay nada cierto ni nada falso en cosas así —se encogió de hombros el librero—. Es posible que ocurriera así, o tal vez no. Pero la cita consta en ese libro que sigue las andanzas de Cagliostro y otros personajes enigmáticos de la historia. Por mi propia cuenta, podría añadirte que años más tarde, en 1810, un joven prusiano

adquiere una baraja de plata en vísperas de su boda, con la idea de regalársela a su prometida. Ese joven ofenderá ese mismo día gravemente a otro noble y éste le retará a duelo. La boda nunca se celebrará, porque en dicho duelo el joven es herido de muerte por su rival y muere en el campo del honor, justo la madrugada víspera de su enlace. Años más tarde, una baraja de plata de origen egipcio es localizada en los Estados Unidos de América, en tiempos de la Guerra Civil. La posee un general sudista que hallará la muerte en Gettysburg, y su baraja irá a poder de un cabo de la Unión que, en señal de admiración hacia su presidente, Abraham Lincoln, apenas terminada la guerra va a Washington y se la deposita en la Casa Blanca como obsequio personal y anónimo. El secretario presidencial pasa el curioso regalo al presidente, que parece ser lo acepta. Esa misma noche, en un teatro de la capital federal, el actor John Wilkes Booth matará de un tiro a quemarropa al presidente que ha ganado una guerra entre hermanos por la libertad de los derechos humanos. Desgraciadamente, ahí terminan mis referencias sobre la azarosa suerte y largos viajes de esos naipes de plata.

—Es absurdo —rechazó Haggerty, escéptico—. No puedo creer tanta leyenda fatalista, Stride.

—Eres muy dueño de creerlas o no. Personalmente, he vivido suficientes experiencias entre mis libros como para no poner nada en duda. Si quieres que te diga la verdad llana y simple, yo que tú intentaría deshacerme lo antes posible de tan bella y preciosa obra, por mucho que sea su valor para un hombre como tú.

—Soy un comerciante y no puedo permitirme el lujo de guardar para mi placer todo aquello que caiga en mis manos y sea de mi gusto —suspiró el anticuario resignado—. Pagué una buena suma de guineas por ese «tarot» y pienso recuperarlo con sus correspondientes beneficios.

—¿Tienes ya comprador?

—Por supuesto. Sé de alguien, un coleccionista, que pagará lo que sea por esta baraja, Stride.

—¿Le conozco yo?

—Naturalmente. Se trata de *sir* Gavin Durham.

—Oh, sí, *sir* Gavin… —afirmó Stride, distraído—. Hombre de gran fortuna y de incontables caprichos. No me sorprende que pienses en él como comprador ideal. Te dará el doble de lo que

hayas desembolsado tú, sin pestañear siquiera.

—¿Eso te tranquiliza?

—Un poco. No me sentiré tranquilo por ti hasta que sepa que la baraja está en manos de *sir* Gavin.

—Pues eso será mañana, te lo aseguro.

—¿Mañana? —Stride frunció el ceño—. ¿Por qué no esta noche?

Haggerty se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Eres terrible. ¿Piensas que esta noche puede sucederme algo?

—No sé, tal vez… A mí esa baraja me quemaría las manos. Es un «tarot» maldito.

—Tonterías, Stride, ya te dije lo que pienso al respecto.

—Espera un momento. Vamos a intentar probar algo todavía —fue directamente a los libros de su inagotable librería, buscó afanoso uno en concreto, y suspiró al hallarlo—. Aquí está. Es una historia de la baraja y de los juegos que con ella se hacen, editada en 1740 en Marsella, coincidiendo con el tricentenario de la aparición de los tacos de madera como plancha original de los naipes.

—¿Y qué tiene de especial ese libro?

—Hay un párrafo digno de atención, escúchalo —hojeó el volumen y al fin halló el punto exacto que estaba buscando—. Aquí lo tenemos. Escucha esto, Haggerty: «… entonces, mi amigo el franciscano marsellés, me contó lo sucedido en 1710, en Florencia, cuando una joven artista se echó las cartas a sí mismo con una extraña y pintoresca baraja que, al decir de muchos, era grabada en hojas de hierro, y según los más en pura plata. El joven, desdichado y pobre por entonces, vio maravillado ante sí que los naipes del “tarot” le pronosticaban un futuro inmediato esplendoroso, lleno de aventuras y de goces, a pesar de que la mala fortuna rondaría fugazmente por su existencia, estando a punto de causar su desdicha definitiva. Incrédulo y airado, el joven no creyó una palabra de tal pronóstico de las cartas, recogió éstas malhumorado, guardándolas en un bolsillo de su ropaje, puesto que ni siquiera para cenar tenía esa noche. Sin embargo había vendido varias obras y debía cobrar poco después el precio de sus cuadros. Cuál no sería su exasperación cuando al ir a casa de su rico comprador, resultó que ésta se hallaba vacía, y el falso mecenas había desaparecido, llevándose sus cuadros y, por añadidura, el dinero de muchos

crédulos que le dieran crédito confiados en su aparente respetabilidad.

»El joven artista, exasperado y viendo tan negro su porvenir, fue a por una pistola que guardaba en su casa, salió a la calle y se pegó un tiro en el corazón, cayendo como fulminado a tierra.

»Cuando volvió en sí, no podía comprender cómo seguía vivo. Pero así ocurría, y además había sido hallado por un riquísimo caballero, amante del arte, que le acogió en su casa, le patrocinó su obra, e incluso acabó casándose con su bella hija, siendo así el futuro heredero de las riquezas de su nuevo y auténtico mecenas.

»Lo sorprendente es que cuando buscó su "tarot" para darle gracias por las venturas recibidas tan inesperadamente, no lo halló en absoluto. Cuanto se hizo por localizarlo en la calle, donde debió caerle al darse por muerto, fue inútil. Las cartas no aparecieron. Pero un truhán, tiempo después, confesó que las había hallado aquella noche, apenas recogido el joven inconsciente por el carruaje del hombre rico, y las vendió a un desconocido que le pagó por ellas una buena bolsa. El truhán sólo podía recordar de aquella baraja que era de metal, y que una de sus cartas, que parecía tener una rueca en ella, con unos seres muy raros subiendo y bajando de la rueda, ofrecía en su centro una abolladura clara, como si una bala hubiera pagado en ella, desviándose con el impacto».

Cerró el libro y sonrió, sin dejar de mirar a su amigo. Haggerty arrugó el ceño.

—La Rueda de la Fortuna —recitó—. La carta número diez…

—Exacto. Parece, según se desprende de este relato, que el joven, al disparase el balazo mortal, olvidó que llevaba los naipes en su bolsillo, el primero de ellos debía de ser la Rueda de la Fortuna, y ésta resultó abollada en su centro, salvando la vida al propietario. Así se cumplía punto por punto cuanto el «tarot» pronosticó.

—¿Y bien…?

—¿Has mirado cuidadosamente esa carta precisa, Haggerty?

—No. Las he visto todas en general —el anticuario hizo un ademán escéptico—. No puede ser la misma.

—¿Por qué no lo compruebas? —sonrió Stride.

El anticuario tomó sus naipes y los pasó nerviosamente. Se detuvo ante el que ostentaba la cifra romana X. Lo examinó por

delante y por detrás. Palideció.

—Cielos… Esta carta estuvo abollada alguna vez en su centro… y se la alisó a golpes de martillo, no hay duda.

Reinó el silencio en la estancia. Los dos amigos se miraban, pensativos.

—En esa ocasión, sólo en ésa, dio fortuna a alguien, tal vez porque así lo había anunciado y debía cumplirse el destino del joven artista florentino. Pero si se trata de la misma baraja, Haggerty, sabes lo que trae consigo…

—Empiezas a inquietarme, maldita sea. Pero no puedo llevarle ahora esto a *sir* Gavin…

—¿Por qué no? Los ricos trasnochan.

—No es eso. Es que… bueno, él a estas horas está en una cierta casa de Whitechapel que yo conozco bien, con una joven amante, mientras su esposa duerme tranquilamente en su casa… *Sir* Gavin es de esa clase de hombres, Stride.

—Tanto mejor —rió Stride—. Si sabes dónde hallarle, ve allí y te entrevistas con él. Un hombre de edad avanzada que pasa una buena noche con una jovencita deseable, se siente de mejor humor para cualquier compra… Inténtalo. Líbrate cuanto antes de tan hermoso objeto, por mucho que te tiente seguir poseyéndolo. Ya estás advertido.

—Creo que haré lo que dices —suspiró el anticuario, poniéndose en pie y recuperando sus naipes de plata con gesto preocupado. Los guardó en su estuche y echó a andar hacia la salida, tras estrechar la mano de su amigo—. Hasta otra, amigo mío. Y gracias por tu información y tu consejo.

—Me gustaría haberte sido de alguna ayuda, eso es todo. Vuelve por aquí cuando tengas alguna otra cosa tan apasionante como ésa… aunque menos peligrosa.

Rufus Haggerty salió a la calle, ya totalmente invadida por la niebla, muy espesa y maloliente. Las farolas de alumbrado apenas si eran vagos halos de luz perdidos en aquella bruma. La librería de lance se cerró tras de él, y el anticuario caminó calle adelante hasta la esquina, donde vislumbró un coche de punto, al que requirió a voces. Subió a él y, tras una vacilación, le dio unas señas concretas en el mismo corazón de un barrio tan poco de fiar a aquellas horas como era el de Whitechapel, en el East End londinense.

Abandonó el carruaje en un punto de Leadenhall Street, más allá de Bishopsgate, pasada la oficina postal del distrito.

A aquellas horas ya comenzaban a pasar carros de carga con destino al cercano mercado de Leadenhall, situado en una inmediata plazoleta. Los olores a carnes, pescados y verduras comenzaban a infestar el aire, de por sí bastante fétido, de las callejuelas de Whitechapel.

Rufus Haggerty bajó del carruaje y caminó un trecho de acera a través de la espesísima niebla, mucho más impenetrable y maloliente allí que en el centro de Londres. Ya era muy tarde, e incluso los teatros de variedades y los *pubs* mostraban sus puertas cerradas. Una prostituta gorda y rubia le llamó desde un pasaje vecinal, exhibiéndole sus senos fofos y grasientos. Haggerty siguió adelante con paso digno y firme, camino de un edificio que hacía chaflán a Lime Street, y cuya respetable apariencia podía resultar engañosa, porque en él moraban ciertas damiselas a quienes los hombres adinerados de la ciudad mantenían retiradas para su uso exclusivo, pese a que la mayoría de ellas habían sido antes mujeres públicas o, como mínimo, coristas y camareras de la peor condición. Pero todas eran jóvenes y serviciales cuando había buen dinero por medio. Aquella casa, entre ciertos caballeros respetables de Londres, era bastante conocida por ello. Pero no se trataba de una vulgar casa de citas donde alguno temiera ser visto por la persona poco adecuada.

El anticuario sabía que en la segunda planta, uno de los apartamentos era ocupado por una joven llamativa y complaciente, llamada Muriel Lansing, bastante fina y de buen aspecto para ejercer la profesión que ejercía. Tal vez por ello, un hombre maduro y elegante como *sir* Gavin, la había escogido de compañera ideal, a espaldas de su esposa y su respetabilidad del West End.

Sonrió el anticuario, pensando en la sorpresa que *sir* Gavin se llevaría al verle allí. Pero lo cierto es que no era la primera vez que iba a venderle algo a aquella dirección, puesto que el propio y caprichoso coleccionista había insistido siempre en que cuando hubiera alguna antigüedad muy especial, le fuese ofrecida con toda urgencia y sin esperar a más.

Miró a un lado y otro Haggerty, comprobando que ni un carruaje ni un alma viviente cruzaba la empedrada calzada mojada

por la intensa humedad nocturna, y se puso a cruzar la calle Lime, estrecha y oscura, para llegar al otro lado.

Entonces sucedió.

De un sombrío portal surgió un hombre furtivo, cubierto con una gorra hundida hasta los ojos, y envuelto en un guardapolvo largo y oscuro. Sobresaltado, Rufus Haggerty se echó atrás, viendo venir al hombre. Éste no le dio tiempo para nada.

Se precipitó sobre él, empuñando un largo cuchillo de carnicero, que hundió hasta la empuñadura en el pecho del infortunado anticuario. Éste cayó hacia atrás con un sordo estertor, partido en dos su corazón. Cuando besó el suelo, dando una vuelta espasmódica sobre sí mismo, tenía los ojos vidriados y el rostro contraído por la muerte. Tal vez ni siquiera llegó a saber exactamente lo que le sucedía. Ni un grito llegó a escapar de su garganta, tal fue la sorpresa del ataque de aquel asesino.

El criminal se inclinó con rapidez sobre el hombre asesinado, comenzando a hurgar en sus ropas febrilmente. La sangre corría ya entre los adoquines negros y relucientes, en el callejón invadido por la niebla.

Capítulo III

DORIS FLEMING supo que aquélla era su muerte cierta. No podía ser de otro modo. Por encima de su cabeza, el lejano reflejo de una farola de gas sumergida en la niebla se quebró centelleante en la hoja de acero que iba a caer sobre ella, segándole la vida junto con su hermoso y blanco cuello…

El grito que había lanzado poco antes, largo y desgarrador, aún parecía resonar con ecos lejanos y angustiosos en los oscuros y pegajosos muros de Whitechapel, en tanto la joven caía de rodillas, junto a un muro de ladrillos, esperando el golpe mortal.

La niebla pareció desgajarse en un punto, cuando otra sombra rápida y elástica brotó de ella, empuñando algo que chocó sordamente contra el acero del agresor. Hubo un tintineo seco de metal, y el arma agresora voló de manos de su dueño, perdiéndose en la bruma maloliente. Una imprecación áspera y contrariada resonó luego, al tiempo que una voz jovial y enérgica increpaba:

—Maldito rufián, ¿qué pretendías? ¡Voy a atravesarte de lado a lado!

Otro acero, más largo y fino que el que estuviera a punto de segar el cuello de Doris, centelleaba ahora en la bruma, buscando el cuerpo del atacante, que acababa de echarse atrás con violencia, pese a lo cual soltó un gemido, sin duda alcanzado por la punta de aquel acero.

Luego, unas rápidas pisadas sonaron en el callejón, perdiéndose hacia su fondo, donde se alzaba un muro de ladrillos cerrando toda salida posible. El inesperado y anónimo protector de la joven cantante se precipitó en pos de él, perdiéndose ambos en la niebla.

—Por el amor de Dios, déjelo ya —rogó ella con un hilo de voz —. No me deje aquí sola, se lo ruego… Estoy muy asustada…

Aunque pareciera increíble, el hombre la oyó. Se paró en seco, dejando de perseguir a su presa. Se oyó un ruido de alguien

escalando el muro, allá al fondo, y luego una sorda caída al otro lado, hasta que finalmente unas lejanas pisadas se perdieron en la noche. Lentamente, la sombra de uno de los hombres volvió hacia ella, recortada en el denso humo de la bruma. Era una figura alta, delgada, envuelta en una capa o macferlán, y tocado con sombrero de copa alta. Llevaba en su mano el largo acero, sin duda un estoque o espada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz amable, al tiempo que una mano firme y segura la tomaba de la axila, para ayudarla a incorporarse.

—Sí, creo que sí —musitó Doris—. Aparte el susto, creo que estoy bien…

—Venga, salga de aquí. Necesita tomar algo para serenarse. Hay un *pub* todavía abierto, un poco más arriba del teatro. La llevaré allí, señorita…

—Es…, es muy amable, señor… Ese hombre… estuvo a punto de matarme…

—Lo sé. De no ser por su grito, que atrajo mi atención, no hubiera podido salvarla. ¿Le pudo reconocer?

—No, en absoluto. Con esta niebla, apenas si vi su figura. Pero su cara ni remotamente. No se por qué pudo hacer eso…

—Hay mucho enfermo mental suelto por Londres. Locos, asesinos, sádicos… O la policía o el gobierno no son lo suficientemente fuertes… o ambos fallan a la vez.

Se inclinó, recogiendo del suelo el arma que dejara caer el otro. Un silbido sonó en la bruma, donde apenas si el rostro de su salvador era una vaga mancha imprecisa.

—Vaya un arma… —musitó—. Un cuchillo curvo, como una hoz o una guadaña… Afilado como para cortar un cabello en el aire. Extraño instrumento. ¿De dónde lo sacaría ese criminal? Creo que convendrá llevarlo a la policía más tarde.

Lo envolvió en un pañuelo de seda que se quitó del cuello, y luego procedió a buscar alguna otra cosa por el suelo. Doris vio que recuperaba una especie de caña negra y hueca, donde insertó su acero, convirtiéndose aquel estoque en un inofensivo bastón. La invitó, ofreciéndole su brazo:

—¿Vamos, señorita Fleming?

—¿Me…, me conoce? —susurró ella, apoyándose en aquel brazo

para caminar.

—¿Quién no conoce a la estrella del Vanity?

—Todavía disto mucho de ser una estrella. ¿No se llamará usted Andrew, por casualidad? —preguntó de repente, ya cerca de la esquina de Bishopsgate.

—¿Andrew? No, no. Mi nombre es Norman. Norman Ward, señorita Fleming —salieron a la calle, más alumbrada, y ella pudo ver el rostro a su joven y arrogante defensor.

Se llevó la más grata sorpresa imaginable.

Era el mismo joven que la aplaudiera durante el primer acto del espectáculo, desde el palco proscenio.

Ante la copa de *brandy*, en el *pub* ya medio vacío, se sentía mejor y más reconfortada. Lo sucedido en el callejón le parecía una horrible pesadilla que jamás llegó a suceder realmente. Pero la visión del exterior a través de la vidriera, con la densa niebla, las dispersas luces de gas, las calles desiertas y amenazadoras, era demasiado viva y real para hacerla pensar que todo fuese producto de un sueño. Había ocurrido. Y ella estuvo a punto de morir a manos de un loco…

Frente a ella, con gesto risueño y amable, el atractivo joven del palco se afanaba por serle útil y ayudarla en aquel trance terrible. Su presencia, su arrogante figura, su rostro varonil y distinguido, su mirada penetrante y la fortaleza que, pese a su elegante esbeltez irradiaba, lograban inculcarle una confianza sin límites a la pelirroja muchacha.

—Creo que está ya mucho mejor —dijo él sonriente, tomando un sorbo de su propia copa.

—Sí, por el momento sí. Pero cada vez que recuerde ese horrible ataque…

—Debe intentar olvidarlo. Y en lo sucesivo, salga siempre en compañía de otras personas. Éste es un mal barrio para que una mujer ande sola por ahí a estas horas, y más una mujer como usted.

—Nunca salgo sola del teatro. Sólo hoy, porque me entretuve. Fue a causa de unas flores que me regalan cada noche, y que hoy vinieron por vez primera con la firma de quien las envía. Por eso le pregunté antes si se llamaba usted Andrew.

—¿Es el nombre de su admirador? —sonrió Norman Ward.

—Así es. Pensé que usted podía… ¡Qué tontería!

—¿Por qué ha de ser una tontería? Yo también la admiro, señorita Fleming. ¿No me vio esta noche en el palco?

—Oh, sí, le vi. Y también vi que no estaba en la segunda parte…

—Verá, eso tiene una explicación fácil. Mi amigo es un conocido e inteligentísimo detective privado en esta ciudad, el prestigioso Ralph Colman. Tenía un asunto que resolver en esta zona y decidimos hacer tiempo entrando en ese teatro hasta el momento de cierta cita suya con un importante testigo de un caso que lleva entre manos. Yo le hice compañía, y al irse él, me ausenté al mismo tiempo, pero lamentando dejar de verla en escena. Le prometo, sin embargo, que volveré a verla actuar. Es usted una criatura deliciosa y la cantante de más distinción y clase que he visto en mucho tiempo en los teatros de Londres. Merece trabajar en el Strand o en Westminster, no en este barrio.

—Es usted muy amable, señor Ward.

—Llámeme Norman, se lo ruego. Me gustaría ser su amigo, al tiempo que su admirador más rendido… aunque todavía no le haya enviado flores a su camerino.

—Ha hecho algo más que eso por mí. Le debo la vida…

—Por favor, le pedí que olvidase eso —puso su mano en la de ella, sobre la mesa, y notó que estaba fría como el mármol. La apretó suave, afectuosamente—. Prométame que al menos lo intentará.

—Prometido —sonrió ella, sintiéndose muy confortada.

—Excelente —suspiró él, llevando la mano a su chaleco rameado, de donde extrajo un costoso reloj de oro puro, cuya tapa alzó, para consultar la hora. Lo cerró, guardándolo de nuevo, y apuró su *brandy*—. Es tarde. Demasiado para mí. ¿Puedo acompañarla a su lugar de alojamiento?

—Sería demasiada molestia, a hora tan avanzada…

—Por Dios, no diga eso. ¿Vive cerca de aquí?

—Desgraciadamente, sí —se encogió de hombros la joven—. El sueldo no da para mucho. Y estoy cerca del teatro, además… Me alojo en una pensión de Leadenhall Street, no lejos de aquí.

—Entonces, no se hable más. Iremos hasta allá, y la dejaré en casa. Eso me hará sentir más tranquilo, de regreso a mi propio hogar, señorita Fleming.

Abandonaron el *pub*, donde comenzaban a entrar trabajadores

del mercado para tomar aguardiente que les hiciese entrar en calor durante la tarea matinal. Fueron caminando por la acera hacia Leadenhall. El bastón del joven golpeaba rítmicamente el suelo, aparentando ser por completo inofensivo. Se cruzaron con un policía que hacía su ronda rutinariamente, sin preocuparse demasiado de lo que pudiera suceder en torno suyo, y acabó desapareciendo en la niebla. Doris señaló a un edificio de tres plantas, de ladrillos oscuros y rebordes claros en ventanas y puertas.

—Es allí —dijo—. Gracias por acompañarme…, Norman.

—Ha sido un placer, señorita Fleming.

—No, no —le rechazó ella, risueña—, Doris. ¿No somos amigos?

—Muy cierto, Doris —sonrió él—. Venga, la dejaré justo dentro de casa. No me fio de estos lugares. En cualquier sitio puede ocurrir que… Eh, ¿qué es eso?

El tono del joven había cambiado bruscamente. Estaba mirando a un punto, a espaldas de la joven, en la manzana siguiente. Ella giró la cabeza, sobresaltada.

—Dios mío —jadeó con un estremecimiento—. Parece…, parece un cuerpo humano…

—¡*Es* un cuerpo humano! —murmuró Norman Ward, rígido, desenvainando de nuevo su temible acero—. Alguien yace junto a esa acera… ¿Quiere esperarme aquí?

—No, no —negó rápida ella, aferrándole el brazo izquierdo—. Iré donde usted vaya, Norman.

Él asintió con la cabeza, moviéndose con rápida zancada hasta donde yacía el bulto humano. Los regueros oscuros entre los adoquines, hicieron entender a Norman Ward lo que sucedía. Avisó a la muchacha:

—No se acerque. No lo toque. Creo…, creo que está muerto.

—Cielos… —se llevó una mano temblorosa a la boca.

—Vaya nochecita —suspiró Ward, inclinándose y tocando el cuerpo en nuca y muñeca. Luego afirmó—: Sí, está muerto. Creo que le han asesinado…

—¡Oh, no!

—Ya se lo dije antes —miró en torno, precavido, su acero a punto—. En esta zona de la ciudad hay de todo lo malo, y muy poca vigilancia policial. Llamaré a la policía del modo más práctico que se me ocurre.

Y hundiendo su zurda en la levita, bajo su macferlán negro, extrajo un pequeño revólver, un Derringer de lujo, que alzó, apuntando al cielo, y apretó el gatillo.

El estampido del arma tronó en la calle silenciosa. De inmediato se oyeron silbatos en la distancia. Luego, carreras precipitadas. Sonrió tristemente, guardando el arma.

—¿Lo ve? —dijo—. Hay que hacer mucho ruido para que se enteren de algo…

—Lleva usted todo un arsenal encima, Norman —musitó Doris, perpleja.

—Para aventurarse por sitios como éste, hay que ser precavido. Sigo los consejos de mi amigo Colman, el detective. Tendría que verle a él. Lleva dos pistolas y dos cuchillos siempre encima cuando sale a cumplir una misión profesional…

Doris señaló algo en el suelo, mientras escuchaba a su compañero.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Norman miró en la dirección indicada. Era justamente en el bordillo de la acera, y formaba como un pequeño bulto oscuro. Se inclinó, recogiéndolo con cuidado, mientras cada vez más próximos se repetían los toques de silbato y el redoble de pesados zapatones en el empedrado callejero.

—Una bolsa de piel muy gastada… y una caja de madera dentro. Tiene unos catorce centímetros de larga por ocho de ancha y cinco de grosor. ¿Qué diablos será esto?

Se acercó a una farola y abrió la caja cuidadosamente. Doris, pegada a él, clavó sus ojos asombrados en el interior del estuche, forrado dentro de terciopelo verde.

—¿Qué contiene? —se extrañó, a la vista de aquellas láminas de metal oscuro.

—Yo diría que… una baraja de metal —murmuró Norman, perplejo, alzando la primera lámina plateada, y examinando a la luz de gas su superficie delicadamente tallada—. Es egipcia. Vea, esto es una rueda de la fortuna… Eso dice, también, en lengua francesa, en la parte inferior del naipe. Y tiene el número diez en cifra romana al lado…

—¿Qué significa todo eso?

—No lo sé. Debajo hay otro naipe, igualmente egipcio. Parece,

parece un comodín. Un tipo excéntrico, con cara de loco, como los *jokers* de nuestros naipes. Pero éste es pequeño, contrahecho… y toca una especie de cítara o instrumento parecido. Sin duda es un juglar de tiempos de los faraones, el equivalente al bufón del Medioevo. Es decir, el comodín, el joker de la baraja. No lleva cifra alguna grabada. Y aquí dice, en francés: «Le fou». El loco. Es…, es una figura del «tarot», creo. Sí, ésta es una baraja de «tarot», hecha en metal…, en plata diría yo.

—¿Plata? —se asombró Doris.

—Sí. No diga nada. Guardaremos esto. La policía es poco inteligente normalmente, y tal vez no harían caso de esto. Debió pertenecer al muerto… o a su asesino. Se lo mostraré a mi amigo Colman. Él puede sacar conclusiones de algo así. No mencione estas cartas para nada, se lo ruego.

—Descuide. No diré una sola palabra —prometió ella, cuando ya estuche, cartas y bolsa de cuero desaparecían entre los pliegues del macferlán de Norman Ward, y un grupo de policías de uniforme confluían en la calle Leadenhall desde varios puntos.

Lo que ignoraban en ese momento los dos jóvenes era que alguien, desde la sombra, protegido por la sucia niebla de la noche, había vigilado todos sus movimientos últimos, sin perder detalle sobre cuanto sucedía en torno a aquella misteriosa baraja de plata con los símbolos del «tarot».

Capítulo IV

—FASCINANTE… VERDADERAMENTE fascinante, mi querido amigo.

Norman Ward enarcó las cejas, siguiendo con su mirada los paseos de su interlocutor por el estudio amplio, confortable y elegante. Un tibio sol entre nubes se filtraba por los ventanales desde el Strand, alumbrando suavemente la estancia.

—¿Te dicen algo esas hojas de metal? —indagó.

—Me dicen muchas, muchísimas cosas —sonrió el hombre alto, moreno y delgado, de afilada nariz y penetrantes ojos azules, parándose en seco y hundiendo sus huesudas manos, largas y sensitivas, en los bolsillos de su corto batín a cuadros—. Principalmente, que fueron talladas en plata hace casi dos mil años, y son auténticas, no una vulgar imitación.

—De modo que son egipcias…

—Así es. Un original «tarot» que se pierde en la noche de los tiempos y del que, tal vez, a través de los siglos, surgieron los «tarots» florentinos, napolitanos, marselleses y españoles, adaptando estas figuras y sus arcanos a la simbología medieval.

—¿Puede valer mucho?

—Su valor material es relativo. Se trata de plata de excelente calidad y aleación muy poco frecuente. Pero su valor histórico es incalculable. Como antigüedad, no tiene precio, diría yo, aunque sea en cierto modo un profano.

—¿Profano? Eres un experto en muchas cosas, Ralph —sonrió Norman—. Yo diría que en todas.

—Exageras —protestó con poca vehemencia su amigo, poniendo cara de falsa modestia—. Me limito a estudiar aquello que no conozco. Tendré que leer un montón de libros sobre el «tarot», si quiero profundizar más en el tema. Pero el hecho de que el asesino matase a aquel pobre hombre y le vaciara los bolsillos de cuanto

llevara de valor, incluido su reloj, y dejase en el suelo este estuche y su contenido nos sugiere dos únicas posibilidades: que o bien el criminal no entiende nada de arte ni de antigüedades, o bien que no tuvo tiempo de robarle ese preciado objeto, al aparecer en escena tú y tu bella amiguita del Vanity —acabó el detective con una suave sonrisa.

—La policía dijo que el muerto, según sus documentos, era un anticuario de Chelsea, con bastante prestigio en la buena sociedad de Londres y, muy especialmente, entre coleccionistas de obras de arte. ¿Qué podía hacer un hombre así en un lugar como Whitechapel a semejantes horas de la noche?

—Yo diría que lo más natural en un anticuario. Intentar vender su valiosa pertenencia a la persona adecuada.

—¿En ese barrio? —dudó Norman, asombrado.

—Mi querido amigo, tú eres un hombre rico y acomodado, a quien aunque le gusten las aventuras y los azares, y por ello seas íntimo amigo de un detective privado como yo, no se le pueden ocurrir ciertas explicaciones lógicas, a pesar de que en cierta casa aparentemente respetable de Whitechapel, residen unas cuantas damitas cuya vida es costeada por hombres ricos y caprichosos. Esa casa está, precisamente, en Leadenhall Street, y uno de los adinerados caballeros que mantienen allí a su joven amante, a escondidas de su mujer pero no de ciertos comadreos ciudadanos, es nada menos que *sir* Gavin Durham.

—¡*Sir* Gavin! ¿Con una amante en Whitechapel? —se asombró Norman.

—¿Quién reconocería en ese distrito a *sir* Gavin? Nadie. Va allí de incógnito, pasa unas horas con su amiguita, y hasta otro día. Naturalmente, esa noche ha dicho a su esposa que va a jugar una partida con los amigos, a una fiesta benéfica o a cualquier otro respetable lugar.

—De modo que el anticuario sabía eso y se dirigía tal vez en busca de *sir* Gavin para ofrecerle su pertenencia…

—Es una posibilidad, no un hecho cierto —se encogió de hombros Ralph Colman con volubilidad—. Pero no exento de responder a la realidad. Si averiguamos que ese anticuario contaba entre sus clientes con *sir* Gavin, la cosa estará clara. ¿Algo más, mi querido amigo?

—Bueno, me pregunto quién mataría a ese hombre y por qué… justo en ese momento. No mucho antes, Doris Fleming había sido atacada también por un hombre armado de un objeto bastante extraño, como habrás comprobado…

—Oh, sí, por supuesto —admitió Colman, dirigiendo una ojeada horrorizada a su mesa, sobre la cual reposaba, envuelto en el gran pañuelo de Norman, el arma curva que él llevara junto con los naipes—. Un arma totalmente antiestética pero terriblemente eficaz… ¿Te has fijado que recuerda la forma de una hoz o una guadaña?

—Sí, pero no es una cosa ni otra.

—Claro que no. Es un cuchillo curvo, seguramente de origen oriental, acaso turco. Fue su semejanza con la guadaña lo que me ha sorprendido…

—¿Por qué motivo? —Enarcó sus cejas Norman.

—¿Nunca viste un «tarot» europeo, con sus medievales figuras? Deberías hacerlo. Verías que un naipe, la Muerte, la carta número trece, representa un esqueleto con la guadaña, a veces representado también en otras versiones por la hoz. Curioso, ¿no crees?

—¿Existe, según tú, alguna relación entre el ataque a esa muchacha y la muerte del anticuario?

—Sólo te expuse una curiosa coincidencia que tal vez sólo exista en mi imaginación —suspiró Colman, sin comprometerse—. Pero los hechos sucedieron no muy lejos uno de otro, en la misma noche, y con idénticos testigos o personajes: tú y ella. Otra casualidad, ¿no es cierto?

—A veces te vuelves endiabladamente misterioso, Ralph —se irritó el joven.

—Lo sé. Eso enfurece a mucha gente, pero es mi modo de ser —rió el detective, con indiferencia, moviendo la cabeza—. En realidad, creo que cuando me tomo tan misterioso, aquí entre nosotros, es porque no estoy seguro de nada.

—¿Ni siquiera de lo relativo a ese «tarot»?

—Mira, el «tarot» me fascina, como me fascina todo lo enigmático. Estoy seguro de que esa baraja de plata de la que te apropiaste tan poco honestamente, en las mismas narices de nuestra inefable policía, significa mucho en este caso, pero no sé qué diablos pueda ser. Llévatela contigo, porque no quiero correr el

riesgo de guardar tan preciado objeto. No la necesitaré para hacer mis averiguaciones… al menos por el momento.

—Como quieras —admitió Norman, recogiendo sus prendas para marcharse—. ¿Te veré esta noche?

—No lo creo —sonrió—. No tengo que ir a Whitechapel de nuevo, si te referías a eso, querido amigo. Tengo otras cosas que hacer. Pero podrías ir tú solo por allí, sin mi compañía.

—No, creo que no iré. No me conviene.

—Ya entiendo —rió suavemente el detective—. No quieres ser otro *sir* Gavin…

—Doris no es una de esas mujerzuelas a quienes mantienen los viejos ricos —se indignó Ward, ya junto a la puerta, mirando con enfado a su amigo.

—Lo sé, lo sé —sonrió éste—. Pero tú sí eres un hombre rico… y casado. ¿Qué diría tu bella esposa Sheila si supiera que te has hecho amigo de una joven y hermosa cantante de teatro en Whitechapel?

Capítulo V

BRIAN SHELDON, inspector de Scotland Yard, se frotó el mentón, pensativo, contemplando las escasas pertenencias que reposaban en su mesa de despacho. Luego cambió una mirada con su ayudante, el sargento
O'Leary.

—De todos modos fue un robo bastante extraño —comentó desabrido.

—¿Extraño? —El rubicundo escocés
O'Leary
enarcó sus hirsutas cejas rojas—. Yo no diría eso, señor. No dejó nada en los bolsillos de su víctima…

—Pero en cambio no le quitó el alfiler de corbata —sentenció el inspector con acento cansado—. ¿Y sabe lo que puede valer ese objeto a precio de mercado?

—No sé, señor. Parece un alfiler vulgar, con una piedra de imitación…

—¿Piedra de imitación? —El inspector soltó una risita hueca—. No tiene por qué ser usted experto en piedras preciosas, sargento, pero ello resulta más inexplicable en un ladrón y asesino. Esa piedra, aunque de fea apariencia, no es una imitación ni un trozo de vidrio. Es un diamante amarillo, bastante poco frecuente, cuyo valor real debe andar entre las tres y cinco mil libras.

—¡Cielos! —boqueó el sargento
O'Leary,
desconcertado, tomando entre sus dedos gordezuelos el alfiler con la fea gema amarillenta y nada reluciente—. ¿Tanto?

—Así es. Está montado en oro viejo poco vistoso, lo que le da ese aspecto de pedrusco sin valor. Pero un experto de Hatton Garden[7] acaba de tasarme la piedra sin una sola vacilación.

—De modo que el ladrón ignoraba el valor del alfiler, y ni

siquiera lo sospechó.

—Ésa es una posibilidad. La otra es que, tal vez, al ladrón le importaba muy poco el robo como móvil de su crimen y sólo le vació los bolsillos y le robó sus pertenencias más ostensibles con el afán de dar a entender que mató por despojar a su víctima. Cosa que dista mucho de estar clara todavía…

—Si usted lo dice, inspector… —dio vueltas a la piedra y torció el gesto, volviendo a dejarla sobre la mesa con las demás pertenencias del difunto Haggerty—. De todos modos, sigue sin gustarme ese diamante, señor.

—A mí también. Veamos, ¿quiénes descubrieron el cadáver, sargento?

—Según mis notas… la señorita Doris Fleming, cantante de un teatro de variedades de Bishopsgate, y un caballero llamado Norman Ward, domiciliado en Mayfair.

—Extraña pareja para encontrarse a esas horas de la madrugada en un barrio así.

—Ella reside en la pensión situada frente al lugar del crimen, inspector. Lo he comprobado ya. Es una joven con buena reputación entre los compañeros de alojamiento y la patrona de la pensión. No suele ir acompañada y va siempre directamente del trabajo a casa.

—Pues anoche no fue ése el caso, evidentemente —reflexionó Sheldon en voz alta—. Norman Ward, ¿eh? Me suena el nombre. Averigüe de quién se trata, exactamente.

—Ya lo he averiguado, señor —declaró con aire de suficiencia el escocés.

—¿De veras? —Su superior le dirigió una mirada de soslayo—. ¿Y…?

O'Leary abrió una agenda de tapas de hule y leyó una serie de datos, tras un carraspeo muy adecuado a la ocasión.

—Verá, señor. Se trata de un joven muy rico, de la mejor clase social. Casado. Con *lady* Sheila Ward, de soltera Sheila Culver, de los Culver de Regent's Park.

—Vaya, vaya… Imagino que la señora Ward nada sabría de las andanzas de su esposo por Whitechapel, a semejantes horas y en

compañía de una bella damita de teatro…

—Me temo que así es, señor. Residen en Berkeley Square y son gente de inmejorable reputación en la alta sociedad londinense. Pero al parecer, el matrimonio no funciona del todo bien.

—¿A qué se refiere? ¿A las andanzas del joven marido con chicas de la noche?

—No, no, señor. Que yo sepa, no hay antecedentes de que el joven Ward frecuente compañías dudosas por las noches. Posee una profunda y larga amistad con Ralph Colman.

—¿El detective privado? —Sheldon arrugó el ceño.

—El mismo, señor. El rey de los detectives de Londres, como afirma él mismo pomposamente. Se les ve juntos con frecuencia, en lugares nada dudosos y de excelente prestigio. No hay aventuras amorosas a la vista por ese lado, que se sepa.

—¿Entonces…?

—La cosa es distinta: me refería *a ella*.

—Entiendo —el inspector Sheldon volvió a frotarse la barbilla—. ¿Es la señora Ward quien tiene algún amante o cosa parecida?

—La cosa no llega a ser tan escandalosa, inspector. Esa gente sabe hacer bien las cosas para no provocar conflictos. Hay un hombre, Bruce Hastings, también de buena posición. Es muy amigo de la señora Ward. La acompaña con frecuencia en bailes, fiestas benéficas, representaciones teatrales y cosas así. Se dice que ella y Norman Ward no se llevan bien. Y que a él no le importa demasiado que ella sea vista con el tal Hastings. Pero a su vez, no mantiene relación amistosa alguna con ese tipo, y ni siquiera se cruzan el saludo en público. Los Culver, el hermano de la señora Ward y su esposa, tampoco mantienen amistad con el tal Hastings, a quien es fácil ver dilapidar dinero en las carreras de caballos y en las mesas de juego. Todo eso hace pensar en un conflicto familiar del que Norman Ward no parece culpable.

—Y de repente, rompe sus normas de rectitud y acompaña a una joven cantante. Justo para encontrar el cadáver de un hombre asesinado…

—Hallazgo que pudieron haber ocultado a la policía, sin mezclarse en el asunto, de haber tenido algo que ocultar, opino yo —apunto el sargento
O’Leary.

—En eso estamos de acuerdo. De todos modos, investigue atentamente la vida y milagros de Norman Ward. Y, por supuesto, averigüe cuanto pueda en torno al anticuario Haggerty, sus negocios y sus clientes.

—Sí, señor. Enseguida pondré manos a la obra. ¿Algo más?

—Pues sí. Ponga discretamente a alguien a vigilar también de modo prudente a la señorita Fleming. No quiero dejar ningún cabo suelto en este asunto.

—A sus órdenes, inspector —asintió O'Leary, haciendo otra anotación y saliendo del despacho de su jefe.

El inspector Sheldon volvió junto a las cosas del difunto Haggerty, y empezó a hojear un pequeño librito de apuntes, hasta detenerse en su página final, donde había algo escrito en letra y cifras muy pequeñas. Lo leyó atentamente, una vez más:

Compra de baraja, 1.850 guineas.

Iba acompañado de una fecha. La misma del día anterior, en que Rufus Haggerty fuera asesinado. Sheldon dejó el librito sobre la mesa y repitió para sí en voz alta:

—Compra de baraja, mil ochocientas cincuenta guineas… Demasiado dinero por una baraja, digo yo… Y justamente ayer. ¿Dónde está esa baraja, por qué pagó tanto dinero por ella… y a quién?

Pero el único que podía dar respuesta a esas preguntas, yacía ahora en la Morgue, con el corazón partido en dos por una feroz cuchillada.

Los cuatro se levantaron de la mesa. Había sido una cena más bien fría y falta de cordialidad. Pese a ellos, los comensales tenían entre sí profundos lazos de parentesco o consanguinidad. Dos eran hermanos. Los demás cónyuges de cada uno de ellos.

Se retiraron al gabinete inmediato, donde Norman Ward sirvió unas copas. Su mujer, Sheila, la rechazó con un gesto.

—No, gracias —dijo—. No deseo beber más, después del vino de la cena.

—Como quieras —se encogió de hombros su esposo, sirviendo a su cuñado Rex Culver y a Eileen, su mujer. Luego añadió como al azar—: Tal vez bebiste alguna copa esta tarde, con tu amigo Hastings, ¿no es cierto?

Una tensión repentina se captó en el ambiente, de por sí gélido con anterioridad. Los Culver se miraron entre sí, algo crispados, pero en silencio.

—¿A qué viene eso? —Se irritó Sheila Ward, clavando sus azules ojos en su marido—. ¿Es un reproche?

—¿Reproche? ¿Por qué? —Norman meneó la cabeza—. Nunca te he hecho ninguno.

—Preferiría que los hicieras. Tu actitud es insostenible.

—Si vais a discutir, será mejor que nos vayamos —terció Rex, cauto.

—No, no —sonrió Norman—. No puede haber discusión. Yo nunca discuto. Sheila hace lo que quiere. Está en su derecho. Como lo estaría yo en el mío.

—Ya lo haces. Los periódicos hablan mucho de tu presencia en Whitechapel anteanoche… La culpa de ello, sin duda, la tuvo ese pobre anticuario, al morir tan inoportunamente, ¿no es cierto?

—Tu ironía sobra, querida —cortó Norman, suave pero tajante —. De haber querido esconder mis pasos, hubiera hecho la vista gorda y otro hubiera hallado el cadáver. No había nada que ocultar, y me limité a llamar a la policía.

—No me dirás que esa chica es de alguna entidad benéfica o del Ejército de Salvación y estabais discutiendo problemas humanitarios… —el sarcasmo rebosaba en labios de la hermosa Sheila.

—Es una cantante de teatro, como bien dicen los diarios. Y muy atractiva. Pero eso no hace al caso. No hay nada entre ella y yo, entre otras razones por una muy sencilla:

Acabábamos de conocemos minutos antes.

—Bueno, esa clase de mujeres necesitan poco tiempo para rendirse a un hombre guapo, joven… y rico.

—Vuelves a equivocarte, querida. Doris Fleming no es de esa «clase de mujeres» que tú citas. Es una artista, y nada más. Goza de excelente reputación en su barrio.

—Oh, su barrio, sí… El aristocrático y selecto barrio de Whitechapel, madriguera de furcias, busconas, ladrones y asesinos —rió Sheila, irónica.

—Eso es todo lo que nuestra amada reina Victoria ha hecho por ese barrio y por otros muchos de Londres —replicó Norman, suave

pero frío.

—¡Norman! ¿Es que por defender a una mujer de dudosa reputación, vas a ofender a Su Majestad? —se escandalizó ella, incorporándose airada.

—Me temo que Doris Fleming no tiene ninguna culpa de lo que sucede en ciertos barrios de esta ciudad y de todo este país. Su Majestad sí la tiene.

—El asunto se vuelve resbaladizo, Norman —jadeó Rex con tono crispado—. No me gusta el rumbo que toma vuestra… conversación. De modo que Eileen y yo nos iremos.

—Sí, nunca resulta grato oír insultos a algo tan intocable como la corona, Norman, deberías entenderlo —expuso con más suavidad Eileen Culver.

—Sólo era una crítica, bastante justa por cierto. Se habla tanto de nuestra grandeza colonial, que olvidamos nuestras miserias metropolitanas. Pero creo que Sheila tuvo la culpa de todo. No se puede ofender a nadie, mientras haya gente como Bruce Hastings dilapidando dinero que no es suyo por casinos e hipódromos.

—¿Qué pretendes decir? —se excitó ahora su mujer, encarándose con él—. ¿De qué acusas a un buen amigo mío?

—Mira, Sheila, dejémonos de rodeos. Bruce Hastings es un hombre educado, encantador y socialmente brillante… pero arruinado al límite. En sus bolsillos, antes de frecuentar tu *amistad*, sólo había telarañas…

—¡Me estás insultando! ¡Me acusas de pagar a un hombre! ¡A mí, a tu propia esposa! —clamó Sheila, palideciendo.

—Deja de actuar, cariño —rió Norman—. Tu hermano Rex y su mujer te conocen ya tan bien como yo. El papel de mujer honesta ofendida, no te sienta bien.

—Norman, estás insultando a mi hermana —se destempló Rex Culver en ese punto, tomándole por un brazo, conciliador—. Casi la acusas ante nosotros de…, de prostituirse, de ser una cualquiera…

—Es Hastings quien se prostituye poniéndose un precio —objetó Norman, risueño—. Suéltame, Rex. No me gusta que me toquen. Tu hermana hace tiempo que ya no es mi esposa, y lo sabe. Y no es por Hastings precisamente. Todos sabemos que hubo otro. Mejor dicho, *otros*. Más discretos que Hastings, pero semejantes a él. Entonces todo se acabó entre nosotros.

—Norman, si eso es cierto pudiste divorciarte, dar la libertad a Sheila… —protestó vivamente Eileen.

—¿Divorcio, libertad? ¿Oyes eso, querida Sheila? Vamos, diles la verdad. Explícales que tu pío espíritu católico no te permite concederme el divorcio, aunque me sobran motivos para solicitarlo. Diles que, pese a tu desvergonzada actitud pública para vengarte de mi desprecio hacia ti y tu persona, te niegas a permitir el divorcio, evitando cuidadosamente ser cogida in fraganti y poner así pruebas en mi mano que me permitieran conseguirlo aun sin tu consentimiento. Pero eso no cambia las cosas. Jamás serás mi esposa más que de nombre. Ni tocaré un solo penique de tu fortuna personal, que dilapidas generosamente con vividores elegantes como Hastings. Junto a todo eso, que yo acompañe a una joven cantante de teatro de variedades que, por añadidura, si llegó a esa amistad conmigo fue por el terrible azar de sufrir el ataque criminal de un sádico, comprenderás que resulta un inocente juego de niños. Pero nunca desespero de que llegue el día en que tenga esas pruebas que espero lograr para acusarte ante los tribunales de adulterio comprobado, y obtener así la separación definitiva.

—¿Y si no consigues nunca esas pruebas? ¿Me matarás acaso? —le desafió ella, insultante, relampagueando de cólera sus ojos claros.

—¿Matarte? —Norman Ward rió—. No sé… Sería una solución. Pero creo que no vale la pena, querida. No, no vales tanto como para llegar a esos extremos, la verdad. Ahora, disculpadme. Soy yo quien se va de aquí, porque el ambiente empieza a oler mal. Mucho peor que las calles neblinosas y sucias de Whitechapel, eso os lo aseguro…

Y tras una cortés inclinación ante sus cuñados, salió de la estancia sin apurar su copa. Le oyeron tomar en el vestíbulo su macferlán y su sombrero, así como su bastón, y salir de la lujosa casa de Mayfair dando un seco portazo.

Doris Fleming sonrió al ver las gardenias en su camerino.

Una vez más el hermoso ramo de flores reposaba allí, entre ella, sobre una butaca, mostrando las gardenias de su admirador secreto. Y una vez más, la segunda ocasión, había un sobre cerrado entre ellas. Lo tomó, indecisa. Tal vez ahora el misterioso «Andrew» se identificara del todo, diciéndole quién era y dándole una cita. Le palpitaba el corazón cuando abrió el sobre color crema.

Otra vez se sobresaltó. El contenido no era una tarjeta de visita, sino un naipe doblado. Otro más…

Lo desdobló. Tenía el mismo dorso amarillo, con dibujo de rombos. Pero esta vez no era una rueda de la fortuna.

Era un comodín. El *Joker* de la baraja.

Pero había algo raro en aquel naipe. Era más alargado que los que ella conocía, como sucediera en el interior. Además, el comodín no tenía más que un espacio en blanco en la parte superior de la carta, y un rótulo en la inferior. Lo leyó:

«EL LOCO».

Recordó algo, borrosamente. Desde luego, el personaje de la carta parecía un loco, pero también un bufón medieval, un individuo de ropajes histriónicos, con un hatillo o vejiga de cerdo colgada de un palo, y atacado por un perro que mordía su pierna.

—El Loco… —susurró ella, pensativa—. ¿Quién me habló de él antes? Parece un comodín, pero… juraría que es distinto[8]… y no me gusta. No me gusta nada…

Entonces vio, en el dorso del naipe, otra vez la letra menuda. La leyó, entre curiosa y alarmada. El texto era muy breve:

«Estoy cerca de ti. Te observo.

»Andrew».

Era inquietante. Pero aún lo era más la letra V trazada en rojo bajo la firma, como una añadidura cabalística. Apartó de sí el naipe. Empezaba a preocuparse. Un admirador así no era normal, por muchas flores que la enviara.

De pronto, recordó algo. Ya sabía dónde oyó hablar del «loco» de la baraja. Fue precisamente dos noches atrás, cuando ella y Norman Ward encontraron el cadáver de un hombre, y una baraja de plata junto a él. Allí había un «loco» como aquél, aunque de dibujo egipcio. Eran cartas de un nombre especial… Sí, el «tarot», ahora lo recordaba.

—¿Qué significa esto, Dios mío? —gimió entre dientes, dirigiéndose a su armario para cambiarse de ropa antes de aparecer de nuevo en escena en su siguiente número del programa, que ahora era algo más tardío, al ir detrás de la actuación del bailarín

Cecil Ross.

Apenas abrió la cortina para coger la prenda, un terrible grito de terror escapó de su garganta, y sintió que un escalofrío congelaba la sangre en sus venas.

De entre las ropas colgadas en el armario, surgió ante ella un *joker* o comodín de la baraja, hecho carne y hueso, que alzó hacia ella un largo y afilado cuchillo.

Era un ser espantoso, de pesadilla.

Apenas en un segundo o quizá menos, Doris pudo ver por completo a aquel personaje delirante que, pareciendo cobrar vida repentina desde una vieja cartulina, surgía ante ella para asesinarla.

Luda unas ropas multicolores con caperuza verde y roja, prendas propias de la Edad Media, incluidas las calzas y mallas, un rostro de gárgola, con barba puntiaguda, risa torcida y grotesca y grandes ojos redondos y saltones en una cara de expresión demencial. Los guantes rojos que cubrían sus manos, recordaban el color de la sangre.

Aquel demoniaco ser que daba la impresión de ser la encarnación misma del «loco» que ella viera poco antes en el naipe enviado por el misterioso «Andrew», lanzó un grito ronco cuando levantó sobre ella su cuchillo, largo y centelleante, de aguda punta. Doris, tambaleante, retrocedió a trompicones, y el arma fue a clavarse, vibrante, en una madera junto a su rostro. Pudo ver temblar la triangular hoja de acero a menos de dos pulgadas de su mejilla, y el horror la sacudió con violencia, provocando otro grito más ronco que el anterior.

El grotesco personaje aulló frente a ella, agitando sus manos rojas, a punto sin duda de agredirla de nuevo, esta vez sin salvación posible. Doris, sin saber casi lo que hada, aferró un jarrón que tenía junto a sí y lo lanzó contra su atacante.

El objeto golpeó en la cabeza al agresor, derribándole hada atrás la caperuza de paño de colores. Se vislumbró entonces que su carátula horrible no era sino una máscara modelada en cartón brillante y policromado, como la efigie de cualquier carnavalesco disfraz. El jarrón, rebotando con fuerza en su cabeza, fue a estrellarse en el espejo del tocador, quebrándolo en mil pedazos, y rompiéndose también el recipiente, con un ruido horrible.

—¡Doris, Doris! —gritó una voz de mujer desde el pasillo—.

¿Qué ocurre ahí? ¡Doris, contesta! ¡Señor Briggs, algo sucede en el camerino de Doris Fleming!

El personaje medieval lanzó un grito ronco, no se sabía si de rabia, dolor o impotencia, y retrocedió, tambaleante, alcanzando la ventana del camerino. La abrió y saltó al oscuro exterior. Doris recordó vagamente que por aquella abertura se salía a las azoteas exteriores del edificio del teatro. Por esa vía de escape se perdió en breves segundos el misterioso intruso.

Cuando golpearon repetidamente la puerta, y varias chicas del conjunto penetraron, alarmadas, en compañía de dos tramoyistas y un par de payasos, sólo Doris permanecía en el camerino, sollozando, presa del lógico histerismo que siguiera a su pánico anterior, con el espejo y el jarrón hechos añicos en el suelo, y la ventana abierta dejando entrar la fría bruma de la calle.

Unas gotas de sangre, formando reguero, iban desde el sitio donde el enmascarado fuese alcanzado por el jarrón, hasta el pie mismo de la ventana. Una de las chicas señaló ese punto:

—Mirad, hay sangre aquí… Doris, querida, ¿qué te ha ocurrido?

—Eh, alguien ha clavado un cuchillo aquí, en la pared —indicó uno de los payasos, asustado.

—Oh, ha sido horrible, horrible —gimió Doris, llevándose las manos al rostro—. Ahí, en ese armario… entre las ropas. Había alguien, un ser repulsivo… Me atacó, quiso matarme… Creo que le herí con el jarrón. Ha escapado… por la ventana.

Entraron en ese momento Ian Briggs, el empresario y director del espectáculo, seguido por Cecil Ross, el bailarín, aún maquillado de su reciente actuación.

—Doris, ¿qué ocurre aquí? —preguntó Briggs, autoritario, abriéndose paso entre los presentes—. Están acabando el número anterior al tuyo, tienes que prepararte ya…

—¿Es que no se da cuenta de que la muchacha no puede actuar así? —protestó una de las chicas—. Han intentado asesinarla ahora mismo…

—¿Qué es lo que dice? —Briggs, sombrío, se volvió a Doris—. ¿Es eso cierto?

La joven asintió, sollozando. El bailarín Ross se limitaba a mirar la escena desde la puerta, con gesto indiferente. Briggs comprobó que había sangre en el suelo y que la ventana estaba abierta.

Desclavó el cuchillo de la pared y lanzó un silbido.

—Cielos, vaya hoja… —jadeó—. Se podría cortar a alguien en pedazos sin el menor esfuerzo. ¿Es suya esa sangre, Doris? ¿La han herido?

—No, no. Es de él… Escapó herido…

—¿Por la ventana?

—Sí… Creo que le alcancé con el jarrón… pero llevaba máscara. No estoy segura.

—¿Qué clase de máscara?

—La de un bufón, señor Briggs… Como el comodín de la baraja… Y sus ropas… sus ropas eran iguales a esas…, esas que luce el señor Ross… —y aterrada, señaló al ropaje multicolor que lucía ahora el bailarín de rostro blanqueado.

—¿Esas ropas? —se sorprendió Briggs—. Son de un bufón medieval, es cierto…

—Eh, a mí no me miren. No he estado por aquí en absoluto —protestó Cecil Ross, airado—. Este teatro está lleno de trajes de época como el mío. Basta con bajar a la sastrería…

—Eso es cierto —admitió Briggs, perplejo, rascándose el cabello. Luego se fijó en algo, mirando a su bailarín con recelo—. Eh, Ross, está sangrando…

—¿Yo? —Se sobresaltó Cecil Ross, mirando al suelo, a sus pies.

Era cierto. Gotas de sangre caían al tablado del corredor. Todos le miraron con sospecha, especialmente Doris, que reflejó terror en su pálido semblante.

—Diablo, ¿de dónde es esa sangre? —Gruñó el bailarín, demudado. Luego, alzó su mano izquierda, con alivio—. Ah, ya veo… Mi dedo… Debí cortarme al correr hacia acá tan apresurado cuando sonaron los gritos. Esas paredes están llenas de clavos que sobresalen, maldita sea…

Y envolvió su dedo en un pañuelo, reteniendo la sangre que brotaba de un corte de su dedo. Eso no bastó para que las miradas de recelo cesaran.

—Esa azotea asoma a todos los camerinos —comentó Briggs, ceñudo—. Puede pasarse fácilmente de uno a otro…

—¡Váyanse todos al diablo! —masculló Ross, airado—. Yo no tengo nada que ver en todo esto, no me vengan con jaleos…

Se alejó furioso, mascullando cosas ininteligibles entre dientes.

Briggs miró a Doris, preocupado.

—Tendremos que avisar a la policía —dijo—. Después de lo que me contó que sucedió la otra noche, Doris, esto ya se está poniendo feo.

—Sí, como quiera, señor Briggs —susurró ella apagadamente—. Estoy…, estoy muy asustada, lo confieso. Mucho…

—¿Asustada? ¿Qué ocurre aquí, Doris? Le traía estas flores hoy…

Se volvieron todos hacia la puerta.

Allí estaba, siempre elegante, con su natural arrogancia, impecablemente vestido de negro, con un ramo de bellas flores en su mano, el joven Norman Ward.

—¡Oh, Norman, Norman! —sollozó espontáneamente Doris, precipitándose hacia él. Se abrazó al joven, y añadió con tono ahogado, estremecido—: Otra vez… Otra vez intentaron matarme… Y en esta ocasión fue el loco del «tarot» quien lo intentó… ¡Creo que «Andrew», mi desconocido admirador de las gardenias es quien intenta asesinarme!

Norman Ward la contempló con asombro. Entregó el ramo de flores a una de las chicas, y rodeó con sus brazos, protectoramente, a la angustiada muchacha.

Capítulo VI

—SIEMPRE le toca a usted servirme de paño de lágrimas y consuelo, Norman. ¿No empieza a aburrirle ese papel?

—No, en absoluto —sonrió suavemente él, negando con la cabeza, la mirada fija en su compañera de mesa en aquel lujoso y recoleto restaurante, propio de las gentes de las altas finanzas y la mejor sociedad londinense, en el corazón de la City—. Lo único que lamento es que sea con motivo de un peligro cierto del que usted es víctima…

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —gimió la muchacha, inquieta—. Aquella noche puso ser un simple merodeador, un sádico como tantos otros… Pero hoy, en mi propio camerino, ataviado con esas ropas absurdas… con aquella horrible máscara de cartón…

—Sé lo que quiere decir —afirmó Norman, enérgico. Enjugó sus labios con la servilleta y esperó a que el camarero retirase sus tazas de consomé y las supliera con la carne asada rodeada de guarnición vegetal. Echó un poco de vino tinto en las dos copas, esperó a que el camarero abandonase el reducido reservado donde ambos cenaban, y habló calmoso—: ¿Es cierto que han comprobado que ese atavío podía proceder del guardarropa del teatro?

—Más que eso. El señor Briggs, nuestro empresario, comprobó que falta un equipo completo de bufón medieval. Pero no hay máscaras así en el guardarropa del Vanity.

—La máscara de un comodín, ¿eh?

—Sí, o del Loco del «tarot», ya se lo dije. Era idéntico casi a ese naipe que le he dado…

—Lo sé —afirmó gravemente Norman, extrayendo la carta doblada de su bolsillo. La estudió, atento—. Pertenece a un viejo modelo de baraja francesa del «tarot», impresa en 1560 en Marsella, y reproducida en unas recientes ediciones en nuestro propio país. Empiezo a ser un experto en «tarots» desde hace poco tiempo… con

la inapreciable ayuda de mi amigo Ralph Colman.

—¿El detective?

—Sí, el mismo… El detective —se pegó un golpe seco en la frente—. Por cierto, iré mañana a verle. ¿Quiere venir conmigo? Podríamos encargarle su caso, para que él investigue lo que sucede en torno suyo, Doris.

—Debe ser un detective muy caro. No podría pagar sus honorarios…

—De eso no se preocupe. No le cobrará nada. Es amigo —sonrió Norman—. Y creo que le encantan los problemas difíciles como éste. Está hecho. Mañana nos veremos a las once e iremos a verle, ¿conforme?

—Sí, Norman, lo que usted diga —asintió ella débilmente—. Pero…, pero quisiera saber lo que está ocurriendo. Cómo entró aquel horrible ser en mi camerino, por qué se vistió de aquella forma, por qué desea asesinarme… y qué pintan en todo esto esos naipes antiguos…

—Ah, los naipes… —murmuró Norman, pensativo, moviendo la cabeza afirmativo, la mirada perdida en las brillantes lámparas de gas del elegante restaurante—. Hemos ido al tema crucial. Parece como si, de repente, todo girase en torno a unas cartas de «tarot» de muchos siglos de antigüedad… Usted es atacada por alguien que trata de matarla. Poco después, hayamos muerto a un anticuario, asesinado, y unas cartas de «tarot» que sin duda le pertenecían, yacen en el suelo. Esas cartas, según mi amigo Colman, pueden tener un valor incalculable y una oscura y remota procedencia. Inmediatamente después, usted recibe una segunda carta de «tarot» como mensaje, con unas flores que la envía un misterioso admirador llamado simplemente Andrew, y que firma con una letra V en rojo bajo su nombre —y puso su dedo encima de ese punto concreto, en el reverso de doblado naipe que Doris le entregara—. Esa misma noche, un *Joker* humano y lleno de vida, que parece escapado de la carta sin número del «tarot», el Loco, aparece en su camerino y de nuevo intenta matarla con un arma blanca, huyendo luego, al parecer herido. ¿Lograron saber adónde fue en su huida?

—No. El señor Briggs, el empresario, recorrió con dos policías las azoteas. Las gotas de sangre dejaban de aparecer, poco después, no lejos de la ventana de mi camerino. Tal vez dejó de sangrar, o tal

vez restañó su herida, no sé.

—Según pude advertir, uno de sus compañeros de trabajo vestía también de bufón, como el comodín de la baraja francesa o el Loco del «tarot»…

—Es cierto. Cecil Ross, el bailarín. Es un mal compañero. Engreído, envidioso, homosexual… Pero no creo que sea el mismo que me atacó. No tendría sentido.

—Nada aquí parece tenerlo, ésa es la verdad —suspiró Norman —. Coma, se lo ruego. La carne es excelente y está muy bien cocinada. Trate de olvidar todo lo ingrato que vivió esta noche. Y hábleme de su empresario, el tal Briggs… ¿Qué tal hombre es?

—Parece amable y cortés. Dicen que es un mujeriego y un poco morboso, pero nunca tuve problemas con él, aunque acostumbra mirar fijamente, de un modo que parece desnudarla a una, eso sí. Él dijo que todas las ventanas de camerinos daban a esa azotea, y el agresor pudo pasar de uno a otro. Supongo que lo dijo por molestar a Ross…

—Sí, es posible. ¿Los dos tardaron en llegar, tras huir el *Joker*?

—Oh, sí, un poco. ¿Qué es lo que sospecha?

—Nada —sonrió Norman, cortando un trozo de carne—. Nada de nada. Ni soy la policía, ni soy Ralph Colman. Le contaremos a él todo esto, será lo mejor. Estoy seguro de que Ralph sabrá encontrar el nexo que dé cierta lógica a este cúmulo de absurdos incoherentes…

—Perdonen. ¿Interrumpo acaso su cena?

Ambos levantaron la cabeza. Doris, con sorpresa. Norman, con disgusto.

—Más bien sí —dijo, algo seco—. Cuando hemos elegido un reservado, señor…

—Gavin —dijo el intruso, cortés, haciendo una leve inclinación ante Doris—. *Sir* Gavin Durham, señor Ward. Ruego disculpen la intrusión inoportuna…

—¡*Sir* Gavin! —repitió Norman, perplejo, poniéndose en pie ante el risueño caballero alto y fornido, de blanquísimo cabello ondulado y pulcra sonrisa, impecablemente vestido de etiqueta, bajo su macferlán negro—. ¿Usted, *precisamente,* aquí? No será una casualidad…

—No. No es una casualidad —negó suavemente el aristócrata,

fijando sus ojos color gris pálido en el joven—. Me dijeron dónde acostumbra cenar, en especial cuando lo hace solo… aunque en esta ocasión creo que he interrumpido una charla muy íntima, y debo excusarme por ello. ¿Podré verle en otra ocasión, lo antes posible?

—Ya me ha visto. No interrumpe nada particularmente íntimo, se lo aseguro. La señorita Fleming es una buena amiga y nada más. Puede sentarse con nosotros, si no le importa.

—En absoluto, señor Ward —sonrió complacido el hombre, apresurándose a despojarse del macferlán y tomando asiento entre ellos, bajo la mirada algo severa del camarero, que trataba de justificarse con gestos ante Norman, desde la entrada al reservado, por la brusca irrupción de *sir* Gavin.

—¿Cenará con nosotros? —ofreció Norman, tras una rápida mirada a Doris.

—No, no, gracias. Ya cené. Me conformo con un oporto, por favor.

El camarero asintió, tras recibir el asentimiento de Norman, y éste se volvió a *sir* Gavin, curioso.

—Usted dirá, entonces, los motivos de su irrupción en nuestra cena, *sir* Gavin —dijo, cortés.

—Creo que lo sospecha de antemano, amigo mío —suspiró el aludido—. El «tarot».

—¿Qué? —Las miradas de él y de Doris se cruzaron con una celeridad un instante—. ¿A qué «tarot» se refiere?

—Vamos, vamos, no se haga el inocente. Sé que está en su poder. El «tarot» que un buen proveedor mío iba a venderme la noche en que le asesinaron…

—Temo no entender una sola palabra, *sir* Gavin. ¿Quién le dijo tal cosa?

—Podría responderle que eso no le incumbe, pero creo que debemos ser sinceros el uno con el otro, si queremos llegar a un acuerdo amistoso. Lea esto y comprenderá.

Rebuscó en su chaleco y tendió un papel doblado a Norman. Éste lo desplegó, ceñudo, encarándose a una breve nota sin firma:

Si desea el «tarot» egipcio que Haggerty iba a venderle, pieza única en el mundo, busque a Norman Ward. Él sabe algo de todo eso.

—No es un informe de fiar, *sir* Gavin —dijo Norman,

devolviéndoselo con un gesto indiferente—. Nunca hice demasiado caso de los anónimos.

—Ni yo —resopló el aristócrata—. Mi mujer, en cambio, les da bastante crédito. Aun así, nunca ha podido sorprenderme en mis aventuras nocturnas, se lo aseguro.

Rió de buen grado guiñando un ojo a ambos. Doris sonrió. Norman no expresó emoción alguna, limitándose a mirar con fijeza a su nuevo interlocutor. Tras dejar el camarero la copa de oporto ante él, aventuró una pregunta:

—¿Ha dado crédito a ese mensaje sin firma? —indagó.

—Francamente, sí.

—¿Por qué?

—Porque, en efecto, Rufus Haggerty, un viejo y honesto anticuario de Chelsea, fue siempre proveedor de piezas raras para mi colección. En segundo lugar, Haggerty fue hallado muerto, víctima de un desconocido asesino. Y en tercer lugar… he leído que fue usted quien halló casualmente ese cadáver.

—Pero no entregué a la policía nada parecido a un «tarot» de plata. Ni creo que ellos encontraran tampoco algo así.

—Ya lo sé —rió *sir* Gavin—. Por eso estoy seguro de que usted posee esos naipes.

—Aunque así fuera, ¿cree que estarían a la venta?

—Depende del precio. Dicen que todo y todos tenemos nuestro precio en la vida. Y quien no lo tiene, es que no vale nada.

—Es una cínica forma de justificar a los que se dejan sobornar o seducir, *sir* Gavin. Y de desprestigiar a quienes no se venden.

—Quizás. Pero estoy dispuesto a ofrecer hasta diez mil guineas por una baraja así.

—Sigo diciéndole lo mismo, si: Gavin. No tengo nada en venta. Ni he admitido que posea esas cartas.

—Quince mil guineas, señor Ward.

—Sospecho que pierde su tiempo, a menos que le guste la charla por sí misma, sin esperar nada a cambio —sonrió Norman, irónico.

—Sé que es un hombre rico, señor Ward. El dinero no le impresiona. A mí tampoco. Si tiene esa baraja, y sé que la tiene, fije usted el precio.

—Eso es muy relativo —rió Norman—. Si la tuviera, podría tener la loca idea de pedirle… cien mil guineas en oro.

—Delo por hecho —fue la tajante réplica—. Cien mil, y no se hable más. ¿Cuándo y dónde efectuamos la transacción?

A Doris se le subían las cifras a la cabeza. Oír hablar de cien mil guineas de oro, como una operación normal, le parecía cosa de locos. Ni en toda una vida de duro y constante trabajo podría ella ganar la décima parte de aquella suma que allí se barajaba como quien habla de unos cuantos chelines. Sin embargo, Norman Ward ni se inmutaba. Se echó a reír de buen humor y bebió un sorbo de vino.

—*Sir* Gavin, su sentido del humor me asombra —confesó.

—Yo nunca bromeo con esas cosas —replicó el noble, conciso—. He aceptado una oferta que espero que sea firme y definitiva, señor Ward.

—Por el amor de Dios, insisto en que no poseo esas cartas. Mencionar cien mil guineas fue sólo una broma que nunca imaginé se tomara en serio. ¿Puede haber algo que valga tanto?

—Sí, señor Ward —bruscamente, serio su semblante y algo enrojecidas sus mejillas, *sir* Gavin se puso en pie sin terminar su oporto—. Una vida humana, por ejemplo.

Doris se estremeció. Norman arrugó el ceño, estudiando cauto a su interlocutor.

—¿La mía, por ejemplo? —sugirió, suave, pero frío.

—Por ejemplo, sí. Cualquier vida humana, diría yo.

—Suena casi a una amenaza, *sir* Gavin —silabeó Norman, glacial su tono.

—¿Amenaza? —El aristócrata soltó una risita suave y seca—. Líbreme Dios de tal cosa. Jamás amenacé a nadie. Me refería… precisamente a esos naipes.

—¿En qué sentido?

—¿Es que no lo sabe? Si usted posee el legítimo «tarot» de plata de los egipcios, el mismo que en 1480 causó el infortunio de los señores de Villiers en Francia, y posteriormente el de Luis XVI y María Antonieta, así como el de otros muchos que fueron sus dueños, debería de saber que esas cartas están malditas, que sus poseedores están marcados por el infortunio, la fatalidad… y la muerte.

—Dios mío… —gimió Doris, roncamente. Y de inmediato, un leve toque del pie de Norman, bajo la mesa, le hizo contenerse,

aunque ya *sir* Gavin se había vuelto hacia ella con rapidez, escudriñándola con expresión cauta.

—Si alguna vez llego a ser el afortunado poseedor de tan valioso juego de naipes, *sir* Gavin, tendré en cuenta esa horrible leyenda —sonrió Norman, apacible.

—Es algo más que una leyenda, señor Ward. Mucho más, diría yo —le tendió su mano, tras besar gentilmente la de Doris—. Lamento que nuestro encuentro no haya sido todo lo productivo que yo quisiera…

—Yo también. Cien mil guineas en oro no es suma que pueda rechazarse todos los días —suspiró Norman, risueño—. ¿De veras no le preocuparía a usted entrar en posesión de tan nefasta propiedad, *sir* Gavin?

—Correría ese riesgo gustosamente por el solo placer de contemplar y acariciar esos naipes únicos en el mundo… —se acercó a la salida, tomó su macferlán y añadió, entre suave e irónico—: Puesto que esta amistad con la señorita Fleming no tiene nada de pecaminosa, creo que no pecaré de imprudente si le doy mis más corteses saludos para su bella y distinguida esposa, *lady* Sheila Ward, amigo mío…

Y se retiró sin añadir palabra. Norman apretó los labios y la mandíbula, encajando el suave pero afilado golpe lo más deportivamente posible. Notó la mirada de Doris fija en él, con cierto reproche.

—De modo que hay una señora Ward… —murmuró.

—Sí —afirmó él—. Creo que debí decírselo.

—¿Por qué motivo? No tiene ninguna obligación conmigo. Al contrario, soy yo quien le debe mucho, Norman.

—De todos modos, debí explicarle eso. *Sir* Gavin está despechado. Sabe que tengo la baraja y quiso vengarse a su modo.

—¿Vengarse? ¿Por qué razón? No tiene que darme explicaciones. No soy su amante.

—Desgraciadamente para mí, no lo es —confesó abiertamente Norman, mirándola—. Si usted fuese menos honesta de lo que es, ya se lo hubiera propuesto.

Doris enrojeció, fingiendo comer con más apetito. Pero finalmente retiró el plato y probó el vino. Estaba muy nerviosa, eso era evidente.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes —dijo—. Ya es muy tarde.

—Sí, supongo que se ha hecho tarde de repente… —musitó Norman, asintiendo—. ¿La veré mañana, para ir a ver a mi amigo el detective?

—No. No creo que sea correcto, Norman. Dejémoslo así. Después de todo, la policía ya se ocupa de mi asunto. Pondrán vigilancia a partir de ahora en el teatro. Creo que será suficiente.

—Si usted lo dice…

—Sí, por favor. Dejémoslo así, ¿quiere, Norman?

—Claro. ¿Podré ir a verla al teatro, cuando menos?

—Todo el mundo puede hacerlo, adquiriendo una entrada —sonrió ella, algo forzada—. Pero déjese de flores y de invitaciones a cenar. No las aceptaría.

—Entiendo. Bien, tomemos los postres rápidamente. La acompañaré a su casa… y gracias por todo.

—No diga eso. Yo soy quien debe estarle agradecida.

—Doris, debería contarle que entre mi esposa y yo…

—No, por favor —alzó ella su mano—. No me diga nada. Será mejor así.

—Como quiera —aceptó él de mala gana.

Ya cruzaron escasas palabras, hasta salir del restaurante, volver a Whitechapel y dejar Norman a la joven en la puerta de su pensión. Al despedirse, dio la impresión de que la muchacha lo hacía de un modo definitivo.

Norman se alejó en el carruaje. No podía imaginar que Doris subía la escalera de la casa llorando amargamente… Para ella, un bello e imposible sueño se acababa de hacer añicos súbitamente.

Tampoco pudo imaginar Norman que aquella noche, a la salida del restaurante, y camino de la pensión humilde de Whitechapel, unos ojos agudos y fríos habían seguido todos sus movimientos desde la oscuridad, cautelosa y sutilmente.

Llegó a casa muy avanzada la madrugada. La quietud apacible y elegante de Mayfair contrastaba con el silencio ominoso, la sucia niebla y los noctámbulos poco recomendables del East End londinense. Pero el silencio nocturno era el mismo en los lujosos ambientes del West End que en los suburbios miserables de la gran ciudad. Dejó el carruaje ante su casa y abrió la puerta, penetrando

en la amplia, suntuosa y confortable mansión de los Ward. Pese a todo ello, cada día se le antojaba más fría e inhóspita su propia casa.

Subió la amplia escalera, tras dejar su macferlán, su bastón y su sombrero de copa alta en el perchero. Se dirigió mecánicamente hacia su habitación, ya que desde hacía tiempo dormían separados Sheila y él. Se sorprendió al ver encendida la luz del dormitorio de su mujer, al otro extremo del corredor, y con la puerta abierta casi por completo.

—¡Sheila! —llamó—. ¿Te encuentras bien?

Nadie respondió a su pregunta. Frunció el entrecejo. Cierto que nada le sujetaba ya a ella, pero seguían siendo, al menos legalmente, marido y mujer. Si de repente se había sentido indispuesta, no era cosa de dejarla allí sin ayuda.

—Sheila, ¿qué te ocurre ahora? —preguntó, moviéndose hacia la puerta iluminada, sabedor de que el estado de salud de su esposa era excelente—. Si lo que pretendes es hacer otra escena, perderás el tiempo. No pienso discutir contigo de nuevo.

Llegó ante la puerta de la habitación. Asomó, tras golpear con los nudillos en la hija de madera.

Un grito de horror escapó de sus labios.

Sheila yacía sobre su lecho, cubierta solamente con su ropa interior, el cabello desparramado encima de las sábanas. Estaba boca arriba, con los ojos dilatados y vidriosos y una expresión de supremo horror en su rostro crispado.

Le habían cortado el cuello de oreja a oreja con una navaja de afeitar, que yacía a pies de la cama, sobre un charco de sangre. Norman reconoció su propia navaja, de mango de nácar con sus iniciales, regalo precisamente de Sheila cuando sus relaciones eran normales.

Lo más escalofriante de aquella sangrienta escena, sin embargo, pese al hecho mismo de la muerte violenta y trágica, era la presencia de un objeto rectangular, brillando sobre el cuerpo de Sheila Ward.

Era un naipe.

La carta número trece del «tarot».

La Muerte.

SEGUNDA PARTE

La muerte y el ahorcado

(Naipes números XIII y XII)

Capítulo primero

EL inspector Brian Sheldon cerró su librito de apuntes. Miró fijamente a Norman Ward.

—Usted, señor Ward, tiene una especial predisposición, a lo que veo, para encontrarse cadáveres por todas partes. Y siempre de personas asesinadas.

Norman se irguió, rígido. Su réplica fue algo áspera:

—¿Cree que eso es culpa mía, inspector?

—No, no, no dije eso —le apaciguó el policía cachazudamente, paseando por la estancia—. Imagino que en este caso, lo desagradable del asunto es mucho más. Se trata de su propia esposa…

—Así es. Era mi esposa. Pero si averigua un poco en nuestros círculos sociales, pronto descubrirá que nuestras relaciones eran tan distantes como frías y que ni siquiera éramos un matrimonio feliz.

—No se anda usted por las ramas, señor Ward.

—No hay por qué. Es algo que sabrá enseguida. Lo sabe todo Londres.

—Ya. ¿Pensaban divorciarse acaso?

—No. Yo lo deseaba. Sheila, no. Ella era católica. Pero ése no era su verdadero motivo para negarse al divorcio.

—Ahora, ese problema está resuelto. Es usted viudo.

—Lo sé. No es la forma en que me hubiera gustado resolverlo.

—Ella no le dejaba otra opción, ¿verdad? —sonrió Sheldon.

—Habla usted como si me estuviera acusando de la muerte de mi esposa.

—Dios mío, ¿eso piensa? —Pareció escandalizarse el hombre de Scotland Yard—. No, no, nada de eso. Simplemente, hablaba de su situación matrimonial… Una esposa que se niega a conceder el divorcio cuando uno está harto de ella, es siempre un problema.

—Yo no estaba harto de ella. Ambos lo estábamos. Pero sostener

esta forma de vida era una venganza personal para ella.

—Y le salió mal —suspiró Sheldon, apacible—. ¿Tiene usted alguna amante, señor Ward?

—No, claro que no —negó él, firme—. ¿Por qué habría de tenerla?

—En estos casos… —el policía se encogió de hombros—. ¿Lo tenía ella?

—Me temo que sí —Norman se mordió el labio inferior—. Bruce Hastings.

—Ya —anotó con rapidez—. Sabiéndolo, ¿no pudo usar esa arma para el divorcio, pese a lo que ella dijera?

—Lo sabía, como lo sabe todo el mundo. Pero nadie probó nunca nada.

—¿No contrató a ningún detective privado? Creo que el mejor de Londres es amigo íntimo suyo…

—Ralph Colman es un detective criminalista, no se ocupa de algo tan sucio y rastrero como reunir pruebas contra un cónyuge adúltero, inspector.

—Oh, comprendo, lo siento. ¿Ese Hastings es hombre rico, como usted?

—En absoluto. Es elegante y mundano. No tiene un penique, salvo lo que saca de las mujeres.

—¿La señora Ward… le pagaba? Perdone la pregunta…

—No hay nada que perdonar. Sí, le pagaba. De su dinero. Nunca toqué su fortuna personal.

—Ahora, todo es suyo —insinuó sutilmente Sheldon—. A ese señor Hastings se le murió la gallina de los huevos de oro.

—No es un modo piadoso de hablar de mi mujer, inspector.

—Disculpe. Soy algo rudo en mis expresiones —paseó de nuevo por la estancia—. ¿Su navaja de afeitar, señor Ward, estaba en el aseo de su esposa?

—No. No tenía por qué estar allí. Siempre está en el mío.

—De modo que el asesino entró en la casa, fue a su alcoba y luego a la de ella, para matarla con su navaja de afeitar…

—Eso parece que ocurrió, sí. Imagino que es otro elemento sospechoso contra mí.

—Oh, no, ¿por qué? Era sólo una simple observación obvia. En cuanto al naipe… —observó de soslayo la expresión cautelosa de

Norman en ese momento—. ¿Qué cree que significa ese naipe encima del cadáver de su esposa? Tengo entendido que es una carta muy significativa, de un cierto juego llamado «tarot»…

—Sí, así es. La Muerte. No sé lo que el asesino querría dar a entender con ello, a menos que quisiera dejar una especie de firma sobre su víctima…

—Sí, es posible —Sheldon meneó la cabeza—. Hemos comprobado que nadie forzó la puerta de la casa, ni se oyeron gritos o discusión en ningún momento. El servicio no oyó nada, pero sin duda, alguien entró aquí, entre diez y una de la noche, para asesinar a la señora Ward con su navaja de afeitar, señor Ward, y para ello o bien le abrió ella misma, o él tenía llave para franquearse la entrada sin problemas. Sin ruidos ni voces, se entrevistaron víctima y asesino y él le dio el tajo mortífero. Es muy singular. Juraría que ella conocía bien a su asesino.

—Sí, yo también he pensado en eso.

—¿Cree que el señor Hastings vino a reunirse con su amante, ella le comunicó que sus relaciones habían terminado y él, enfurecido, la mató?

—Es una posibilidad. Pero dudo que ese joven viniera a esta casa para correr el riesgo de verse sorprendido con ella. Sheila nunca permitiría eso, para impedir mi demanda legal de separación con pruebas tan contundentes.

—Entonces, ¿quién más nos queda?

—No lo sé. Aquí sólo entrábamos las personas de la casa, la familia. Yo, mi cuñado Rex, mi cuñada Eileen… No sé, nada de esto tiene sentido, inspector.

—¿Dónde estuvo usted anoche, cuando su esposa era asesinada?

Norman vaciló. Pero ya se había hecho a la idea de esa pregunta, y optó por decir la pura verdad:

—Fui al teatro, en Whitechapel, a un espectáculo de variedades.

—Oh, sí, Whitechapel. Ya recuerdo. Fue donde halló el cuerpo del anticuario Haggerty… Entonces iba con una joven actriz, si no me equivoco. ¿Anoche iba solo?

—No —negó Norman—. Iba con esa misma joven. Pero no piense mal. Es sólo una buena amistad. La llevé a cenar a la City, a mi restaurante preferido.

—Oh, claro, claro. No pretendía insinuar nada, señor Ward —los

ojos del policía la miraron con fijeza—. ¿Podrá ella confirmar su coartada?

—Supongo que sí. Ya debe conocer su dirección…

—La conozco, en efecto. Nos ocuparemos de eso, señor Ward —suspiró, hundiendo las manos en los bolsillos de su gabán—. Bien, no le molesto más. Es todo, por ahora. Mi más sentida condolencia, señor Ward…

Y abandonó la estancia, bajando las escaleras. Pasó junto a los dos policías de guardia en la puerta de la casa, pisó la acera, y llamó con un gesto al sargento
O'Leary,
que permanecía en pie junto al carruaje oficial.

—Compruebe una serie de datos, sargento —pidió—. Y vigíleme estrechamente, a partir de ahora, a Norman Ward, el viudo. O mucho me equivoco… o fue él quien asesinó a su esposa, por el amor de una joven actriz de Whitechapel…

Y subió al carruaje con su subordinado, sombrío el gesto.

Ralph Colman estudió atentamente todos los datos que había pergeñado, con cuidadoso método, en una serie de hojas de papel dispersas sobre su escritorio. Luego, alzó la cabeza y estudió a sus visitantes.

—Me temo, Norman, que las cosas no pintan demasiado bien para ti, o yo no sé nada de nada sobre la mentalidad de nuestros policías —hizo notar con gravedad.

Norman y Doris se miraron en silencio. Luego, el joven asintió con firmeza.

—Lo sé. El inspector Shaldon sospecha de mí, y creo que hace poco por ocultarlo —dijo con serenidad.

—Resulta lógico que sospeche. Su imaginación no da para más —comentó Colman, con su educado sarcasmo habitual en él—. Después de todo, es un simple funcionario de un cuerpo oficial. No se le puede pedir más. Pero aun descontando eso, es preciso admitir que las circunstancias te van acusando de un modo gradual y sorprendente. Primero hallas un cuerpo en plena calle, el de un hombre asesinado, y trabas relación con esta bella joven que te acompaña, tras verla trabajar en el teatro. Posteriormente, vas a cenar con ella, la misma noche en que tu mujer es asesinada en su propia alcoba, tras una seria disputa bastante agria entre ella y tú,

entablada delante de tus cuñados. ¿Qué esperas que crea un simple policía de todo ese cúmulo de hechos?

—Y eso que no sabe lo del «tarot» —añadió Norman, pensativo.

—Exacto. Imagina que él supiera que te has quedado con una posible evidencia en un caso de asesinato, evidencia bastante valiosa por otro lado, hasta el punto de que un experto en antigüedades y obras de arte como *sir* Gavin Durham te ofrezca por ella sin pestañear la fabulosa suma de cien mil guineas de oro. Eso sería como ponerte tú mismo la soga alrededor de tu cuello, mi querido amigo.

—Lo sé —Norman miró pensativo al detective, que paseaba, meditativo, por su elegante y confortable despacho de Totenham Court Road—. Por cierto, ¿has averiguado algo respecto a esa baraja?

—No demasiado aún, por desgracia —suspiró Ralph Colman frotándose el afilado mentón, con un destello astuto en sus ojos sagaces, de un azul pálido y acerado—. Debo preguntar a mis amigos expertos en esas cosas con cierto tacto. Sin embargo, algo he sacado en claro. En los anales de la cartomancia, a través de los tiempos, sólo se menciona en muy contadas ocasiones una baraja de «tarot» labrada en plata pura y que haya sido vista por alguien desde la Edad Media hasta aquí. Y, por cierto, la tal baraja no tiene demasiada buena fama Dicen que da… mala suerte.

—Lo sé —suspiró Norman—. *Sir* Gavin ya nos contó algo de eso.

—Sé que existieron también en la antigüedad naipes del «tarot», labrados en oro puro por los egipcios, pero de ésos no se conserva ninguno. Sólo un arqueólogo parece ser que encontró una única pieza, es decir, un solo naipe de oro, irregular, mal tallado pero bellísimo, y lo conservó hasta morir, sin que se sepa su actual paradero.

—¿Crees esa leyenda de la mala suerte, Colman?

—Mi querido Norman, no soy nada crédulo ni supersticioso —sonrió vagamente Colman—. Pero nunca niego nada, por extraño que sea, y le concedo el beneficio de la duda.

También hay quien asegura que no existen los brujos, y yo conozco, al menos, a media docena de ellos. De momento, a lo que veo, ese «tarot» no te ha traído la menor fortuna, amigo mío.

—Eso es bien cierto, pero no acepto que las cartas tengan la

culpa —rechazó con énfasis Norman—. Hablemos de la muerte de Sheila. ¿Quién pudo matarla, Ralph?

—En buena lógica, tú —rió al ver el gesto de su amigo—. No, no te ofendas. Piensa un poco: te libras de una esposa molesta, y entras en posesión de toda su fortuna personal, puesto que eres viudo. ¿Quién podría encontrar mejores motivos para un crimen? Además, la sorprenden en su alcoba, en plena noche, y la degüellan con tu propia navaja de afeitar. Mayores evidencias, imposible.

—Pero sabes que yo no la maté.

—Claro que lo sé —agitó volublemente una mano larga y delgada—. Lo malo es que la policía no lo sabe. Esta encantadora joven que te acompaña hoy, podría ser el motivo que le faltaba a ese sabueso de Scotland Yard para estar seguro de tu culpabilidad.

—Ella no es nada mío. No somos amantes, ni tan siquiera enamorados, Ralph —replicó el joven vivamente—. Si no, no estaríamos ahora aquí, dando evidencias a la gente para sus sospechas.

—Lo malo de la gente es que prefiere siempre pensar lo peor. Tal vez por eso la mujer del César, además de ser honrada, tenía que parecerlo —Ralph se sentó frente a ellos, entrelazó sus largos dedos y puso el mentón sobre ambas manos, mirándoles fijamente —. ¿Por qué has venido a verme con la señorita Fleming?

—Porque ella es también parte interesada en el caso. También se siente acosada por el «tarot»… aunque de otro modo.

—¿De veras? —Ralph enarcó las cejas—. Explíqueme eso, señorita Fleming. Usted misma, por favor.

La joven respiró hondo y se inclinó hacia el detective, hablando con tono sereno:

—Verá, señor Colman. No quise venir el otro día a verle, al día siguiente de la muerte de la señora Ward, ni siquiera antes de saber lo de su asesinato, porque al enterarse de que Norman era casado, opté por detener nuestra amistad a tiempo, y no complicar más las cosas. Ahora, él me ha convencido con su insistencia para que le acompañara y usted conociese también mi propio caso que, en cierto modo, parece extrañamente ligado al del propio Norman, al menos en lo relativo a esos horribles naipes.

Seguidamente, le relató de todo lo acontecido desde la noche misma en que ellos asistieron a la representación del Vanity en el

palco proscenio. Ralph Colman escuchó muy atento, asintiendo de vez en cuando.

Acabado el relato, permaneció pensativo, inclinó la cabeza y murmuró:

—¿Ese caballero desconocido, el tal Andrew… le ha vuelto a enviar flores?

—Todas las noches —asintió ella—. Y siempre gardenias. Pero ya no las acepto. Las hago devolver con el empleado que las trae al teatro.

—¿No ha podido informarle ese empleado del origen de tales flores o del caballero que las encarga?

—No. Reciben el dinero y la dirección en un papel, sin más. Cuando quiere enviar alguno de sus horribles mensajes, lo entrega junto con todo ello, sin aparecer jamás por la tienda.

—Comprendo. Dice usted que su empresario puso el caso en manos de la policía…

—Exacto.

—¿Qué ha descubierto acerca de lo ocurrido, que usted sepa?

—Nada, a lo que veo. Pero me siguen día y noche y vigilan mi pensión. Esos policías son muy poco disimulados…

—Eso, desde luego —rió suavemente el detective privado—. ¿No ha referido a nadie lo que encontraron usted y el señor Ward en poder del anticuario Haggerty?

—¿La baraja de plata? —Ella se estremeció, negando rápida con la cabeza—. Cielos, no. En absoluto. Además, antes de ese tropiezo con el cadáver del anticuario, ya había recibido yo una carta, la Rueda de la Fortuna, escrita por ese tal Andrew.

—Sí, cierto, cierto —Colman arrugó el ceño, profundamente reflexivo—. Es un caso muy raro, la verdad. Sin aparente conexión entre ustedes, ya había antes de conocerse ambos un eslabón en común que iba a unirles: el «tarot». Cualquiera diría que eso es la fatalidad, el destino o como se quiera llamar.

—La fatalidad o el destino no matan a un anticuario o a una mujer en su propia casa en plena noche, ni tampoco salen de un armario de teatro, vestidos de *Joker* y con un cuchillo en la mano, Ralph —se irritó Norman.

—Sólo estaba divagando, amigo mío —sonrió el detective, indulgente—. Sé que hay algo más que coincidencia, fatalidad o

azar en estos sucesos. El vuestro es un caso duplicado, bastante parecido el uno al otro, con la diferencia de que la muerte acecha a la gente que se cruza en tu camino, Norman, y en el caso de la señorita Fleming es ella misma la amenazada. Acepto ambos casos, y os prometo resolverlos tarde o temprano. ¿Satisfecho, Norman?

—Sí, Ralph, gracias. Confío mucho en ti.

—Y yo en mi inteligencia —declaró Colman, sin ninguna modestia—. Por cierto, ¿tienes bien guardada esa famosa baraja?

—Sí —afirmó gravemente Norman—. Ahora, mejor que nunca. No me fío de nada.

—Bien hecho. Sigue guardándola a buen recaudo y no digas aún nada a la policía. Esperemos que *sir* Gavin, despechado por tu negativa a vender, no vaya con el cuento a la policía. Eso te pondría en graves dificultades.

—Lo sé. De todos modos, él no puede probar nada.

—Lo imagino, pero sólo falta que el inspector Sheldon sepa que el anticuario Haggerty llevaba consigo una baraja de tal valor cuando encontrasteis su cadáver, para que se lanzara sobre ti como un perro de presa. Dale largas a *sir* Gavin, dile que estás pensándolo y quizás te decidas a vender pronto. Eso nos dará a todos un poco de tiempo.

—Lo haré —Norman se puso en pie, y también Doris. Se despidieron de Ralph, y salieron de su despacho, dejando al detective sentado en su escritorio, con expresión de profundo ensimismamiento.

Una vez en la calle, Doris miró a ambos lados. Habló a su acompañante en voz baja:

—Ahí están esos policías. Nos siguen a los dos y les estamos facilitando la tarea.

Norman afirmó con la cabeza, al descubrir dos sospechosos carruajes, cada uno en una esquina diferente de Tottenham Court Road, y tomó a Doris del brazo.

—Es inevitable que ello ocurra —murmuró—. Cuando menos, me da cierta tranquilidad sobre su seguridad personal, Doris. Estando vigilada por Scotland Yard, resultará difícil que ese sádico la ataque de nuevo…

Doris le miró con el rostro nublado. Sus ojos parecían cargado de congoja.

—Norman, yo me preocupo por usted —murmuró—. ¿Cree que pueden arrestarle bajo sospecha de asesinato?

—Eso puede suceder en cualquier momento —afirmó gravemente él—. Ralph Colman tuvo mucha razón al decir que la muerte de Sheila sólo me beneficia a mí. En todos los terrenos. Pero usted no pensará ni por un momento que yo…

—No, Norman, eso no, nunca —rechazó ella, poniendo una mano en su brazo y mirándole a los ojos—. Nunca creería que fuese usted culpable, lo diga quien lo diga.

—Gracias, Doris. Su fe en mí me conmueve. Ojalá todos pensaran igual. Creo que mi cuñado Rex, el hermano de Sheila, comparte las sospechas del inspector Sheldon. Y si cree que yo maté a su hermana, hará cuanto esté en su mano por hundirme.

—¿A quién más pudo abrirle la puerta su esposa esa noche, Norman? Tenía que ser alguien de mucha confianza…

—Sí, es lo mismo que pienso yo. ¿Hastings, su amante? Resulta dudoso, porque no se hubiera arriesgado a recibirle en casa a tales horas. Y él tampoco hubiera matado a la mujer que le pagaba los caprichos…

—¿Y ese hermano, Rex? ¿Se beneficia en algo?

—No creo. Tal vez en algunos bienes paternos que pueden revertir en él al morir su hermana, pero es hombre rico y de la misma sangre. No resulta fácil imaginarle matando a su propia hermana…

—Caín mató a Abel por mucho menos. ¿Y la esposa de él?

—Eileen es una mujer aparentemente honesta y poco ambiciosa. No se mezclaba nunca en nuestras discusiones, al contrario que Rex. A veces pienso que está un poco cansada de su matrimonio. Pero tampoco la imagino matando a nadie, y menos para proporcionarle a Rex algunas propiedades más…

—¿Y si ella se disputase a ese vividor, el tal Hastings, con su esposa, Norman?

—¡Cielos, qué imaginación! —se asombró él, mirándola con incredulidad—. ¿Cómo se le ha ocurrido tal cosa?

—Porque soy mujer, Norman. Y sé que una esposa cansada de su matrimonio, bien podría buscar la misma aventura que su cuñada protagoniza, sobre todo si el tal Hastings es joven y atractivo.

—Sí, es de esa clase de tipos que gustan a ciertas mujeres ricas

—convino Norman, ceñudo—. Pero Eileen… No, no. Es demasiado honesta para eso. Olvídelo, Doris.

—Como quiera. Sólo pretendía ayudarle.

—Lo sé. De todos modos, no es cosa fácil. Recuerde que también esos naipes de «tarot», como el que Sheila tenía sobre su cuerpo anteanoche, han intervenido dramáticamente en su propia vida, Doris.

—Es cierto —suspiró la joven—. Y eso no puede ser cosa de su familia, sino de ese misterioso «Andrew»… Creo que hasta su amigo Colman está desconcertado…

—Es posible. Pero nos ayudará a encontrar una solución, estoy seguro. Por algo es el mejor detective de Londres… —se detuvieron ante un coche de punto. Los carruajes ocupados por los policías, rodaban a cierta distancia, no demasiado discretamente, sin perderles de vista. Norman abrió la portezuela—. ¿La acompaño, Doris?

—No, gracias —rechazó ella suavemente, subiendo el peldaño de la portezuela. Se volvió a él con dulce sonrisa—. Gracias por todo, Norman.

—Gracias a usted por su compañía. Me hace mucho bien en estos momentos. Iré a verla al teatro cualquiera de estos días… si sigo en libertad, claro.

El carruaje se alejó. La siguió uno de los dos que iban tras ellos. Norman, a su vez, continuó siendo escoltado por el que se ocupaba de su vigilancia.

Al llegar a casa, le esperaba una sorpresa. El mayordomo le entregó un sobre cerrado, que el joven abrió, encontrándose con una misiva de una persona que le era perfectamente desconocida.

Señor Ward:

Me gustaría verle personalmente lo antes posible. Es un asunto urgente y confidencial, relacionado conciertos naipes. Espero le interese. Estaré todo el día en mi tienda de la City, cuyas señas le detallo abajo. No falte, por favor. Es cosa de vida o muerte.

Suyo atentamente:

George Stride.

Abajo, había unas señas de la City, relativas a una llamada librería esotérica. Intrigado y también algo inquieto, volvió a salir

de casa, tomando un carruaje y regresando de inmediato a Tottenham Court Road.

Ralph Colman se quedó sorprendido al verle entrar. Alzándose de su asiento, arqueó las cejas y preguntó:

—¿Otra vez aquí, Norman? ¿Se te olvidó algo o hay novedades?

Sin responder directamente, Norman puso la misiva en manos de su amigo. El detective la leyó con rapidez y alzó los ojos.

—¿Piensas ir? —indagó.

—Por supuesto.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, pero no quisiera ir solo. ¿Puedes acompañarme?

Colman frunció el ceño y consultó su reloj.

—Tengo un cliente importante dentro de diez minutos. Pero no tardaré mucho en despacharle. Me llevará cosa de una hora máximo. ¿Por qué no vas solo o me esperas en alguna parte?

—Está bien. Iré hacia la City. Prefiero que vayamos juntos los dos. Tú puedes manejar mejor el asunto, si se trata de un chantaje o algo parecido. Dentro de hora y cuarto, te espero en un *pub* de Aldersgate Street, El León y la Espada, a la altura de Long Lane, no lejos del Mercado Central.

—Sé dónde es. Allí estaré dentro de setenta minutos aproximadamente.

Norman salió rápidamente de la casa de su amigo, encaminándose a la City en un carruaje. Antes, hizo dar varios rodeos al mismo, hasta lograr burlar sin demasiadas dificultades a su seguidor de Scotland Yard. Por fortuna, su cochero era un experto en tales lides, y por una buena propina aseguró que era capaz de burlar a una legión de perseguidores. Aliviado, Norman se retrepó en el asiento, mientras rodaban por las empedradas calles de Londres hacia la City.

Capítulo II

RALPH COLMAN fue muy puntual. Sólo treinta minutos después de estar Norman Ward degustando una jarra de cerveza en El León y la Espada, apareció el detective, con su gabán de mezclilla y su gorra de igual tejido, apoyado en un bastón. Sin pararse a tomar nada, apremió a Norman:

—Vamos, luego tomaremos algo. Antes, veamos a ese caballero de la librería esotérica. Las señas que indica en su carta no están lejos de por aquí…

Recorrieron varias calles del centro de la City, hasta dar con un callejón sin salida, en cuya acera derecha, en el centro del mismo, se alzaba una vieja librería de polvorientos escaparates, a cuya puerta colgaba un antiguo anuncio en hierro, donde se leía: *Stride. Librero. Compra-venta. Librería esotérica. Incunables, rarezas*.

—Ahí es —confirmó Colman, satisfecho, señalando con su bastón.

Norman asintió. Los dos amigos llegaron ante la puerta y trataron de escudriñar en su interior, pero el reflejo del sol en los vidrios sucios y la profunda oscuridad del establecimiento, les impidieron ver nada en absoluto.

Norman empujó la puerta. El campanilleo retumbó en toda la tienda. Un gato negro, grande y gordo, saltó de una estantería, con un largo bufido perdiéndose en las tinieblas del fondo. Los dos hombres se miraron, recelosos.

—El lugar no es demasiado acogedor —fue el comentario de Ralph Colman.

—¡Eh! —llamó Norman—. ¡Señor Stride! ¿Dónde anda usted metido?

Nadie les respondió, salvo el maullido del gato, muy lejano ahora. Echaron a andar en las penumbras, entre muros repletos de volúmenes y un olor mezcla de suciedad, excrementos de gato y

papel viejo. Aquellas enormes estanterías hasta el techo, parecían monstruosas formas agazapadas, a punto de desplomarse sobre ellos.

—Hay libros muy curiosos aquí —señaló Colman con el bastón a los anaqueles—. La mayoría son de brujería, cartomancia, nigromancia y cosas por el estilo. También veo religiones, leyendas, mitología, supersticiones, satanismo… Un sitio encantador, la verdad. Me pregunto cómo será el tal señor Stride… y por qué quiere verte.

—Parece obvio, ¿no? —murmuró Norman—. El «tarot», imagino…

—Sí, sí, claro… El «tarot»… —convino Ralph—. Ahí hay una serie de naipes de esa clase, ¿los ves?

Norman miró a una estantería pequeña, donde se apilaban mazos de cartas, unos sin estrenar, y otros viejos y pintorescos, tal vez ejemplares para coleccionistas. La mayoría eran de «tarot», aunque había también barajas francesas y españolas de antiquísimo grabado.

—El señor Stride no aparece por parte alguna —gruñó Norman. Y volvió a repetir su nombre en voz alta, varias veces, cuando llegaron al fondo de la librería, ante un mostrador y una pequeña puerta con cortina oscura tras él.

El resultado fue el mismo. George Stride no daba señales de vida. Ya ni siquiera se da al gato. Tras una nueva y mutua mirada, los dos amigos rodearon el mostrador. Ralph alzó la cortina con su bastón, empuñado en la mano zurda, mientras su derecha extraía un revólver de su gabán.

—No me fío de este silencio —dijo—. Es mejor ir preparados si vamos a registrar la trastienda. Nadie se marcha de su establecimiento dejando la puerta abierta.

Afirmó Norman, que lamentó no llevar ahora su bastón-estoque, pero buscó asimismo su pequeño Derringer, que amartilló sin vacilaciones, antes de asomar a la trastienda.

Había menos luz aún que allá fuera. Pero un reflejo del exterior les mostró un mechero de gas en el muro, junto a la entrada. Norman prendió un fósforo y encendió la lámpara. La llama creció.

En ese momento, un bulto oscuro, erizado, saltó desde las tinieblas repentinamente rasgadas, cayendo sobre ellos con una

violencia extrema Un bufido siniestro escapó del animal agresor.

Era el gato de la tienda, que parecía defender el negocio de su amo como un verdadero tigre. El bastón de Ralph logró apartarlo a tiempo con un seco golpe, y el animal emitió un sordo maullido de dolor, perdiéndose entre los libros y muebles como un rayo. Norman respiró hondo, y Ralph se contempló la muñeca arañada.

—Maldito animal… —jadeó el detective—. Casi nos saca los ojos. ¿Por qué estará tan furioso?

La luz del quinqué revelaba ahora la trastienda, sombrío y lóbrega, con montones de libros apilados en los suelos, sin ordenar ni clasificar. Pero ahora, ni Norman Ward ni Ralph Colman miraban a esos libros, sino al cuerpo que aparecía colgando de una alta viga, con una soga enroscada en torno a su cuello. Al mecerse lentamente, el cuerpo del ahorcado se reflejaba siniestramente en el muro, como una sombra tétrica.

—Dios mío… —jadeó Norman—. Debe ser Stride…

—Pues si es él, está muerto y bien muerto —susurró Colman—. Mira su cuello roto. Y el color de su piel…

Así era. La cabeza cedía de lado, al haberse quebrado su nuca. La lengua asomaba, hinchada, entre los labios, y la piel tenía una coloración cenicienta, que daba al crispado rostro del infeliz un aspecto horripilante. La luz del quinqué, reflejándose en sus ojos vidriosos, les hacía parecer como los de un cuerpo embalsamado.

Norman se apoyó en la pared, mareado. Era la tercera vez en pocos días que se hallaba ante un cadáver. Y no sólo no se habituaba a tan macabra costumbre, sino que ahora se sentía peor que nunca.

—Cielos, me pregunto por qué se mataría ese infeliz… —acertó a musitar.

—¿Ahorcarse él? Lo dudo, Norman —respondió su amigo—. Mira lo que tiene en sus ropas prendido…

Ward dejó de lamentarse y acudió al pie del cuerpo oscilante. Alzó los ojos, y se estremeció.

—Es…, es un naipe…, un naipe de «tarot»… —dijo roncamente.

—Eso es. La carta número doce —afirmó Ralph—. El ahorcado… Curioso, ¿no?

El Ahorcado. Un naipe extraño y oscuro, acaso el mayor arcano del Tarot. Algo que no existe en ninguna simbología cristiana, y que

confirma que los triunfos del Tarot no tienen ningún origen de creencia cristiana. Un «ahorcado», colgando de otro ahorcado, éste de carne y hueso, terriblemente real… Norman Ward estaba demudado. Ralph Colman, aunque con gesto que revelaba su impresión, se mantenía mucho más frío y sereno.

—Esas cartas aparecen por doquier, Norman —susurró—. O no tiene sentido nada de cuanto sucede a nuestro alrededor… o lo tiene demasiado profundo y terrible, amigo mío. Vamos por aquí… Por ese pobre diablo, ya nada podemos hacer.

Comenzó a revisar estanterías y libros, para finalmente, detenerse en una de ellas y tomar un volumen que examinó atentamente. Al abrirlo, una hoja de papel cayó del mismo, revoloteando en torno de ellos. Norman la tomó y leyó, arrugando el ceño y tendiéndola a su amigo. Ralph dejó de hojear el volumen, de hojas amarillentas y estropeadas, para leer a su vez aquel texto. Ambos se miraron en silencio.

—Será mejor leer antes este libro —dijo Ralph—. Tal vez entonces, esa nota tenga algún sentido.

—¿Y vamos a leer *aquí*? —dudó Norman, horrorizado, señalando al ahorcado.

—¿Qué más da? —Se encogió de hombros Colman—. No creo que le molestemos demasiado a él…

Y se puso a leer atentamente un largo capítulo de aquel volumen, en voz alta.

Norman dominó un escalofrío con dificultad. Tenía algo de pavoroso escuchar a Ralph, leyendo con toda calma, debajo de un hombre muerto que pendía de una soga, en el clima alucinante de aquella oscura y fea librería. Y sin embargo, algo fascinó a Norman en aquel texto, hasta el punto de mantenerle absorto, a la escucha de la lectura que Colman hacía del volumen.

Cuando el detective hubo terminado, las cosas estaban, en cierto modo, mucho más claras para ellos, incluida la nota hallada en el volumen. Pero su claridad resultaba, sin duda, infinitamente más terrorífica que cualquier tiniebla anterior…

—Dios mío… —al fin logró expresarse Norman de viva voz, con tono quejumbroso y expresión sobrecogida—. Dios mío, Ralph… Esa gente, los Villiers… vivieron hace nada menos cuatrocientos años…

—Así es. Sin embargo, el libro dice bien claramente que el pequeño André de Villiers nunca fue hallado vivo tras desaparecer del palacio real francés. Para entonces, nadie sabe dónde estaba ya la baraja de plata, si en poder del rey… o en manos de quien se llevó al niño.

—Pero todo eso es lo de menos, Ralph. Sucedió hace siglos. Lo terrible es lo que dice ahí Stride, en la nota que dejó dentro del libro…

—Creo que escribió esa nota por si algo le sucedía —miró pensativo el detective al hombre colgado del techo, luego tomó el papel hallado en el volumen, y lo leyó asimismo en voz alta:

—«A quien pueda interesar, notifico que mis investigaciones han dado resultado, y un descendiente de Henri de Villiers reside actualmente en Inglaterra, utilizando su propio apellido. Su nombre es Jean de Villiers y habita en el East End, dedicándose a la cartomancia y la adivinación del porvenir. Es todo cuanto pude averiguar, y pienso ver a ese hombre lo antes posible, pero no sin que antes pueda darle información fidedigna del "tarot" de plata que le pertenece por legítimo derecho».

Norman permaneció silencioso. Transcurrieron unos minutos. De vez en cuando, a impulsos de alguna corriente, el cuerpo de Stride oscilaba con un poco más de fuerza, la sombra en el muro parecía cobrar vida, y la viga crujía con lúgubre chasquido de madera vieja.

—Habrá que informar de esto a la policía… —sugirió Ralph al fin.

—Sí —Norman se encaminó a la salida—. Pero antes, quisiera ver a alguien. ¿Sabes a quién?

—Claro —rió Colman—. A Jean de Villiers. Pero no sabemos dónde vive exactamente. El East End es muy grande.

—¿El gran Ralph Colman no tiene medios de averiguar algo así? —replicó Norman con sarcasmo, cruzando la librería con larga zancada.

—Ya has herido mi orgullo y vanidad —se quejó amargamente Ralph, enarbolando su bastón—. Está bien, vamos allá. Encontraremos a ese Villiers, si es cierto lo que dice ese papel. Conozco a algunos brujos y pitonisas que nos ayudarán, seguro…

Salieron de la librería Desde detrás de un polvoriento escaparate, los ojos amarillos y fosforescentes de un negro gato

agazapado entre viejos libros, les siguieron con un destello maligno, casi demoníaco.

Capítulo III

LES había costado algún tiempo, pero ya lo habían encontrado.

Fue preciso visitar a varios nigromantes, pitonisas y echadores de cartas de todo el East End, para que al fin uno de ellos le dijese dónde podía hallar a Jean de Villiers, adivinador del porvenir y experto en cartomancia. Ahora, tras reponer fuerzas en un restaurante modesto de Hambury Street, en Spitalfields, y saciar su sed con una excelente cerveza negra, se hallaban ya delante de la casa de ladrillos grises y blancas ventanas de Old Montague Street, una calleja larga, sinuosa y casi toda ella flanqueada de altos muros de almacenes, factorías y talleres fabriles. Estaba oscureciendo a pasos agigantados, y en aquella parte de la ciudad la humedad era muy intensa y la niebla caía como un manto frío y viscoso sobre los edificios y el empedrado, envolviéndolo todo en su grisáceo sudario maloliente.

—Hermoso lugar para pasear —comentó Colman, sarcástico.

—No hemos venido a pasear, Ralph —te reprochó Norman—. Pero comprendo que te estás dando toda una paliza por culpa mía…

—No digas tonterías. Estoy tan interesado como tú en este asunto de los Villiers y su único descendiente. Después de todo, estamos llegando a los mismos orígenes del «tarot» de plata, como quien completa un círculo…

En la puerta se veía un aldabón de bronce, bajo una placa donde se leía:

J. DE VILLIERS
ADIVINO

Norman golpeó el aldabón dos veces, esperando. Transcurridos unos instantes, se sintieron ambos escudriñados tras una mirilla. Al fin, la puerta se abrió con un chirrido largo y agrio.

—Bien venidos, caballeros —saludó cortésmente una voz con leve acento francés—. Pasen, por favor.

Tras cambiar una mirada de recelo, pasaron. Colman tocaba con su mano cierto punto de su gabán, sobre el pecho. La voz le calmó desde la penumbra:

—No necesitará su arma, señor. Soy inofensivo, si es que teme algo.

Rápido, Ralph retiró su mano del bulto de su pistola, arrugando el ceño. Norman rió irónico.

—Después de todo, ¿qué esperabas de un adivino, Ralph? —bromeó.

Sin responder, el detective siguió a su amigo y al dueño de la casa, a través del oscuro vestíbulo y de un estrecho pasillo, hasta una estancia alumbrada solamente por una lámpara de gas de roja pantalla, que prestó a todo, incluidos sus rostros, un aire espectral. Desde lo alto de un armario, una voz cloqueó, lúgubre:

—Bien venidos, bienvenidos, señores, a casa del gran Villiers. Sobresaltados, ambos miraron al alto mueble. Su anfitrión rió suavemente.

—No hagan caso. Es mi cuervo… Habla bastante mejor que los loros, como verán.

Así era. Un negro cuervo les miraba, malévolo, desde lo alto, y volvió a repetir la frase con toda claridad. Aprensivo, Norman miró a su amigo. Ralph sonrió, encogiéndose de hombros. El dueño de la casa señaló unos asientos ante una mesa circular, cubierta con un tapete. Vieron sobre ella una esfera de vidrio, un mazo de naipes… y otro con los triunfos del «tarot», a juzgar por su forma alargada.

—Siéntese —rogó Villiers—. ¿Qué desean saber? ¿Algo que pueda escudriñar en mi bola mágica… o en los naipes? Supongo que es cosa de naipes, señores. De Tarot, ¿verdad?

Lo decía mirándoles fijamente. Los dos amigos ni pestañearon. Estudiaban al singular personaje que tenían ante sí y que parecía, realmente, adivinar muchas cosas. Era un tipo de edad madura, largos cabellos blanquecinos que colgaban como telarañas hasta sus hombros, cejas hirsutas, nariz halconada, mejillas hundidas y ojos oscuros y fríos. Apoyó sobre la mesa unas manos rugosas, de uñas afiladas y largas como garras. El personaje resultaba poco agradable. Pero inquietaba sin saber por qué.

—Tal vez tenga usted razón —convino Ralph—. Mi amigo desea que consulte el Tarot, señor de Villiers. ¿No es así, querido Norman?

—Sí, por favor —pidió Norman con voz tensa.

—¿Quiere conocer su destino a través del Tarot? —indagó el adivino, fijando ahora su mirada en Norman Ward.

—Quisiera conocer mi destino… y el de un niño llamado Jean Paul, que desapareció hace cuatrocientos años en Francia —dijo fríamente.

El adivino acusó el impacto. Había tomado ya los naipes del «tarot», pero los dejó caer sobre la mesa de improviso. Casualmente, una carta quedó al descubierto ante ellos, entre todas las demás con el reverso hacia arriba.

Era la carta número trece. La Muerte.

Todos contemplaron el esqueleto que segaba con su guadaña hierbas, cabezas y miembros humanos. Norman se estremeció, mordiéndose el labio inferior.

—Ya tiene respuesta a una de sus preguntas, señor —dijo suavemente el adivino—. Jean Paul de Villiers murió hace años, muchos años…

—¿Dónde y de qué manera? —quiso saber Norman.

—Hace demasiado tiempo para saber eso —sonrió con frialdad Jean de Villiers—. ¿Por qué le interesa algo tan antiguo, caballero?

—Si usted adivina por profesión, adivínelo.

—Muy bien —recogió el naipe suelto y lo puso con los demás. Barajó el «tarot» lentamente, sin dejar de mirarle—. ¿Acaso tiene usted la baraja de plata?

Norman no dijo nada. Ralph rió entre dientes. Villiers le miró ahora con reproche, y el detective enmudeció. Al fin, fue el joven Ward quien respondió, preciso y seco:

—Sí. La tengo.

Villiers no pareció sorprenderse. Comenzó a depositar los triunfos del Tarot sobre el tapete, en la forma tradicional: una cruz a la derecha, con un par de naipes superpuestos en su centro, y una hilera vertical a la izquierda. Lo hacía pacientemente, sin prisas.

—Despréndase de ella —dijo—. Es por su bien.

—Lo sé. Alguien acaba de asesinar a un hombre llamado Stride. Era librero. Y quería saber cosas de los Villiers, después de tantos

años. Lo localizó a usted. Me pregunto por qué hacía todo eso…

—¿Y si tuviera una respuesta? ¿Eso le serviría de algo?

—Quizás entonces decidiera desprenderme del «tarot» de plata… y entregarlo a su legítimo propietario: un Villiers.

—¿A mí, por ejemplo? —sonrió el adivino, sardónico.

—Si hay otro…

—¿Por qué habría de haber otro? —replicó suavemente Jean de Villiers.

—No lo sé. Es una corazonada. Puro instinto.

El adivino comenzó a alzar naipes. Los iba interpretando:

—Tenga cuidado, caballero —avisó—. Le acecha un grave peligro. Y una amenaza oscura y difícil… La prisión está cerca. También la ruina. Y el amor. Depende su destino de cuál será más fuerte… Aquí, algo se interpone en su camino… Es vago, impreciso. Como una sombra que le acecha sin usted saberlo… Y algo del pasado. Algo que parece muerto y que, sin embargo, sigue vivo… ¡Cuidado, señor! —Se detuvo, apoyando una mano firme sobre un naipe—. Es una mala carta la que sigue…

—¿Cuál es?

—El Diablo… invertido. Alguien perverso le amenaza. Y está cada vez más cerca, más peligroso para usted y para el ser a quien ama. Hoy más que nunca —destapó el naipe, con el demonio feminoide, de grandes senos, y los dos diablos menores a sus pies, unidos por un ronzal. Estaba realmente en posición invertida. Norman lo estudió.

—¿Es todo lo que tiene que decirme, Villiers? —indagó.

—Casi todo. Guárdese de todos esos peligros que le rodean. La muerte está entre ellos presente. Muy presente… No puedo decirle más.

—Gracias —depositó una moneda de oro sobre la mesa—. Pero sigo sin saber si es usted la persona a quien debo entregar ese «tarot» llegado el momento…

—Yo no lo quiero. No es mío —negó el otro, incorporándose mayestático e indicándoles la salida—. Busque a otro Villiers.

—¿Y si no lo encuentro? —demandó Norman, cerca ya de la salida ambos amigos y su extraño anfitrión.

—Busque y lo encontrará —recitó el adivino, abriéndoles la puerta de la calle. Después, inesperadamente, añadió cuando ellos

pisaban la acera—: Se llama André de Villiers… y dicen algunos, incluido él mismo… *que es el hijo de Henri de Villiers*, desaparecido hace cuatrocientos años… Si ello es cierto, Henri tiene ahora cuatro siglos de edad… y es el dueño legítimo del «tarot».

Cerró la puerta sin más. Los dos amigos, estupefactos, se quedaron parados en la acera, mientras un farolero prendía la mecha de gas en la esquina, prestando a la ya oscura tarde un halo de resplandor pálido en la niebla.

—¿Oíste eso? —jadeó Norman—. André de Villiers… *existe*.

—Tonterías —rechazó su amigo—. Nadie vive cuatrocientos años después de nacer. Ese tipo está loco.

—Quizás. Pero ese nombre… me ha hecho recordar algo —los ojos de Norman le miraron con repentino terror.

—¿Qué? —demandó Ralph Colman, perplejo, sin dejar de mirarle.

—Piensa un poco: una letra V en rojo, cartas de «tarot», el nombre Andrew en inglés…

—¡Cielos, qué estúpido soy! —El detective se pegó una palmada en la frente—. Andrew significa André en francés… y la V es la inicial de Villiers… en color rojo sangre, sobre una carta de «tarot»… ¡Dios mío, Norman, estás pensando lo mismo que yo!

—¡Doris! —rugió Norman, palideciendo—. ¡André de Villiers es su misterioso admirador del ramo de gardenias!

—*¡Hoy más que nunca!* —recitó Ralph Colman, excitado—. Es lo que anunció Jean de Villiers… El peligro acecha… hoy más que nunca…

Y sin esperar a más, se volvió, enarbolando su bastón para llamar a un carruaje de alquiler que cruzaba en aquel momento por la esquina inmediata. Ambos amigos corrieron hacia él cuando el cochero se detuvo.

Dieron la dirección del Teatro Vanity en Whitechapel. Norman resopló, lívido, dejándose caer en el asiento:

—Espero que aún lleguemos a tiempo de evitar lo peor, Ralph…

Éste asintió, ceñudo, tan pálido como su amigo.

Doris Fleming abandonó el teatro tras la primera función de tarde. Eso no era normal en ella. Por eso Hazel, su compañera, la interpeló, sorprendida, desde la puerta de su camerino:

—¿Sales ahora del teatro, Doris?

Ella contestó sin volverse:

—Sí, Hazel. Este caballero amigo mío me invita a cenar, querida… Hasta luego.

Y se colgó del brazo del alto, joven y arrogante desconocido que, impecablemente vestido de etiqueta, sonreía a su lado, llevándola pasillo adelante, hacia la salida del escenario.

Se cruzaron también con el empresario, Ian Briggs, que les saludó, cortés. Doris le informó, mirándole con una fijeza algo ausente:

—Me marcho a cenar, señor Briggs. Estaré a tiempo para la segunda representación, no tema.

—Como quiera, señorita Fleming —dijo él, inclinándose a su paso. Y cuando la pareja se hubo alejado, comentó para sí—: Vaya, Doris tiene mucha suerte últimamente. Su pareja es todo un caballero…

Llegaron a la calle, envuelta en espesa niebla. El caballero sonreía obsequioso, siempre llevando a Doris del brazo. La joven se quedó parada, inmóvil, la mirada pérdida en el vado, mientras él llamaba a un mozalbete y le daba unos peniques a cambio de que le buscara un carruaje de alquiler. El muchacho corrió presuroso a cumplimentar los deseos del generoso caballero.

Doris, entretanto, permanecía con su extraña rigidez y ausencia de emociones, dócil compañera de su pareja, como si estuviese flotando y no pisando el suelo firme de las calles. Él la miró con ojos penetrantes bajo el ala de su elegante sombrero de peluche gris y copa alta.

—Perfecto, mi adorada Doris —dijo con voz suave—. Todo sale perfecto. Sigue así. Sabes que tienes que obedecerme en todo. Lo sabes, ¿verdad? Repítelo.

Doris miró aquellas ardientes pupilas de hipnótica fijeza, clavadas en ella, y se limitó a repetir en un susurro obediente, dócil:

—Tengo que obedecerte en todo, Andrew.

—Muy bien —aprobó él—. Ya viene nuestro carruaje. Te llevaré a donde te aguarda tu destino, querida Doris…

El mozalbete les vio partir en el carruaje y sonrió gozoso, contemplando las monedas en su sucia mano. Luego se puso a silbar, iniciando su marcha calle abajo, a través de la niebla, espesa como nunca.

En ese preciso instante, otro carruaje se detuvo en la acera. De él saltaron dos hombres con celeridad. Corrieron hacia el teatro, a la puerta del escenario. Curioso, por si caía alguna otra propina, el mozalbete aguardó.

—¿La señorita Fleming? —respondía en esos momentos un sorprendido Ian Briggs a los dos jóvenes amigos. Meneó la cabeza con aire de indiferencia—. Lo siento, señor. Salió con un amigo hace poco. Era también todo un caballero, joven y elegante… Parecía muy complacido por su compañía.

—¿Era alguien a quien usted conociera ya de verle por aquí otras veces? —se interesó vivamente el detective Colman.

—Pues… no, la verdad. No, señor. No creo haberle visto antes por el teatro.

Los dos amigos se miraron preocupados. Norman preguntó con voz ronca:

—¿Sabe adónde fueron?

—¿Cómo puedo saberlo yo, señor? Les saludé, y nada más. Eso sí, la señorita Fleming me respondió algo ausente, como distraída. Tenía una sonrisa feliz, pero la mirada muy fija en el vacío. Le dije algo, pero creo que ni me oyó…

Dando precipitadamente las gracias, Norman y su amigo salieron de nuevo a la calle. Miraron a ambos lados, en busca de un coche de punto donde subirse, para iniciar una búsqueda que presumían inútil, por las calles llenas de niebla.

—¿Coche, señor? —preguntó el mozalbete, siempre atento.

—No…, no sé… —musitó Norman, indeciso. Se volvió a Ralph —. ¿Crees que daremos con ellos? Ni siquiera sabemos adónde se han dirigido…

El despierto muchacho se apresuró a intervenir, mientras hacía señas a un carruaje de alquiler:

—¿Acaso buscan a alguien? Yo he atendido a varios caballeros y damas proporcionándoles vehículo…

Los ojos de Norman se animaron. Inclinóse hacia el mozalbete y puso en su mano varias monedas de plata, al tiempo que preguntaba:

—Se trata de una bella muchacha pelirroja que trabaja en ese teatro y un joven elegante y de buen porte… No debieron salir hace mucho…

—Oh, sí, señor, los recuerdo muy bien. Apenas doblaba su carruaje esa esquina —y señaló una de ellas—, cuando ustedes llegaban. Tomaron un fiacre no muy rápido…

Norman lanzó una imprecación. Se dispuso a subir al carruaje recién detenido. Otro se paraba ya detrás, a esperar cliente. Ralph le tomó por un brazo, haciendo un disimulado gesto con la cabeza, hacia un punto de la calle.

—Cuidado. Aquel coche nos vigila. Creo que es de la policía —informó—, y está ahí esperando tu llegada, precisamente, por haberles despistado antes. Tenemos que hacer algo. Sube tú a este coche. Yo lo haré contigo. Luego, sal por la otra portezuela cuando ellos no te vean, y toma el de atrás. Yo seguiré otra ruta, y tú podrás seguir a Doris, sin moscones detrás.

—Gracias, Ralph —asintió Norman, dando más monedas al asombrado muchachito de la parada de postas—. Eres genial.

Penetraron los dos en el carruaje, y al doblar éste para cambiar de ruta, Norman salió por la otra portezuela, hizo un gesto de picardía al mozalbete, y penetró en el segundo carruaje, que arrancó a toda marcha en dirección al camino seguido por Doris y su acompañante. Ralph Colman siguió en sentido opuesto… y a él siguió el carruaje de los policías, bien ajeno a la rápida maniobra.

Norman, impaciente, se asomaba por la ventanilla de la puerta, tratando de ver algo. El carruaje era muy rápido, pero aún no veían nada. Sin embargo, el diestro cochero avanzó por una larga calle transversal, hundiéndose en la niebla, al tiempo que decía:

—Creo que siguieron esta ruta, señor. Veo sus huellas en el empedrado, porque se han hundido en dos charcos de agua enfangada al doblar la esquina, y las marcas aún están recientes…

—Esperemos que tenga razón —suspiró Norman, esperanzado.

—Son dos carruajes los que seguimos, se lo advierto. Van uno tras otro…

—¿Dos? —Una nueva confianza animó a Norman. «La policía», pensó. Iban siguiendo a Doris, conforme era su obligación desde que fuera atacada. Pero poco más tarde, al ver un carruaje parado en un cruce, maldiciendo sus ocupantes, airados, comprendió que ya nadie, excepto él mismo, seguía a la pareja. Eran los agentes, burlados por sus perseguidos en alguna maniobra inesperada.

Los dejaron atrás, con el corazón de Norman palpitando

agitadamente, y el cochero rió entre dientes, irónico.

—Ésos no son hábiles en seguir a nadie, señor —comentó—. Imagino lo que hizo el otro cochero para burlarles… y no va a hacérmelo a mí, palabra. Conozco este barrio como la palma de mi mano. Yo nací en él, mis padres también y los padres de mis padres.

Penetró en una angosta callejuela, y una vez en ella, pasó por un arco que conducía a un pequeño patio vecinal, del que salió a través de lo que parecía el portalón de un almacén, pero que era en realidad el paso a otro pasaje y, de éste, nuevamente a una calle más amplia, Commercial Street.

—¿Lo ve, señor? —rió suavemente el cochero, señalando con su fusta hacia delante—. Creo que los tenemos allí…

Norman miró sorprendido a través de la niebla. Vio, en efecto, a un fiacre negro y no muy rápido. Advirtió al cochero, comprobando que llevaba aún su Derringer en el bolsillo de su levita:

—Mantenga una distancia prudencial. Será mejor que no adviertan que les seguimos, pero por el amor de Dios, no les pierda de vista.

—Confíe en mí, señor. Ni se enterarán. Pero no los perderemos.

Rodaron durante varios minutos más, hasta que el fiacre se detuvo ante un edificio antiguo de Leman Street, a la altura de Alie. La vecindad del río y de la zona despoblada y fría de la Torre, se dejaba sentir en un fuerte y húmedo viento que barría en parte la niebla, aunque ésta se condensaba otra vez muy pronto, con su espesor y su fétido olor a suciedad y sulfuro.

Se detuvieron ellos también. La vieja casa aparecía aislada, entre dos largas tapias de ladrillos de una factoría. Al lado opuesto había una zona de césped y más allá unas vías férreas de la cercana estación de Goods. El lugar no podía ser más desolado ni tétrico.

Del fiacre bajaron el hombre alto y vestido de etiqueta, con negra capa o macferlán agitado por el viento, y Doris, inconfundible incluso a aquella distancia y con la tenue luz de una aislada farola perdida en la niebla, a causa de su rojo cabello.

Él miró por doquier, pero el carruaje de Norman estaba a cubierto, tras una esquina, y no fue visible para el desconocido. Ella ni siquiera movió la cabeza. Caminaba erguida y rígida. Norman, inquieto y sombrío, recordó las palabras de Briggs, su empresario: «Tenía una sonrisa feliz, pero la mirada muy fija en el vacío. Le dije

algo, pero creo que ni me oyó…».

Dócilmente, fue tomada de la mano por su compañero. Éste fue a la puerta de la casa, la abrió y la hizo pasar delante, entrando él a continuación y cerrando la puerta. Norman pagó al cochero, saltando fuera del carruaje.

—Me quedo aquí —dijo—. Tome, y gracias. Es usted un genio conduciendo.

—Gracias, señor. ¿Seguro que quiere quedarse aquí? —Miró el hombre en torno, desconfiado—. Es un lugar muy poco recomendable. Si quiere que avise a alguien…

—No, gracias. Déjelo. No diga nada a nadie. Es algo que debo resolver yo solo.

—Bueno, como quiera, amigo. Es su problema —se encogió de hombros el cochero, iniciando la retirada.

Norman caminó hacia la casa solitaria. Ululaba el viento en la niebla, y la humedad del Támesis era como una mano helada y siniestra, surgiendo de la bruma y la oscuridad para poner sus dedos húmedos en su rostro y manos. Extrajo el Derringer, lo amartilló, y avanzó hasta detenerse junto al sombrío edificio aislado. El conductor del carruaje había tenido toda la razón. Era un lugar infernal para estar solo. Pero allí se hallaba ahora Doris, tal vez enfrentándose a un oscuro y terrible peligro, y él debía ayudarla. No podía concebir que una muchacha atacada dos veces por un extraño sádico, se dejase llevar ahora dócilmente, por un desconocido, hasta semejante sitio, en plena noche.

Examinó la puerta. No iba a ser fácil franquearla. Era recia, de gruesa y fuerte madera. Probó con una leve presión, y la puerta ni siquiera crujió. Empezó a rodear el edificio, en busca de un acceso. Lo encontró casi a ras del suelo, en una especie de pequeños ventanos que debían asomar a un sótano. Al fondo lo vio todo oscuro. Algunos de ellos tenían los vidrios rotos, y la malla de alambre medio desgarrada. Con una piedra cogida de los alrededores, acabó de desgarrar una de ellas, y envolvió su mano en el pañuelo del cuello, para ir arrancando los fragmentos de vidrio del marco, uno a uno.

Cuando tuvo una abertura lo suficientemente amplia, se agazapó, pasando por ella. Sujetó con fuerza sus manos al borde, y colgó en un tenebroso vacío que igual podía ser muy corto que

demasiado profundo, y romperse una pierna. No dudó. Había que correr el riesgo, de modo que flexionó sus piernas y se dejó caer al fondo. Por fortuna, no sucedió nada. Tocó el suelo con sus pies, en un salto sin complicaciones. Caminó por un suelo húmedo, resbaladizo, por el que corrían seres vivos y escurridizos, ratas sin duda. Se detuvo al tropezar con unas cajas apiladas.

Esperó a que sus ojos se habituaran a la oscuridad. No se atrevía a prender fósforo alguno, por si la luz era visible desde algún lugar de la casa. Cuando se acostumbró lo suficiente a las tinieblas, descubrió una escalera pegada al muro, que conducía a una puerta metálica. Si estaba cerrada con llave o cerrojo por el otro lado, pensó, sería igual que no haber entrado en la casa. O quizá peor.

Prendió esta vez un fósforo, que ahuyentó a una legión de repugnantes roedores. Subió la escalera, y se detuvo ante la hoja de viejo hierro oxidado. La probó, cauteloso. Respiró con alivio. La puerta cedía. Nadie había pensado en cerrar la comunicación con el sótano.

Cuando el fósforo se apagó, abrió lentamente la puerta. No pudo evitar un leve chirrido de goznes enmohecidos, pero logró salir al otro lado. Se encontró en un corredor, junto a una escalera amplia y ascendente, sin duda en el vestíbulo de la vieja casa. No vio luces ni oyó ruido alguno. Un leve resplandor se filtraba por la rendija de una ventana cerrada casi herméticamente, procedente de la única farola del exterior. A su claridad se movió, siempre cauto, empezando a subir la escalera principal. Al llegar arriba, si descubrió una línea de luz bajo una puerta cerrada, resaltando sobre el alfombrado corredor. Se movió con mayor cautela todavía, pisando la alfombra para no producir el menor ruido con su calzado.

De este modo, llegó ante la puerta con luz. Oyó tras la hoja de madera un murmullo de voces. O, cuando menos, de una voz humana. Trató de oír algo en vano. Fue entonces cuando trató de arriesgar al máximo. Alargó su zurda, tomando el pomo de la puerta, que comenzó a girar lenta, muy lentamente.

Asomó por la rendija que le permitía ver el interior.

Un intenso escalofrío de horror acudió a toda su persona. Por un momento, incrédulo, pensó que no era posible lo que allí estaba viendo, que todo era producto de su imaginación o de una mente

enfermiza y morbosa como pocas.

La habitación, alumbrada de modo intenso, no mostraba otras fuentes de luz que unos hachones colgando de los muros, y unas hornacinas con velas. De los muros, salpicados de manchas de sangre seca, ennegrecida, colgaban variados instrumentos de tortura de viejo metal oxidado, desde cepos y cadenas hasta bolas de púas, grilletes con su interior erizado de agujas de hierro, y una horrenda copia de La doncella de Nuremberg[9], yacía apoyada contra la pared del fondo.

Pero cuando la sangre se heló en las venas de Norman, fue al advertir al espantoso personaje que, erguido ante una especie de altar de sacrificios central, consistente en una piedra redonda y lisa, igualmente empapada de rojo oscuro, permanecía con un hacha en la mano, una negra caperuza de verdugo medieval tapándole la cabeza… y las ropas de un *joker* de la baraja —o del «diablo» del Tarot—, vistiendo su figura.

Sobre el altar, sujeta con cadenas, desgarradas sus ropas hasta mostrar semidesnuda su espléndida figura, una Doris Fleming aterrada, con los ojos dilatados fijos en su verdugo, parecía esperar la terrible tortura o la muerte por decapitación a manos de aquel monstruo. Ahora, la joven no mostraba la menor señal de indiferencia o docilidad. Estaba invadida por el pánico y el horror, lo mismo que el propio Norman Ward, mudo testigo de tan espeluznante escena.

—El Tarot ha marcado tu destino, mujer —dijo una sorda voz bajo la caperuza—. Tus cartas señalan tu muerte, y así ha de ser, para que la sangre de los Villiers sea purificada y sus almas se salven del demonio y de la condenación eterna…

Y alzó su hecha, solemne, dispuesto a descargarla sobre el cuello de Doris. De la garganta de ésta escapó un terrible alarido de espanto.

Norman se dispuso a intervenir con su revólver.

Justo entonces, a sus espaldas, hubo un leve roce. Se dio cuenta demasiado tarde de que había alguien tras él. Un momento después, un objeto pesado, contundente, caía sobre su cráneo, y se desplomaba, sin sentido, hundiéndose en una profunda masa de tinieblas, sin poder hacer nada por salvar la vida de Doris Fleming.

TERCERA PARTE

El diablo y el ángel

(Naipes números XV y XX)

Capítulo primero

—OTRA persona asesinada, George Stride, librero de lance especializado en libros de brujería, satanismo y cartomancia. Y dos personas desaparecidas sin dejar rastro tras burlar a mis agentes: Norman Ward y Doris Fleming. ¿Qué más hace falta esperar para ordenar la busca y captura de los dos amantes, cómplices en varios asesinatos?

—¿Está seguro de que Norman Ward es el culpable de ese asesinato? —dudó Eileen Culver, paseando inquieta por el gabinete de la elegante residencia de los Ward en Mayfair.

—¿Quién, si no? Perdió una misiva en la librería, no lejos del cadáver colgado de Stride, que desde luego no se suicidó, sino que primero fue golpeado hasta perder el conocimiento, y luego ahorcado en su trastienda, según el forense, hasta que se le partió el cuello, causándole la muerte.

—Dios mío, qué horror… —se estremeció Rex Culver—. Pensar que mi propio cuñado es el autor de tan horribles crímenes…

—Eso es lo que dice el inspector, Rex, pero aún no hay nada probado —objetó con energía Eileen Culver, su esposa, deteniéndose junto a la ventana, con gesto arduo.

El inspector Sheldon contempló reflexivo a la cuñada de Norman Ward. Era una mujer hermosa, de unos treinta y cinco años, esbelta y de rostro sensual y atractivo. Lo más notable de ella eran sus pechos, que ahora se recortaban contra la luz del exterior. Demasiado grandes para su esbeltez, casi enormes, y singularmente erectos, dotados de una rara firmeza.

—Señora, hemos logrado averiguar al fin los motivos de sus delitos —suspiró el hombre de Scotland Yard—. Está en juego una baraja de plata de valor incalculable, una de esas piezas raras que cualquier coleccionista pagaría a cualquier precio. Según *sir* Gavin, es un juego de Tarot egipcio, único en el mundo actualmente. Si a

eso le añadimos que se deshizo de su molesta esposa y tiene ahora el campo libre con su joven amante de Whitechapel, tendremos perfectamente dibujado el cuadro de sus motivos y de sus crímenes. Además, he hablado con el señor Ralph Colman, detective privado e íntimo amigo de Ward, y ha insistido en que descubrieron juntos el cuerpo de Stride, pero ha tenido que admitir que ellos se reunieron en un *pub* de la City poco antes de ir a la librería, y por tanto el señor Ward tuvo tiempo sobrado de matar a Stride, esperar a su amigo y tener así una coartada válida. Posteriormente fueron a hablar con un adivino llamado Jean de Villiers, uno de tantos farsantes como viven en Londres de esas paparruchas, para ir más tarde al teatro Vanity, donde según Colman, el joven Ward partió al rescate de su amada Doris Fleming, víctima de un hipotético enemigo. Creo que el propio Ward montó toda esa farsa para engañar a su amigo, y que ahora los dos, Ward y la chica, están muy lejos, intentando huir con suficiente dinero y con esa preciosa baraja, para escapar al castigo de la ley.

—¿Y si fuera cierto todo lo que dice Colman, y mi cuñado estuviera en serio peligro ahora, lo mismo que esa chica? —replicó con acritud Eileen.

—Querida, ¿por qué te obstinas en defender tanto a Norman? —Se irritó su marido—. Si mató a mi hermana, debe pagar por ello en la horca.

—Creo que hizo algo más que eso: mató a un viejo anticuario para robarle la baraja de plata, luego se deshizo de su esposa y de George Stride, que sabía que él tenía la baraja en su poder y, tal vez, conocía alguna cosa más, comprometedora para su cuñado. Créanme, tengo experiencia en estas cosas, y Norman Ward es endiabladamente culpable. Por eso he dado orden de busca y captura. Está acusado de tres asesinatos y el robo de un objeto de arte de gran valor. Su amante lo está de complicidad y encubrimiento de todos esos delitos.

—Es una verdadera pesadilla, inspector —suspiró Rex Culver, moviendo la cabeza con desaliento—. En poco tiempo, mi hermana asesinada, mi cuñado culpable de varios crímenes y destinado a acabar sus días en el patíbulo…

—Todavía no le han cogido ni le han colgado, Rex —objetó Eileen, seca—. Es más, ni siquiera han probado que cometiera tales

delitos.

—Tu obstinación resulta incomprensible, Eileen —se enfureció su marido—. Vámonos de aquí, es mejor salir de esta casa lo antes posible. Tiene demasiados recuerdos penosos para mí. ¿Viene con nosotros, inspector?

—Sí, por supuesto. Vine a informarles porque lo creí mi deber, señor Culver.

—No sabe cuánto se lo agradezco —caminaron todos hacia la salida—. Si está en mi mano ayudarle de alguna forma…

—Llegado el momento, tal vez pueda abusar de su amabilidad, señor Culver. De momento, lo único que cuenta es encontrar a ese asesino…

—¡Encontrar a ese asesino! ¿Se da cuenta, Colman? Todos piensan igual: la policía, mi esposo… Todos.

—¿Y usted por qué no, señora Culver? —preguntó paciente y curiosamente Ralph Colman, mirando con fijeza a la visita que tenía ante sí en su despacho.

Eileen Culver se detuvo, azorada. Los astutos ojos del detective observaron que sus tersas mejillas, de vello suavemente amelocotonado, enrojecían con viveza y sus majestuosos, increíbles senos, subían y bajaban con ritmo más rápido bajo el prieto corpiño que ajustaba su enorme volumen.

—Yo… —la esposa de Rex desvió la mirada—… Yo nunca entendí por qué Norman había de ser tan desgraciado. Sheila nunca se lo mereció. Era una pérdida, una caprichosa ninfómana. Conmigo, Norman hubiera podido ser feliz…

—Entiendo —suspiró Ralph, inclinando la cabeza—. Ama usted a su cuñado.

—Sí —afirmó ella—. No lo considero vergonzoso. Ni siquiera es una idea incestuosa. Nuestra relación familiar es lejanamente política. Soy la mujer del hermano de su propia mujer.

—Lo sé. No la reprocho nada ni encuentro indigno sus sentimientos, señora —sonrió Colman, apaciguador—. Norman es un joven inteligente, sensible, varonil… Imagino que le resultó fácil sentir algo por él, al verle desgraciado.

—Así es, Colman. Deseo ayudarle con todas mis fuerzas, hacer por él lo que sea.

—¿Y si su esposo se entera de ello, no puede entrar en

sospechas?

—Me tiene sin cuidado lo que piense. Él tampoco es un santo. Sé que tiene enredos con jovencitas a mis espaldas. Y su hermana fue la peor pécora de todas.

—No apreciaba usted mucho a Sheila Ward —observó, apacible, el detective.

—La odiaba. Creo que su muerte me impresionó, pero no me dolió.

—Cuidado. Esa afirmación puede ser peligrosa, si Norman puede demostrar su inocencia. Imagino que a usted la franquearía el paso su cuñada sin recelar nada, fuese la hora que fuese.

—Es posible. Pero más lo haría con alguien que llevase pantalones. Era su debilidad.

—Sí, eso me temo —asintió Ralph con una leve sonrisa—. ¿Y a qué ha venido, señora Culver? Desgraciadamente, ignoro dónde puede estar Norman desde que anoche salió en pos de Doris Fleming y su acompañante, mientras yo burlaba a la policía que iba tras él.

—Lo sé, Colman. Son ya varias horas las que dura su desaparición y estoy asustada. Tal vez alguien del teatro ése de Whitechapel pueda ayudarme a dar con Norman. Quiero buscarle yo también. ¿Puede decirme qué teatro es ése?

—Claro. El Vanity, en Bishopsgate. Pero dudo que puedan ayudarla en nada. Ellos tampoco parecen saber cosa alguna de él ni de la chica.

—Aún así, me gustaría ir e investigar por mí misma. Ahora revisaré las cosas de Sheila. Y esta tarde puedo ir a la función. ¿Me acompañaría usted?

—No puedo. Tengo que volver a declarar en el Yard, y luego recibir a unos clientes. Pero dedicaré toda la noche a buscar a Norman y a esa chica por todas partes. Ya he encargado a colaboradores míos en el East End que levanten las piedras si es preciso, pero no podemos hacer otra cosa.

—Es igual… Iré esta misma tarde. Tal vez esta noche nos veamos por allí, Colman.

—Como quiera, pero recuerde que es usted una mujer, bastante atractiva por cierto, y que ese barrio no es nada recomendable para una dama sola.

—No tema. Sabré defenderme, llegada la ocasión. Buenos días, Colman.

—Buenos días, señora Culver. Si sé algo antes de la tarde, la avisaré urgentemente a su casa para que se evite complicaciones.

Ella asintió, disponiéndose a pagarle la consulta. Colman, con gesto de altivez, rechazó todo honorario, limitándose a acompañarla cortésmente a la salida.

Regresó a su mesa, pensativo, frotándose el mentón con un dedo. Meneó la cabeza, la mirada en el vacío, y murmuró para sí, arrugando el ceño:

—Esa mujer me preocupa… Me preocupa mucho… Intentaré verla en Whitechapel hoy, por si acaso las cosas se complican aún más…

Eileen Culver se sentía satisfecha de sí misma. Muy satisfecha.

Aún no había encontrado el rastro de Norman Ward y de Doris Fleming, que continuaban ausentes, dados oficialmente por desaparecidos por Scotland Yard, y con toda la policía de Londres en busca suya, bajo la grave acusación de triple asesinato. Pero había encontrado otras cosas que le hacían sentirse así. Cosas que no esperaba ni remotamente hallar. Había sido una buena idea remover los papeles y objetos propiedad de su difunta cuñada Sheila. Por eso ahora, mientras caminaba resueltamente por Bishopsgate, hacia el teatro Vanity, cuyas luces eran ya visibles en la densa bruma de la tarde, ya totalmente oscura, las ideas se agolpaban en su mente de forma desordenada y confusa. Llevaba consigo algo que quería mostrar a Ralph Colman y a la policía. Algo tal vez decisivo en aquel diabólico y sangriento asunto.

Pero antes quería saber si era posible dar con el paradero de Norman, antes de que fuese demasiado tarde. Temía por la vida de su cuñado. Ahora más que nunca, estaba segura de su inocencia, y deseaba salvarle como fuese. Pero casi veinte horas de ausencia, eran demasiadas horas para esperar nada positivo.

—Si le causan algún daño, van a pagarlo caro —musitaba, taconeando con firmeza por la acera, su mano hundida en el bolso, empuñando las largas tijeras de modista con que se había provisto para recorrer aquellas peligrosas calles, siguiendo el prudente consejo de Ralph Colman. Sé lo suficiente para castigar a su asesino despiadadamente. Y lo haré. Vaya si lo haré… Por tanto, mejor será

para ese monstruo que mi querido Norman esté con vida y a salvo…

Y se estremeció ante la sola idea de ser ella quien participase en su salvación, en recibir de alguna forma la prueba de gratitud de él. La posibilidad de tenerle un momento en sus brazos, de sentir su calor junto a ella, de tenerle cerca, lograba excitarla Rex era un esposo frío, calculador y poco apasionado. Sin duda Norman era muy distinto, pensaba ella. Sólo una ramera indigna como Sheila había desaprovechado a tan admirable hombre. Oh, cielos, pensaba, si ella hubiera tenido la dicha de sentirle suyo, de notar sus manos y su boca sobre sus colosales y ardientes pechos…

Tembló, demudada teniendo que apoyarse en el húmedo muro de una casa. Le temblaban las rodillas. Tomó fuerzas para seguir hacia el teatro. Ya era totalmente oscuro, y los faroleros comenzaban a dar luz a las mechas de gas para combatir la niebla y la noche en aquellos barrios miserables y malolientes.

Pasó junto a un angosto pasaje de los que conducían por su porche a un patio interior de casas de vecindad. Una voz susurró desde la oscuridad del fondo:

—Eileen… ¡Eh, Eileen!

Ella se volvió, sorprendida. Apretó con fuerza las tijeras, medio sacadas del bolso. La voz repitió, lejana:

—¡Eh, Eileen, ven aquí! Es importante… Se trata de Norman Ward…

La voz era un murmullo. No reconoció su timbre, pero sin duda se trataba de alguien que la conocía Ella no había estado nunca en aquella zona de Londres.

—¿Quién llama? —preguntó, desconfiada, asomando al pasaje para intentar, en vano, ver en su fondo al que la llamaba por su nombre.

—Un amigo. Vamos, ven. Tengo noticias importantes, Eileen. Norman está a salvo.

Respiró hondo y avanzó hacia la oscuridad, más aliviada y confiada, al saber que su cuñado no sufría daño alguno. Vislumbró, borrosamente, una silueta humana entre jirones de niebla y sombras, en un ambiente fétido, de aguas residuales, falta de higiene y comida barata. No pudo identificar a quien la esperaba, erguido al fondo de la calle vecinal.

—Bien, ya estoy aquí —dijo, siempre enarbolando sus tijeras,

que brillaron mortecinas en la oscuridad, con sus largas hojas puntiagudas y aceradas—. ¿De qué se trata y quién es usted?

El otro no respondió. En vez de ello, se acercó a ella un poco más. Vislumbró una capa negra, larga, envolviendo una figura bien vestida, rematada por un sombrero negro. Una mano enguantada asomó entre un desgarrón de bruma y tinieblas. Pero la mano iba armada con algo brillante. Y el rostro del desconocido…

El rostro era el de un *Joker* de baraja, una máscara de cartón brillante, representando la grotesca faz de un antiguo bufón, tras cuyas rendijas brillaban unos ojos fríos y crueles.

—¿Qué significa? —comenzó a gritar Eileen, alzando rápida sus tijeras.

El otro fue mucho más rápido y diestro. El estilete de su mano se clavó en la garganta de Eileen Culver hasta la empuñadura. Ella desorbitó los ojos, al sentir el frío aguijonazo de la muerte perforando su cuello fatalmente. La sangre inundó su boca y se derramó por sus labios cuando quiso gritar. Dejó caer por inercia sus tijeras contra el agresor. Las afiladas hojas punzantes penetraron en el tejido de capa y levita, alcanzando la piel del agresor y profundizando en ella.

Lanzó un sordo gruñido de rabia y de dolor el asesino, pero ya había arrojado contra el muro de ladrillos a la infortunada Eileen, convertida en un atroz guiñapo sangrante. La mujer resbaló hasta el suelo, contra un reguero de agua sucia y orines, con ojos desorbitados y faz convulsa. El asesino extrajo su estilete de la garganta, y la sangre brotó a borbotones, derramándose sobre el vestido de la víctima.

El siniestro *joker* se inclinó, mientras la sangre fluía también, aunque escasamente, a su hombro izquierdo. E hizo algo horripilante con su víctima.

La desgarró el vestido en su parte superior, sobre el torso, con varios tajos del acero sangrante. Los senos poderosos y amplios de la mujer saltaron fuera, desnudos.

Brutalmente, entonces, el agresor con la faz de *joker* seccionó de dos tajos secos y precisos ambos gigantescos pechos, trazando luego tres tajos en el vientre de la infeliz, que recordaban vagamente dos ojos y una boca. Metió los pechos mutilados en una bolsa, depositó algo junto al cadáver, y se alejó del lugar, encogido por el vivo

dolor de su hombro herido, dejando allí a la víctima del espantoso crimen, derramando sangre torrencial por su boca, garganta y mutilado busto.

La niebla y la tarde oscura pronto absorbieron la figura del criminal hasta que ésta se difuminó en la espesa bruma.

Capítulo II

ABRIÓ los ojos. Contempló el techo desnudo, del que colgaba un pelele de trapo, ahorcado por un pie. Luego, su mirada recorrió unos muros de ladrillo igualmente desnudo, donde se veían, dibujados sobre los mismos, los diversos triunfos del Tarot, grotescamente dibujados, imitando las imágenes medievales; pudo ver la Torre, el Loco, el Emperador, El Carro, la Rueda de la Fortuna, El Diablo, La Muerte, El Mago, El Ermitaño…

Era una visión delirante. Y en medio de todo ello, aquel ser siniestro, que ahora ya ni siquiera luda caperuza negra, sino que vestía las ropas de bufón medieval, y una máscara de *joker* le cubría el rostro.

Estaba erguido ante él, contemplándole fijamente con unos ojos brillantes y enloquecidos tras el cartón multicolor de su máscara grotesca. Norman trató de moverse y no pudo. Estaba bien sujeto con cadenas oxidadas. Eso le hizo recordar algo, y el cabello se le erizó.

—¡Doris! —jadeó con voz ronca—. Doris… ¿Qué le ha ocurrido, miserable? ¿Acaso está muerta ya? ¿La has asesinado, maldito loco?

El *joker* le estudió furioso, pareciendo dispuesto a replicarle con violencia. Una voz suave, sin embargo, le calmó desde detrás de Norman, al responder por él:

—No tema, ella está bien. Nadie va a hacerle daño. Ni a usted tampoco.

—No, ¿eh? —El tono de Norman era escéptico—. ¿Entonces qué significan estas cadenas? ¿Y el hacha que ese monstruo empuñaba cuando le encontré?

—No es lo que cree —la voz era femenina, profunda y grave. Una sombra se movió, y al fin apareció ante él la persona que hablaba—. Le aseguro que su amiga no sufre daño alguno. Y que nadie piensa hacérselo tampoco a usted.

La examinó, ceñudo, con verdadero asombro. La dama era de edad madura, tal vez sobre los cincuenta años. Cabello de un gris ceniza bien cuidado, rostro sereno y altivo, fría mirada. Vestía enteramente de oscuro, muy cerrada, y entrelazaba sobre el regazo sus manos marfileñas y largas. Un manojo de llaves colgaban de su cintura.

—No la creo —replicó Norman—. ¿Quién es usted? ¿Y quién es él?

—Mi nombre es Nathalie. Nathalie de Villiers —explicó ella con arrogancia. Su faz era pálida y de facciones suaves. Había algo aristocrático en su porte.

—¿Descendiente de los Villiers de Francia? —tartajeó Norman.

—Así es. Veo que conoce la historia familiar. Eso le hará comprender el resto.

—No, no comprendo nada. Esta sala parece obra de locos. ¿Por qué le obsesiona tanto el Tarot, señora?

—A mí, no —señaló suavemente al enmascarado—. Es a mi hijo André.

—André… —miró fijamente al aludido—. ¿André de Villiers?

—El mismo, sí.

—Supongo que será otro André. Aquél tendría ahora…

—Cuatrocientos un años, exactamente —sonrió ella. Y afirmó, enfática—. Sí, *ése* es mi hijo: André de Villiers, con cuatrocientos años de edad… Aquí lo tiene.

Señaló al *joker*. Éste se despojó de su máscara. Su rostro, joven y bien parecido, se animó con una sonrisa. Sus ojos miraron con orgullo a Norman.

—Así es —dijo—. Yo soy André de Villiers, aunque usted no lo crea. Hace cuatro siglos, mi padre me arrojó desde una torre, y cegó por un rayo, como castigo a su crueldad y concupiscencia. Luego, él mismo murió, la torre se destruyó y yo fui adoptado por el rey. Pero alguien me arrancó de palacio y me llevó lejos de allí, para que viviera hasta limpiar la mancha de los Villiers y salvase el alma de sus miembros muertos en pecado.

—No puedo creerlo —rechazó Norman Ward, una vez más—. Es imposible. Esas cosas no pueden suceder.

Nathalie Villiers sonrió, moviendo afirmativa la cabeza. Su voz fue tan suave y serena como siempre al responderle:

—Nunca conoceremos los humanos los grandes misterios de la vida. Tal vez esos profundos y oscuros arcanos del Tarot, los más complejos de la historia del hombre, puedan un día, si alguien sabe interpretarlos, damos la clave de muchas cosas que ignoramos. No rechace por imposible todo aquello que su razón le niega. Hay cosas más allá de esa razón, señor Ward.

—Oh, sí. Alguien dijo algo parecido a eso antes de ahora.

—William Shakespeare —sonrió la dama—, *Hamlet*, escena de los fosos del castillo. «Horacio, hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que puede explicar tu filosofía…».

Norman entornó los ojos y asintió.

—Veo que sabe a lo que me refería, señora de Villiers. Pero tratemos de ser lógicos en algo. Usted misma ha confesado ser la madre de André. Y su madre, en cambio, fue Ivonne de Villiers, y murió asesinada por su marido, al sorprenderla en su lecho con su propio hermano, Jean Paul, al regresar cuando no era esperado.

—Así es. Yo soy la madre *actual* de André. Comprenda que él no lleva cuatro siglos viviendo. ÉL… él es la reencarnación del pequeño André, muerto hace casi cuatro siglos.

—La reencarnación… —repitió Norman perplejo. Y cambió una mirada con Doris, que pálida pero tranquila, asistía también a la charla en aquel gabinete de la vieja casa de Leman Street, junto con la señora de Villiers, y ausente el joven André o Andrew—. De modo que era eso…

—Sé que también se sentirá escéptico en ese terreno, y no se lo reprocho —suspiró la dama—. Yo creo fervorosamente en la reencarnación de algunos seres. Pero nunca admití la de mi hijo André… hasta que comenzó a revelarme detalles de entonces, de los Villiers de aquella época, cosas que él sólo podía saber… como la muerta del pobre niño, André.

—¿Cómo y cuándo murió el pequeño?

—Poco después de desaparecer, desgraciadamente. Unos intrigantes de palacio lo robaron para que no hiciera sombra al heredero del rey, enfermizo y débil. Su propósito era llevarlo lejos y que lo cuidara una familia campesina del norte de Francia. Pero esa familia resultó ser de la peor calaña, y mataron al niño, tras percibir el dinero para su manutención. Fueron descubiertos y descuartizados en público, pero ya nada ni nadie podía devolverle

la vida al pequeño André de Villiers. Mi André recuerda con detalle cada punto de su infancia hasta ser asesinado, con escalofriante fidelidad.

—Puede ser una simple imaginación suya…

—No lo es. Hice un viaje a Francia, consulté viejos documentos y legajos. Hallé informes del descuartizamiento, del delito de aquella familia, e incluso mención expresa del crimen cometido en el pequeño, tal y como lo confesaron a la justicia entonces. Me aterró ver que todo era tal y como André afirmaba que fue. Esa prueba me bastó, pero luego hubo otras muchas.

—Sin embargo, su hijo obra más como un enfermo mental que como la reencarnación de otro ser.

—Realmente, su mente esté algo desquiciada por los recuerdos de otra vida. Hay que comprenderle y disculparle. Sabe que el Tarot marcó su destino, como el de sus padres, y esas cartas llegaron a ser una obsesión para él. Yo procuro que él haga lo que le plazca en ese terreno, porque sé que no es peligroso.

—¿Está segura de eso? —dudó Doris, estremeciéndose—. Me atacó dos veces, me hipnotizó otra, para traerme aquí… Y casi me decapita con aquella hacha…

—No lo crea. Ese hacha es inofensiva —sonrió Nathalie de Villiers mansamente—. Carece de filo y es de madera pintada, lo mismo que sus instrumentos de tortura. El desea vivir en el mundo que fue de André cuando niño. Y reproduce aquellas cosas. Una amante de su padre, en el castillo, era pelirroja como usted, señorita Fleming. Pensó que realizando simbólicamente su sacrificio en su altar, lleno de falsa sangre que sólo es pintura, revivía hechos del pasado y devolvía la paz a sus antecesores, allá en sus tumbas.

—El cuchillo que clavó en el teatro no era precisamente de madera —recordó Norman con sequedad.

—Pero jamás trató de herir a la señorita Fleming, sino de asustarla. Disfruta vistiéndose con esas ropas y usando una careta de carnaval con el rostro del Loco del Tarot. Juro que jamás intentó dañar realmente a nadie, y es feliz en su mundo de ficción.

—Ficción que posiblemente alcance a su supuesta reencarnación incluso, y todo se deba solamente a una cierta facultad de vidente o cosa parecida —señaló Doris.

—Puede ser. Pero yo prefiero creer que mi André es el mismo

niño que mataron entonces, y que ahora disfruta de una segunda oportunidad de vivir. Siempre tendré fe en esa versión de los hechos, porque sé que es la verdadera. Ahora, pueden irse los dos. Creo que les he retenido demasiado tiempo en esta casa, y les hicimos pasar mal rato, la verdad. Perdonen por todo… y si quieren denunciar los hechos a la policía, no les guardaré rencor por ello. Sólo lamentaría que me quitaran a mi querido hijo, encerrándole en un manicomio o cosa parecida.

Norman y Doris se miraron. Ella asintió. Él habló, poniéndose en pie:

—Creo que haremos un trato justo. Ignoraré que pasó todo esto, y también la señorita Fleming. No diremos nada a la policía… a cambio de que su hijo, reencarnado o no, no vuelva a asustar por ahí a la gente ni a llevar esa extraña vida fuera de estos muros. ¿Trato hecho?

—Desde luego. Gracias, señor Ward. Son ustedes muy comprensivos. Nunca olvidaré lo que hacen por André. Ni él tampoco, estoy segura…

Momentos después, ambos salían a la noche, a la calle solitaria y neblinosa, casi veinticuatro horas después de haber sido capturados por tan extrañas personas.

Caminaron hacia un lugar donde tomar un carruaje, pero antes se miraron entre sí y Norman comentó, con voz grave:

—Me pregunto si esa mujer y su hijo dicen la verdad… o todo es una absurda fantasía, un delirio de sus mentes…

Doris se apretó a él, aterida por el frío y la humedad, aferrándola con fuerza el brazo. Su respuesta fue un murmullo medroso e inquieto:

—No sé, Norman… Primero tuve tanto miedo al despertar del trance hipnótico… Tal vez ese muchacho sea un loco, o tal vez no, y haya reencarnado realmente en él un niño nacido casi cuatrocientos años atrás. Es tanto lo que desconocemos… que vale más no preguntarse nada y tratar de olvidar toda esa pesadilla…

—Quizás tengas razón —miró hacia atrás, si muro de la sombría casa solitaria—. Pero esa mujer resulta tan convincente en sus creencias… que uno llega a dudar de toda razón y toda lógica. Vamos, Doris. Como tú dices, es mejor olvidar.

Encontraron afortunadamente un carruaje, ya cerca de

Commercial Road. Norman le dio la dirección de la pensión de Doris, en Whitechapel, y hacia allá se dirigieron, sentados el uno junto al otro, mirándose a veces en silencio. Impulsivamente, Norman tomó la mano de ella y la apretó con calor. Los ojos de la joven brillaron.

—Doris… —murmuró.

—¿Sí? —La voz de ella era un susurro apagado.

—Doris, creo…, creo que te amo. Te amo como nunca quise a nadie antes.

—No, Norman, eso no —se apresuró a rechazar ella—. Es tan pronto todavía. Tu mujer murió recientemente, todo está confuso en mí…

—No me importa lo que pienses. Sheila ya no significaba nada en mi vida. Tú lo eres todo. Hubiera muerto gustoso, si con ello salvaba tu vida, Doris.

—Norman, no sabes cómo te agradezco cuanto hiciste por mí…

—No hablas así. No quiero gratitud, sino cariño, amor…

—Oh, Norman, ¿por qué me torturas así? —se lamentó la joven amargamente—. Sabes que me enamoré de ti desde que te vi aquella noche en el palco…

—¡Doris!

—Y cada día te he amado más. Cuando supe por aquel hombre, *sir* Gavin, que tenías esposa, me…, me sentí anonadada como si el mundo se hundiera en torno mío. Luego, al saberte libre, no sabía si llorar o reír, si alegrarme o sufrir…, por el modo en que todo ha sucedido.

—Doris, te juro que yo no causé daño alguno a mi esposa —Norman la atrajo hacia así, tomándola por los hombros—. Soy inocente… y estoy enamorado de ti. ¿Tan malo es eso?

—Mi vida… —gimió ella. Y se abrazó a él, impulsiva.

Sus bocas se unieron en un largo beso, apasionado e intenso, mientras el carruaje rodaba por el empedrado desigual y húmedo de la dudad silenciosa. La voz del cochero les devolvió a la realidad:

—Ya hemos llegado, señor.

Se separaron, mirándose con ojos turbios y brillantes a la vez. Sentía Norman palpitar su pecho con fuerza. La joven le sonrió.

—Soy tan feliz, Norman… —susurró.

Él abrió la portezuela. Pagó al cochero y ayudó a bajar a la

joven en el estribo del carruaje. Unas figuras uniformadas surgieron de la niebla, rodeándoles. Un sargento de policía pelirrojo y fornido, preguntó con aspereza:

—¿Señor Norman Ward?

—Sí, yo soy —respondió el joven, sorprendido.

—Soy el sargento O'Leary, ayudante del inspector Sheldon. Debo arrestarle, señor, bajo la acusación de triple asesinato. Y a usted también, señorita Fleming, por complicidad y encubrimiento…

Capítulo III

NORMAN miró en torno, preocupado. Vio las esposas en manos de un policía Cruzó una mirada desesperada con Doris.

—Norman… —casi sollozó ella—. ¿Qué significa esto, Dios mío? Somos inocentes los dos…

—Nosotros lo sabemos, pero ellos no —dijo roncamente el joven —. Lo siento, querida. Debo intentar lo que sea, a la desesperada. No temas. Volveré a salvarte, lo prometo.

Y diciendo esto, dio media vuelta, violentamente, y descargó dos secos mazazos con sus puños, en los rostros del sargento
O'Leary
y de su subordinado. Los dos policías rodaron por el suelo aparatosamente. Otro extrajo una porra y un cuarto agente llevó su silbato a los labios, requiriendo ayuda.

Para entonces, ya Norman Ward corría a través de Bishopsgate con toda la velocidad de que sus piernas eran capaces, eludiendo el cerco policial. De un carruaje parado allí cerca, saltaron dos hombres de paisano, con gabán y bombín, que le dieron el alto, pistola en mano.

—¡No se mueva, Ward! ¡Si sigue corriendo haremos fuego! ¡Deténgase en nombre de la ley! ¡No puede escapar!

Pero él no se detuvo, iniciando un vivo zigzag justo cuando uno de los policías apretaba el gatillo. La bala silbó cerca, y el estampido llenó la calle, provocando un grito de angustia de Doris. Pero antes de que el segundo agente disparase, ya Norman había desaparecido por un callejón, mientras los agentes de uniforme corrían en tropel en su busca, y otros silbatos respondían desde diversos puntos de la zona a la llamada de su camarada.

—Lo siento, señorita Fleming, pero su compinche la abandona a su suerte cobardemente —dijo
O'Leary,

malhumorado, tocándose el dañado mentón—. Eso la enseñará a no confiar en tipos como ese asesino…

Y cerró las esposas en torno a las muñecas de la joven, que estalló en un amargo sollozo:

—Es inocente… Él es inocente, sargento… y yo también.

—Eso ya se lo contara al juez en su día, señorita —resopló el sargento, a quien el dolor de su golpeada mandíbula parecía haber puesto evidentemente enfadado—. Andando, la llevaremos a Scotland Yard para que declare. No tardando mucho, su compinche estará también acompañándola entre rejas, no se preocupe.

Pero lo cierto es que aquella noche, cuando Doris Fleming ingresó en una celda de mujeres, tras prestar declaración, todavía Norman Ward no había sido llevado a Scotland Yard ni se sabía nada de eso. Los cuchicheos, idas y venidas de los agentes, hacían pensar que el asunto era más difícil de lo que pensara el sargento escocés.

Y así era, en efecto.

Cuando el inspector Sheldon recibió a la última patrulla de búsqueda a primera hora de la madrugada, el informe fue también negativo: no había ni rastro de Norman Ward por parte alguna. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Furioso, el inspector pegó un puñetazo en su mesa y ordenó a uno de sus hombres:

—¡Pronto, vayan a casa del detective privado Ralph Colman y tráiganlo aquí! Si se resiste a ello, pueden esposarle sin contemplaciones…

Y después de decir eso, contempló el informe que acababa de llegarle de una comisaría de Whitechapel, a través de un agente de servicio.

El texto era breve, escueto y estremecedor:

«Hallada sin vida en un callejón de Whitechapel, no lejos del teatro Vanity, la señorita Eileen Culver, cuñada de Norman Ward. Fue asesinada de una cuchillada en la garganta, y le fueron mutilados ambos senos y dibujado un rostro mediante cortes en el abdomen. Una carta de Tarot, El Diablo, reposaba junto a su cuerpo».

—¡Otro crimen! —masculló Sheldon, airado, paseando por su despacho como una fiera enjaulada—. ¡Sin duda una nueva hazaña

de ese loco asesino, Norman Ward!

—Eileen Culver… —repitió Ralph Colman, pálido pero sereno—. Dios mío… Lo siento de veras, señor Culver.

Rex Culver se limitó a mover la cabeza, el rostro hundido en sus manos, sentado en un rincón del río y desnudo despacho del Yard, mientras el inspector escudriñaba ceñudo a ambos. Tras un silencio, el policía se aproximó al detective.

—¿Sabe por qué le he hecho venir a estas horas? —mascculló con aspereza.

—Lo imagino —suspiró Ralph, calmoso, cruzándose de piernas y apoyando su bastón en el suelo casi perezosamente—. Sigue pensando que mi amigo Norman es el asesino, y mató esta vez a su propia cuñada.

—¿Y quién, si no, iba a hacerlo? —rugió Sheldon, airado—. Primero el anticuario, cuya baraja de plata aún posee su amigo. Luego Sheila Ward, su esposa, con quien no mantenía siquiera relaciones y que se negaba a concederle el divorcio… Stride, el librero, que le citó en su tienda por alguna grave razón, tal vez chantaje. Y ahora, Eileen Culver, su cuñada, que según usted mismo admite, iba a revisar los papeles y pertenencias de Sheila Ward en busca de algo revelador. Tal vez dio con ello, fue a entrevistarse con Norman Ward… y él la mató sin piedad, mutilándola luego sádica, morbosamente.

—¡Es un maldito y sucio monstruo! —rugió Rex, incorporándose airado—. ¿Por qué tuvo que ensañarse en mi pobre Eileen, por qué? Ella…, ella era buena, le defendía incluso…, ustedes lo saben.

Y se derrumbó de nuevo, con un sollozo. Ralph y el policía se miraron significativamente. Sheldon hizo venir a un agente para que acompañase a Rex Culver a una estancia donde un médico oficial se cuidara de él. Una vez solos, Sheldon se encaró con Colman.

—Bien, es su amigo. ¿Qué piensa de él ahora? —le espetó.

—Lo mismo que antes, inspector —bostezó apaciblemente el detective—. Norman es inocente.

—¿Por qué está tan seguro de eso, por amistad?

—No, no. Es algo más sólido. No me imagino a Norman matando a nadie. Además… la señora Culver jamás le hubiera delatado aunque fuese culpable de algo. Ella…, ella me confesó que

le amaba. Hubiera hecho cualquier cosa por él.

—Cielos… —Sheldon abrió unos ojos como platos y resopló—. Pobre marido… ¿Lo sospecha él?

—En absoluto. Creo que ni siquiera Norman lo intuye.

—¿Y qué piensa de este nuevo crimen?

—Que tuvo que ser obra del mismo loco que mató a los demás. Esté esa carta del Tarot, dejada junto a la pobre señora Culver…

—¿El Diablo?

—Sí. El propio crimen tiene un ritual que evoca al Diablo del Tarot.

—¿Por qué? ¿A qué ritual se refiere?

—Es obvio, inspector. Consulte cualquier baraja de arcanos. El Diablo es representado siempre en ellas con alas y cuernos, con figura femenina, de enormes pechos, y un rostro en el abdomen.

—Los senos cortados… los tajos en el vientre…

—Exacto. El asesino siempre recurre a simbologías del «tarot»: El Ahorcado, La Muerte, El Loco, El Diablo… Hay método en este juego siniestro, inspector. Un método frío y demencial. Si es obra de un auténtico loco, ese demente es inteligentísimo y de una mentalidad muy retorcida y extraña…

—Usted está intentando exculpar a su amigo, Colman, pero no va a conseguirlo. No creo una palabra de su historia. Norman Ward juega, simplemente, a desorientarnos, a hacer un juego que nos desconcierte a todos. Insisto en que cuando le echemos el guante, el caso quedará cerrado para la policía, y comenzará para los tribunales de Justicia. ¿No va a ayudarme a encontrar el escondrijo actual de su amigo?

—Le doy mi palabra de honor de que lo ignoro por completo —manifestó tranquilamente Colman—. Pero por supuesto, aunque lo supiera, le seré sincero al confesarle que no diría una sola palabra, aunque me hiciera arrestar por ello.

—No se anda con mentiras, ¿eh, Colman? Su suficiencia me irrita.

—Lo siento —suspiró el detective—. Estoy en sus manos. Puede hacer de mí lo que quiera.

—¿Y echarme encima a sus abogados para que me compliquen la vida? No, gracias, no caeré en su trampa, Colman. Es usted muy listo. Prefiero dejarle ir en libertad y seguir buscando a su amigo a

mi manera. Buenas noches. Y lamento haberle estropeado su sueño…

—Muy amable —irónico, el detective se puso en pie con afectación—. Aunque yo mejor diría «buenos días», inspector. Son ya las tres y media de la mañana, por si no lo sabía…

—Lo sé. Pero no pienso dormir hoy —rezongó el policía, sirviéndose más café en un pote—. Usted tendrá más suerte que yo, sin duda.

—Sin duda —bostezó de nuevo, caminando lánguidamente hacia la salida—. Buenos días, inspector Sheldon. Y disculpe si no le deseo ninguna fortuna en la búsqueda de Norman Ward.

—¡Váyase al diablo! —masculló Sheldon, cerrando la puerta de su despacho con irritación.

Capítulo IV

NORMAN WARD miró a uno y otro lado, cauteloso.

Tenía suerte aquella noche. La niebla parecía más espesa aún que los días anteriores, cosa que parecía imposible a juzgar por lo densa que había sido últimamente. Ésa sería una de sus principales aliadas para desplazarse por la ciudad sin ser descubierto por la policía que, como enjambre de feroces sabuesos, le buscaba por doquier, en una de las más espectaculares y exhaustivas batidas de toda Inglaterra en los últimos años.

Después se encaminó al lugar adonde tenía pensado dirigirse cuando salió de su escondrijo, por primera vez en tres interminables días, durante los cuales habían sucedido muchas cosas en Londres, y de todas tenía conocimiento por los periódicos.

Doris Fleming había perdido su puesto en el Vanity, y había sido puesta en libertad provisional, aunque forzada a permanecer en su pensión de Whitechapel, a la espera de la decisión judicial sobre su caso. Norman sabía que eso era una trampa minuciosamente calculada: esperaban que él picara el anzuelo, yendo a la pensión para reunirse unos instantes con su pretendida amante y cómplice. No pensaba ni remotamente en caer en ese cepo.

Eileen había sido inhumada no lejos de donde yacía su esposa Sheila. Los macabros y atroces detalles de su muerte, en un pasaje vecinal de Whitechapel, incluido el hecho de que había herido ella a su agresor con unas tijeras, los conocía Norman muy bien a través de los reportajes y dibujos de los sensacionalistas reportajes publicados por periódicos como el *Police Illustrated News*, típico ejemplo de la «prensa amarilla», incluso por el color del papel donde era impreso. Los naipes de «tarot» estaban de moda en la ciudad, y se hablaba del paralelismo entre las mutilaciones y heridas de su cuñada y los símbolos de la carta número quince del juego. Los dibujantes de actualidad trazaban fantasiosas teorías con

el *joker* y con el Loco, para ilustrar sus reportajes.

Norman dejó de pensar en todo eso cuando cruzó la calle, ocultándose de inmediato en un portal para no ser visto. Fue muy oportuno. Instantes después un policía aparecía por la esquina cercana, y pasaba silbando una tonada popular, a menos de media yarda de donde él se parapetaba, hundido en la sombra, entre jirones de sucia niebla.

Apenas se hubo perdido en la bruma la figura del policía, Norman se volvió hacia la puerta donde se refugiaba, extrayendo de su bolsillo un alambre torcido con el que hurgó en la cerradura. Tardó escasos instantes en percibir un chasquido y saber que la entrada estaba franqueada, siempre que no hubiera un cerrojo pasado por dentro.

Hubo fortuna. No existía tal cerrojo. Abrió la puerta y pasó a un oscuro vestíbulo, cerrando luego tras de sí. Cautelosamente, fue adentrándose en la casa, sumida en tinieblas, tanteando para no tropezar y provocar algún ruido inoportuno.

Para el hombre que dormía profundamente, arropado entre las sábanas y mantas, fue una desagradable sorpresa despertar con aquella arma situada a menos de dos dedos de distancia de su cabeza. Era un Derringer de dos cañones, y ambos gatillos estaban echados atrás, amenazadoramente. Tragó saliva, apurado, y con voz insegura preguntó:

—¿Qué… qué significa esto? ¿Quién es usted? ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Demasiadas preguntas. Tengo poco tiempo para responderlas. Bástele saber que soy una persona que vino en busca de algo. Y que no me iré sin ello. Si grita o trata de provocar la alarma, será peor para usted. No dudaré en apretar el gatillo.

—Dios mío, aparte eso de mí —gimió—. Puede dispararse por accidente…

—Si se dispara, le aseguro que no será ningún accidente —afirmó Norman con voz fría—. De modo que tenga mucho cuidado.

—Si… si vino en busca de dinero, pierde su tiempo. No tengo nada de valor aquí…

—Lo tendrá en el banco, en tal caso. Recibió mucho dinero de un tal Rufus Haggerty, según he visto en el archivo de una vieja tienda de antigüedades de Chelsea. Alguien le pagó a usted varios

miles de guineas hace pocos días, señor Randolph. A cambio de un «tarot» de plata bastante caro.

—Dios mío, ¿sabe eso? Haggerty está muerto…

—Lo sé. Pero nadie se preocupó de buscar en su archivo de la tienda. Yo sí. Y encontré allí su nombre. Haggerty era muy minucioso en anotar sus compras y ventas.

—Le aseguro que no tengo aquí ese dinero… —se lamentó Randolph, aterrado, sin desviar sus ojos de aquel Derringer que le arrancara tan brusca y desagradablemente de su sueño.

—No busco dinero, amigo. Sólo informes, ¿comprende?

—¿Informes? —El rostro del hombre del lecho se relajó—. Cielos, ¿seguro?

—Por completo. ¿Cómo consiguió ese «tarot» tan valioso?

—Bueno, es una larga historia. Yo comercio con cosas viejas. A veces no valen gran cosa. Otras, resultan ser auténticas piezas de coleccionista, pero nunca tuve nada parecido a esa preciosa baraja. Haggerty quedó fascinado. Pero lo cierto es que antes ya había buscado comprador sin hallarlo fácilmente. Muchos no se fiaban de mí, pensaban que podía ser una falsificación. Otros no son de confianza para mí, y algunos pensarían que lo había robado.

—¿Y no fue así? —sonrió Norman, irónico, sin apartar el arma de la cabeza del durmiente.

—No, no. Juro que no. El hombre que me vendió esas cartas estaba en un apuro económico. Era un regalo de una mujer, algo valioso, un capricho de ella que pasó a él como obsequio amoroso, recuerdo sentimental o como quiera llamarlo. El tipo estaba necesitado de dinero con urgencia, y optó por venderlo.

—Dígame el nombre de ese vendedor, Randolph. De inmediato.

—Sí, sí… —jadeó el otro, asustado, al ver que el intruso tensaba su índice sobre uno de los dos gatillos—. Su nombre…, su nombre es Bruce Hastings. Un tipo guapo, desaprensivo, que vive de las mujeres…

El rostro de Norman se endureció en la penumbra del dormitorio asaltado. Clavó sus fríos ojos en su interlocutor y asintió con la cabeza.

—Comprendo —dijo—. Ya sospechaba eso de antemano… ¿Le dijo algo el tal Hastings para justificar su necesidad de dinero?

—Sí. Su fulana, una mujer rica de buena sociedad, se había

cansado de él y tenía otro amante. Por eso quería vender las cartas. Para él no significaban nada, salvo una forma de obtener dinero en caso de apuro. Sentimentalmente, le importaban un cuerno.

—Por lo que veo, usted es buen amigo de ese Hastings —silabeó Norman—. Seguramente él le mencionó el nombre de ese otro tipo, el que le había suplantado con la mujer rica…

—Bueno, a esa clase de tipos les gusta presumir de sus hazañas. Sí, me dio el nombre de ella… y del otro fulano que era ahora el amante de ella… Pero ¿por qué quiere saber eso?

—No le importa, amigo. Deme el nombre… o disparo.

Rápido, Jonathan Randolph se apresuró a darle el nombre solicitado.

Norman asintió, con un destello en sus ojos ensombrecidos. Luego, apretó los dos gatillos a la vez, y el hombre de la cama chilló, aterrorizado.

Sonó un doble «clic» inofensivo. Norman rió, guardando el arma y encaminándose a la salida del dormitorio, ante el sobresalto y desconcierto de Randolph.

—Estaba descargado —dijo—. No tenía nada que temer de mí, amigo. Gracias por la información. Acaba de darme la pista para encontrar a un astuto y feroz asesino.

Cerró tras de sí. Randolph, empapado en sudor, soltó un resoplido y se derrumbó en el lecho con profundo alivio, totalmente derrengado por el susto sufrido.

—¿Cómo te has atrevido a venir? Puede que vigilen esta casa…

Ralph Colman se acercó a la ventana, oteó el exterior, sin ver más que la espesa niebla y las manchas de luz de los faroles de gas en la desierta calle de madrugada. Corrió la cortina precavidamente y se volvió a su visitante.

—No debiste hacerlo, Norman —le reprochó—. Es una locura. Todo Londres es un avispero de policías en busca tuya.

—Lo sé, he leído los periódicos. Pero nadie me ha visto venir, no te preocupes.

—No me preocupo por mí —rió Colman—. Sólo por ti. Ya estuvieron a punto de meterme en una celda, pero Sheldon lo pensó mejor y me soltó. Igual que a Doris. Pero ella no puede salir de la pensión. Es como estar presa.

—No me lo menciones —murmuró Norman, seco—. Sólo he

pensado en ella estos días.

—Y ella en ti —suspiró el detective—. Pero dejemos eso. ¿A qué has venido? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, Ralph —afirmó Norman—. Sé quién es el asesino.

El detective enarcó las cejas. Sus ojos azules estudiaron con asombro a su amigo.

—¿De veras? —dudó.

—Sí. No me refiero al que atacó a Doris en el camerino y en la calle, la primera noche que la conocí. Ése es sólo un pobre loco… o un fantasma, no sé.

—Temo no entenderte.

—Es difícil de explicar. Había dos personas mezcladas con el «tarot». Una resultaba inofensiva, pese a las apariencias. La otra… es la que mató a Haggerty, a Stride, a Sheila… y últimamente a Eileen Culver.

—¿Y dices que sabes quién es? —preguntó Ralph con escepticismo.

—Sí. Esta noche lo he sabido.

—Bien. Si es así, me has ganado por la mano, y tendré que confesar que yo, Ralph Colman, el mejor detective de Inglaterra, he sido vencido por un simple aficionado. Dime: ¿quién es ese asesino?

Norman Ward habló con voz fría, cortante como un cuchillo, sin desviar los ojos de su mejor amigo:

—*Tú*. Tú eres el asesino, amigo Ralph.

Capítulo V

SIGUIÓ un largo, profundo silencio.

Ralph Colman no pestañeó. Se limitó a mirar a su amigo con fijeza, hermético el rostro anguloso y frío. Luego sonrió fríamente.

—Me sorprendes. Norman —dijo irónico—. ¿Has hablado en serio?

—Totalmente. Y lo sabes. Tú mataste a todas esas personas, Ralph.

—¿Por qué motivo?

—A Haggerty para robarle la baraja de plata. Pero entonces, el destino se cruzó en tu camino en forma de dos personas: Doris y yo. Recogí la baraja que buscabas. Fue tu gran fracaso. Después tuviste que matar a Sheila porque eras su amante, el que había suplido a Hastings, en los caprichosos favores de mi mujer, sin que yo sospechara ni remotamente tal circunstancia. Ella se había enterado ya entonces del valor real de ese «tarot» de plata y exigió a Hastings su devolución. Él no lo tenía ya, por haberlo vendido, y así se lo dijo, dándole el nombre del anticuario. Pero lo cierto es que el vendedor de ese «tarot», Jonathan Randolph, era amigo tuyo y te había explicado lo de su venta. Eso lo averiguó Sheila por el propio Randolph, y al conocer la muerte de Haggerty, sospechó de ti. Te citó en mi casa, por eso me dejaste esa noche solo, como me habías dejado la primera vez que fuimos al Vanity, para deshacerte de Haggerty, a quien sabías que Randolph iba a llevar las cartas de plata esa misma noche, y conocedor de que Haggerty siempre iba a ofrecer las piezas valiosas a *sir* Gavin Durham. La noche que te reuniste con Sheila, ella te reclamó los naipes y tú negaste tenerlos ni tener nada que ver en ese crimen. Peleasteis, y para silenciarla y mantenerte al margen de todo, tomaste mi propia navaja y degollaste a mi esposa, borrando así toda huella de tu relación con ella, o al menos así lo imaginabas tú. Lo que ignorabas es que

Stride, que había charlado ya con Haggerty esa noche, y conocía parte de los hechos. También entonces, al conocer a través de mí mismo el aviso de Stride, fingiste tener cosas que hacer. Las suficientes para estar una hora con las manos libres, hasta reunirte conmigo en el *pub* de la City, y visitar la librería antes que yo, asesinando a Stride, que quería revelarme algo que él había averiguado investigando el origen de esos naipes: que tú eras el amante de mi mujer y, por tanto, su asesino.

—Sigue —suspiró Colman, apoyándose en el borde de su mesa, indolente—. Lo estás haciendo muy bien.

—Eres muy amable, Ralph. Trato de relatar los hechos como lo hubieras hecho tú en mi lugar. Sólo que yo no soy detective privado.

—No importa. Ahora estás interpretando ese papel. Te escucho, Norman.

—Siempre sereno y dueño de tus nervios, ¿eh? —sonrió duramente Norman—. Debí sospechar que sólo tú eras la persona capaz de llegar tan lejos con esa sangre fría y esa crueldad lúcida y cerebral… Sí, mi querido amigo. Fuiste siempre preciso, matemáticamente calculador en tus movimientos y acciones, aunque lo de Stride ya empezó a hacer vacilar tus nervios de acero. Por eso cometiste el tremendo error de matar a Eileen, siguiendo el extraño ritual de esos triunfos del «tarot» que eran como la coartada para señalar a un supuesto loco, un obseso o cosa parecida, que estuviese muy lejos de una causa, un motivo. ¿Por qué tuviste que matar a Eileen tan brutalmente, Ralph?

—Si lo sabes todo, supongo que también tendrás respuesta para eso —ironizó fríamente el detective.

—Por supuesto que la tengo. Pero aun así, fue un crimen estúpido e inútil. Sabías que ella había revisado las pertenencias de Sheila, y temiste que hallase algo comprometedor respecto a ti. Por eso le robaste su monedero al matarla. ¿Llevaba esas evidencias que tanto temías entre sus cosas?

—Por supuesto. Suficientes para inculparme. Sheila había escrito en unos papeles que yo era su amante y que había matado a Haggerty para robarle las cartas de plata.

—Pero eso era sólo un borrador —dijo Norman, glacial.

—¿Cómo? —las cejas de Ralph Colman se arquearon.

—Un borrador. Luego, transcribió todo eso en un diario que llevaba y que ninguno conocíamos. También Eileen encontró ese diario. Pero temiendo que pudiera sucederle algo, al descubrir que tú eras el culpable, optó por quedarse solamente el borrador y envió ese diario por correo, echándolo a un buzón al salir de mi casa en busca de Doris. Ahora ese diario está en mis manos. Lo recogí de mi buzón y es la evidencia contra ti. También estoy seguro de que puedo mostrar en tu cuerpo la herida que Eileen te infligió con sus tijeras, al defenderse…

—Evidencias que no podrás probar a nadie —sonrió con frialdad Ralph Colman—. Lo siento, Norman, amigo mío. Has llegado al final de tu camino como detective aficionado. Lo hiciste muy bien… pero no va a servirte de nada.

Y abrió rápido un cajón, sacando un revólver con el que encañonó a su visitante nocturno, amartillándolo con firmeza. Sonreía duramente, con crueldad y complacencia, siempre sin descomponer su aire aristocrático.

—¿Serás capaz de matarme a mí también? —preguntó Norman, calmoso.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Es una muerte más. Lo que siento es no poder conseguir a fin de cuentas esos naipes tan valiosos. Estoy arruinado, Norman. No tengo un penique. Lo dilapidé todo. Confiaba en Sheila, pero ya sabes ahora lo caprichosa y voluble que era. Hastings fue flor de un día para ella. Yo llevaba camino de lo mismo. No me iba a dar más dinero. Y lo necesito con urgencia, por eso pensé en apoderarme de esos naipes, pensando que era un asunto fácil y rentable. Fue un error, lo admito. Una maldita, malhadada casualidad, te interpuso precisamente a ti en mi camino, en la obtención de esa baraja…

—No, Ralph. No fue la casualidad. Fue el destino. Algo oscuro y profundo, quizá el significado mismo de esos naipes que tanto ansiabas. Dicen que en ellos está el misterio mismo de la vida y de la muerte, y tal vez sea cierto. Luchaste contra ellos. Y no pudiste vencerlos.

—Lástima Ahora tengo que matarte. Será fácil explicar tu muerte. Diré a la policía que estabas como loco, que quisiste atacarme… y tuve que matarte. Eres el sospechoso ideal, y con tu muerte se cerrará el caso definitivamente. Lo lamento, amigo

Norman. No me queda otra alternativa. ¿Lo comprendes?

—Claro —suspiró Norman, clavando sus ojos en aquel arma a punto de dispararse fatalmente sobre él—. Pero quizá también sea inútil mi muerte, Ralph.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ese diario de mi esposa… no está ya en mi poder. Lo tiene ahora el inspector Sheldon.

—Me estás engañando —sonrió desdeñoso el detective.

—Te aseguro que no. ¿Vas a correr el riesgo?

—Sí.

—¿Me asesinarás, pese a que te digo que es inútil todo?

—Debo jugar mi última carta. Y es ésa. Si tienes razón, mala suerte. Si no… habré vencido yo y tu farol se disolveré en la nada, Norman.

—Debí pensarlo —d joven Ward meneó la cabeza con fatalismo —. Dispara, entonces. Pero pronto comprenderás que fue tu último error. Vendrán a por ti para llevarte a una celda. Tu final será en el patíbulo, Ralph.

—Tal vez. Debo correr el riesgo. O todo… o nada. Adiós, Norman, amigo mío.

Alzó ligeramente la mano armada. Iba a disparar ya.

Restalló la detonación ásperamente cuando apretó el gatillo del arma. La llamarada brotó del revólver.

Norman sintió la bala golpeando su pecho, sobre el corazón.

Tenía que estar muerto.

Pero no era así. Continuaba con vida. Asombrado, miró el orificio de bala en su pecho, justo sobre el corazón. Por allí había penetrado la pieza de plomo. Pero él no había muerto. No estaba herido.

Atónito, Ralph Colman miró a su amigo sin comprender. Amartilló de nuevo, con gesto de infinito estupor.

—¿Qué diablos ocurre…? —jadeó.

Y se dispuso a disparar de nuevo.

El vidrio de la ventana se quebró con un seco estampido de vidrios reventados. Ralph no llegó a disparar por segunda vez sobre su amigo, apuntando ahora a su cabeza.

Porque a través del boquete abierto con tal violencia en la ventana, penetró en la estancia un ancho y largo cuchillo de afilada

punta, que silbó siniestramente en el aire, y fue a hincarse, con áspero chasquido, en el pecho del detective.

El arma vibraba, hundida media hoja en el torso de Ralph Colman. Por el lugar donde asomaba, no había duda de que el corazón del detective había sido partido en dos.

Balbuceó algo roncamente, dilató los ojos, repentinamente vidriosos, y se desplomó pesadamente en la alfombra, disparándose su revólver, cuya bala se perdió en el vacío.

Norman, incrédulo, volvió la cabeza. Descubrió en el hueco de la ventana un rostro joven, pálido, de ojos fulgurantes y expresión excitada. Le reconoció de inmediato, con auténtico estupor.

—¡André de Villiers! —susurró con voz quebrada.

El joven descendiente de los Villiers, o acaso el hombre que era reencarnación de un niño muerto cuatro siglos atrás, asintió, sonriente. Habló con tono infantil, casi cariñoso:

—Era un mal hombre… Pero no podía matarte… El Tarot no lo permitió…

Norman, vacilante, llevó la mano a su bolsillo de la levita. Extrajo de él un mazo de cartas de plata, que había llevado todo ese tiempo justo sobre su corazón.

La primera carta del Tarot estaba abollada en su centro por la bala de Ralph Colman. Era un naipe con el número veinte. La versión egipcia y esotérica de un ser alado con una trompeta, entre nubes.

Abajo, almas en pena, seres de ambos sexos, aguardaban orando, la mirada fija en aquel ser celestial. Esperando el Juicio Final.

—Dios mío… —susurró Norman—. Es el Juicio o el Ángel, como llaman a esta carta del Tarot…

Y se quedó contemplando, absorto, aquel naipe que había sido su salvador, la hoja de plata, la penúltima carta de los arcanos, la que había salvado su vida.

—Sí, amigo —afirmó André de Villiers—. El Tarot… Yo sé que en él está siempre el destino del hombre, haga éste lo que haga… porque nadie puede luchar para cambiar su sino.

—André… ¿Cómo supiste que yo estaba *aquí*… cómo sabías que él era malo? —jadeó Norman, confuso.

El enigmático joven sonrió tristemente y dijo para su asombro:

—Consulté el Tarot… y él me dio la respuesta. Vine aquí, porque

era mi cita con el destino. Sólo eso… Una cita que esperó cuatro siglos… Ahora ya puedo sentirme liberado. Los Villiers descansarán en paz por salvar una vida…

—Oh, Dios… —Norman se pasó nerviosamente una mano temblorosa por el rostro y contempló el cadáver de su amigo Colman—. No sé *qué* pensar… No sé…

EPÍLOGO

Los amantes

(Naipe número VI del Tarot)

—Lamento haberle acosado como a un perro rabioso, Ward. Admito mis errores y mis culpas —dijo humildemente el inspector Sheldon, cabizbajo.

—No tiene que decir ya nada, inspector. Admito que era el sospechoso ideal. Todo me acusaba, y eso complacía a Ralph, que desarrollaba así su plan lenta y calculadoramente.

—Cuando recibí el diario de su esposa, que usted envió al Yard antes de ir a esa suicida visita a su «amigo» Colman, comprendí toda la verdad, pero era tarde para acudir en su ayuda. Gracias a ese joven, Andrew de Villiers, está usted sano y salvo ahora.

—Y gracias también al Tarot, inspector —sonrió Norman.

—El Tarot… —resopló el hombre de Scotland Yard con un gesto contrariado—. Creo que voy a tener pesadillas con esas malditas cartas durante el resto de mi vida, Ward. Ha habido demasiados «tarots» sueltos por este caso, para olvidarme de ellos fácilmente.

Ha sido como una cosa de locos.

—Pero que provocó ya demasiadas muertes —musitó Doris, apretando el brazo de Norman con fuerza—. Aunque finalmente se hizo justicia.

—Espero, inspector, que no causen problemas a ese joven por haber matado a Ralph Colman…

—¿A Villiers? No, descuide. Usted me ha contado todo, pero como no quiere presentar denuncia contra él por el secuestro, ni tampoco la señorita Fleming, pasaremos por alto lo sucedido esa noche, y nos limitaremos a considerar que el joven Villiers sólo trató de ayudarle, salvándole la vida y matando a un cruel asesino. Será sólo firmar una declaración y marcharse tranquilamente.

—Gracias, inspector. No quisiera que le sucediera nada por mi culpa a ese joven. Le debo demasiado para eso.

—Arriesgó en exceso al pensar que su amigo no dispararía sobre usted.

—Creí que cuando supiera que la evidencia principal estaba en mi poder, imaginaría el resto. Pero Ralph siempre fue un hombre que se lo jugaba todo a una carta. No dudó en asesinarme, por si yo estaba mintiendo. Él era así, siempre lo fue. Audaz, frío, decidido a todo.

—Bien, amigo Ward, no les voy a molestar más a usted y a la señorita Fleming. Hoy se publica en todos los periódicos la verdad, con la rehabilitación natural de su dignidad y de la de esa joven. Creo que lo mejor que podemos hacer todos es olvidar cuanto antes este horrible asunto…

Poco después, Norman y Doris abandonaban el edificio de rojos ladrillos oscuros, sede de la policía londinense, alejándose en el amanecer, cogidos de la mano. Se miraron, sonrientes. Ella habló con tono dulce, risueño:

—Es como una carta más del Tarot, Norman: los Enamorados…

—Una hermosa carta —asintió él, radiante, parándose en la acera, bajo la fina llovizna matinal, que estaba haciendo disipar la niebla de la noche—. La más bella para mí de todo el Tarot…

—Y una de las pocas que no se manchó de sangre en ese espantoso caso… Norman, ¿es cierto que entre las cosas de Ralph había unas ropas de bufón medieval y una máscara de *Joker*?

—Muy cierto. Debió usarlo todo para matar a Eileen, porque las

ropas ofrecían un profundo tajo manchado de sangre, a la altura del hombro izquierdo, y sabemos bien que Eileen, en sus momentos postreros, logró herir con unas tijeras a su asesino. Así, si alguien le sorprendía, seguirían pensando en un loco maníaco homicida que recorría la ciudad con ropajes de un personaje de la baraja… Ralph era muy astuto en todo. O en casi todo…

Caminaron un trecho más bajo la llovizna, que era como una fresca caricia húmeda en sus rostros. La tensión a que estuvieron sometidos últimamente parecía relajarse ahora por momentos para ellos dos.

De repente, Doris se paró de nuevo y habló con timidez:

—Norman, querido…

—¿Sí?

—¿Crees realmente que ese joven… André de Villiers… *vio* en los naipes tu destino anoche, y por ello fue a la oficina de Ralph Colman?

—¿Qué otra explicación tendría su presencia allí en tan providencial momento, si nunca antes de entonces supo nada de Colman?

—No sé… —día se estremeció—. Me cuesta admitir que…

—¿Qué, Doris?

—Que ese joven pueda ser… algo *especial*.

—¿Te refieres a que, tal vez, sea cierto lo que él dice… y haya sido la reencarnación de un ser que tuvo su vida ligada hace cuatro siglos al destino de los arcanos del Tarot?

—Pues… sí. ¿Es *eso* posible, Norman?

Él vaciló. Dejó vagar su mirada por los oscuros edificios londinenses. Arrugó el ceño y meneó la cabeza, dubitativo.

—No sé… No sé, Doris… —confesó al fin—. Hay tantas cosas que no entendemos todavía los humanos… ni quizá las entendamos nunca…

Y apretando con mayor fuerza su mano, tiró de ella, dando por terminada la conversación, para decir simplemente, con tono jovial:

—Vamos. Te invito a desayunar, querida…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad residía en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, etc. Es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Obsérvese que el autor va dejando por medio de su narración claras alusiones a naipes concretos del «tarot», como en este caso son El Carro (carta número 7) y La Estrella (carta número 17), así como de inmediato surge en un sendero un ahorcado (cosa frecuente entonces), alusión tal vez al Ahorcado del «tarot», naipe número 12, si bien esa mención se repetirá más tarde en el relato. (N. del A.). < <

[2] Hermit, en inglés, además de poder ser un nombre, significa ermitaño. Y El Ermitaño es la carta número 9 del «tarot». (N. del A.). < <

[3] Obviamente, alude a figuras del jeroglífico egipcio, bien conocidas hoy, pero totalmente ignoradas en la Edad Media entre los europeos. (N. del A.). < <

[4] Es la forma más normal y conocida en que se echan las cartas de los veintidós arcanos mayores del «tarot» desde hace muchísimos años. (N. del A.). < <

[5] «Pobre pequeña flor». Era una cancioncilla muy frecuente de oír en los organillos callejeros del Londres de la época victoriana. (N. del A.). < <

[6] Todos estos datos y los que seguirán en el relato, relativos al «tarot», son auténticos, exceptuando, naturalmente, el relato novelado de Villiers, etc. (N. del A.). < <

[7] *Hatton Garden* es una zona de Londres donde habitan fundamentalmente judíos y comerciantes en piedras preciosas. (N. del A.). < <

[8] Ciertamente, parece ser que el viejo «loco» del «tarot», ha sobrevivido en los juegos de naipes actuales como el «comodín» o «joker». (N. del A.). < <

[9] Atroz instrumento de tortura medieval, consistente en un arcón vertical, con la forma de un cuerpo humano, en cuyo rostro, a la altura de los ojos, hay interiormente dos agudas púas de metal que vacían los ojos del allí encerrado cuando la tapa se cierra. Hallado en Nuremberg, le fue dado tan siniestro nombre. (N. del A.). < <